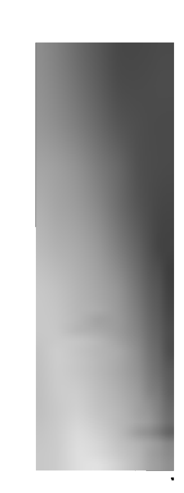
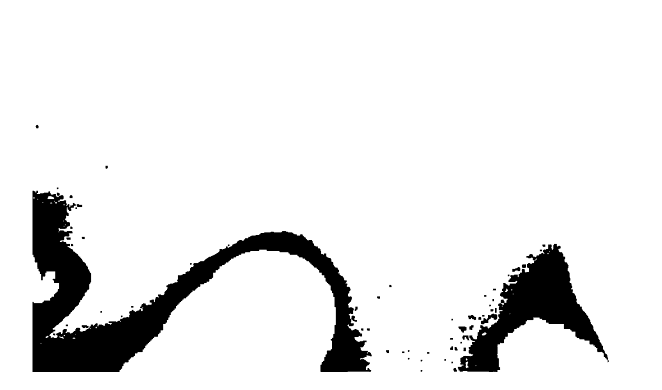
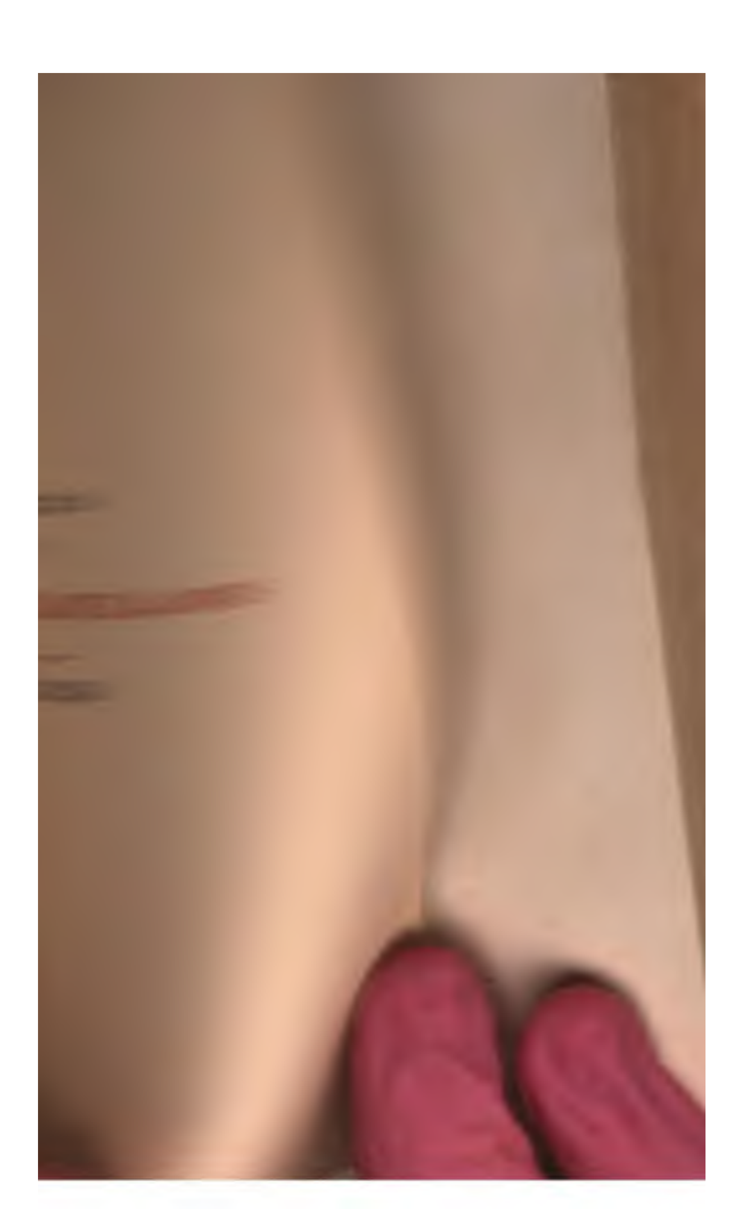










POESÍAS

DE

ANDRÉS BELLO

TIRADAS ESPECIALES

2	ejemplares	en vitela....................	*(Vendidos.)*		
2	»	en pergamino................	*α*	y	*β*
12	»	en papel china..............	*I*	á	*XII*
28	»	en papel Whatman.........	*A*	á	*Z*
28	»	en papel Original Turkey-Mill.	*a*	á	*z*
180	»	en papel de hilo............	*1*	á	*180*



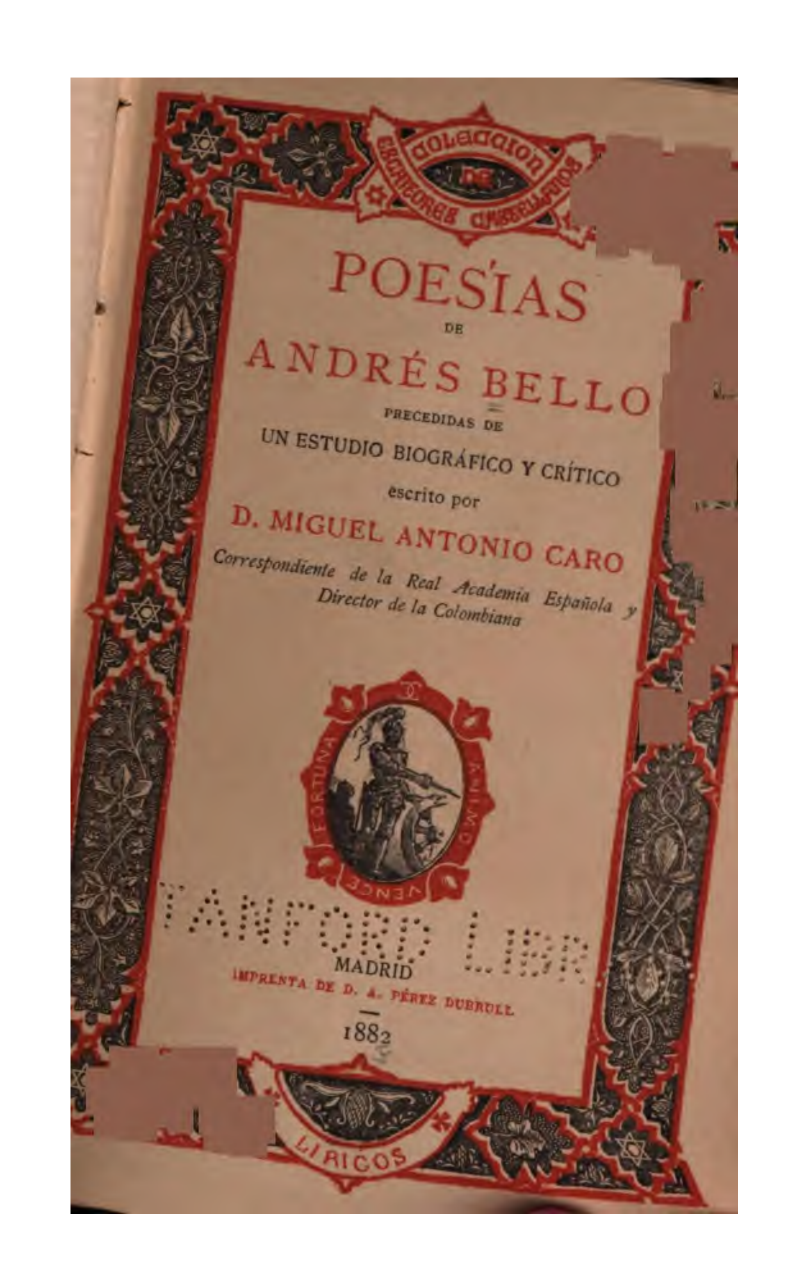
CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE

Andrés Bello

29 NOVIEMBRE 1881




Andrés Bello



Colección de Escritores Castellanos

POESÍAS

DE

ANDRÉS BELLO

PRECEDIDAS DE

UN ESTUDIO BIOGRÁFICO Y CRÍTICO

escrito por

D. MIGUEL ANTONIO CARO

Correspondiente de la Real Academia Española y Director de la Colombiana

MADRID

IMPRENTA DE D. A. PÉREZ DUBRULL

1882

Líricos



PREFACIO

I.

MAGISTERIO DE BELLO

Si alguno se propusiese escribir vidas paralelas de europeos y americanos, podría bien comparar á D. Andrés Bello con D. Alberto Lista.

Por la religiosidad unida al saber que en ambos resplandecía; por la moderación, hija de la benevolencia, virtud de sabios y arma poderosa á la larga, si bien ocasionada, por desgracia, á vacilaciones y acomodamientos en el teatro de la política; por la variedad y flexibilidad prodigiosa de facultades mentales de que estuvieron dotados el uno y el otro, matemáticos lo mismo que poetas, y tan entendidos en ciencias como en letras humanas; por todos los rasgos, en fin, tanto morales como intelectuales, que caracterizan á un hombre eminente, nos ha parecido siempre que Lista y Bello fueron muy semejantes entre sí, y, como si dijésemos, almas gemelas.

Pero lo que más determina esta semejanza y paridad, es la influencia decisiva que ejercieron por

el magisterio, el uno en España, y en América el otro. «Como matemático, como literato, como publicista,—decía de Lista, al anunciar su muerte en 1848, uno de sus más afamados discípulos,—tiene rivales que le disputen la palma; como hombre de prestigio y de influjo, como autoridad, no los tiene. En este concepto le está reservado un puesto muy alto en la historia de nuestros días. Ella dirá la parte que corresponde á Lista en el mérito de nuestros estadistas y de nuestros escritores de este siglo, todos ó casi todos formados por él, y amoldados á sus máximas, á sus opiniones y á su gusto [1].»

La propia justa observación ha de aplicarse á BELLO. Porque después de haber residido largos años en Londres, consagrado mayormente al estudio y la enseñanza, al pasar á Chile no hizo otra cosa que ensanchar la esfera de sus lecciones: y primero como director de una casa de educación, y después como Rector de la Universidad de Santiago, cargo que desempeñó por elección y reelecciones sucesivas desde que se fundó aquel establecimiento en 1843 hasta el fin de sus días, dirigió los estudios de la juventud chilena, basándolos en los sensatos principios tradicionales que en materia de instrucción pública rigen en Inglaterra, no distintos ciertamente de los que profesaba Lista.

Oficial mayor de la Secretaría de Relaciones exteriores, desde que llegó á Chile en 1829 hasta que se retiró de este empleo con jubilación en 1852, BELLO, por sus altas dotes, y como depositario de los antecedentes en cada cuestión que se presentaba, fué mentor de los Ministros del ramo en tan largo período, y quien, en realidad de verdad, dirigió allí los negocios internacionales. «La opinión pública reconoce unánime los méritos contraídos por BELLO en este departamento de

[1] OCHOA (D. Eugenio): *D. Alberto Lista.*

gobierno, y todos le rinden la justicia que por ello le corresponde [1].»

Enseñaba BELLO humanidades, derecho romano, ciencias políticas, y al mismo tiempo que dictaba sus lecciones, las ordenaba, redactando textos profundos, metódicos y luminosos. Fué, por lo tanto, escuela literaria al par que política la que fundó BELLO en Chile, y su benéfica influencia, dónde más, dónde menos, se extendió en América fuera de los términos de aquella república.

El método de enseñanza, al decir conteste de sus discípulos respectivos, fué en Lista y en BELLO uno mismo, amplio y expansivo en ambos, ameno y pintoresco. «Era, en verdad,—dice Ochoa,—una escena hermosa, y en la que había algo de la sencillez patriarcal de otros tiempos, la que presentaba el sabio anciano, seguido de la inteligente y fiel falange de sus discípulos más queridos. Unas veces, en las claras noches de invierno, nos llevaba á las alturas que rodean á Madrid, y nos iba explicando, sorprendiéndolas, por decirlo así, en la bóveda estrellada, las leyes del mecanismo celeste y las maravillas de la creación; otras veces, engolfándose en cuestiones literarias, su tema favorito, desplegaba en ellas toda la frescura de una imaginación de veinte años, y á la par que nos instruía en los preceptos del arte, nos embelesaba con su elocuencia de oro. Como un rasgo característico de aquellas doctas conferencias, añadiremos que le gustaba alternarlas con amenos episodios.»

Tal fué Lista, y no difería del suyo el estilo pedagógico de BELLO. En los cinco últimos años de su vida, octogenario ya, cuando no podía por sus piés salir á la calle á oir la Misa, á que, envuelto en su capa y apoyado en dos de sus hijos, se le

[1] AMUNÁTEGUI (M. L. y G. V.): *Biografías de americanos.* —BELLO: Santiago, 1854, pág. 101.

veía asistir devotamente todos los días, no por eso renunciaba á sus hábitos de enseñanza, y en la sala de su casa particular reunía, como Rector, el Consejo universitario, y allí mismo daba lecciones de humanidades y derecho; pero desembarazado de todo encadenamiento riguroso en las explicaciones, de tal suerte que si leyendo Código civil se ofrecía, á propósito de rentas vitalicias ú otro punto análogo, alguna cuestión de cálculo, el autor del *Tratado de Cosmografía* hacía que uno de los alumnos saliese á resolver en la pizarra el problema del caso; y de ahí, despertándose unas á otras y fecundándose las ideas, pasaba á ilustrar, por las costumbres ó la historia, el espíritu de las leyes, ó bien analizaba su letra, con minuciosa exactitud, á la luz de la gramática ó la hermenéutica. Para aquellos dos insignes varones era la enseñanza á modo de amena conversación, que se complacían en entretener y prolongar con la juventud estudiosa.

En Chile «los que no fueron discípulos de BELLO, han sido discípulos de sus discípulos, ó aprendieron en sus textos los rudimentos de la ciencia. Los alumnos de este patriarca del estudio han llegado así á formar una especie de tribu, compuesta de algunos hijos, muchos nietos y numerosísimos biznietos [1].»

No obstante la fidelidad con que en algunos de nuestros Estados Colombianos se ha seguido en materia de legislación, salvo algunos puntos capitales, la norma de los Códigos chilenos, y á pesar de que sus *Principios de derecho internacional* son el texto más de ordinario adoptado en nuestros colegios, para la respectiva asignatura, por fuerza se ha de confesar que, en lo político, no ha logrado BELLO en Colombia, ni con mucho, la influencia que por dicha ejerció en la nación chilena. No así en lo literario. En esta parte

[1] AMUNÁTEGUI: obra citada, pág. 103.

Bello ha sido maestro más respetado tal vez, y por lo menos mejor interpretado y más fielmente seguido en Colombia que en Chile. Las ediciones de su *Gramática*, de su *Ortología* y *Métrica* se repiten y propagan de continuo; la doctrina de estos textos se estudia con afán, la comentan algunos, la consultan muchos, y, conocida, á sus cánones se someten todos de buen grado.

En suma: así chilenos como colombianos, y con nosotros no pocos ciudadanos de otras repúblicas de la América Española, ya por un título, ya por otro, estamos acostumbrados á acatar á Bello como á maestro por excelencia.

Mas este patriarca de nuestras letras y ciencias también es generalmente considerado en la América Meridional como príncipe de nuestros poetas líricos, gloria que la naturaleza, en la distribución de sus dones, rara vez dispensa al más erudito, y no siempre concede al más sabio. Y no que se señale nuestro autor por la fecundidad de su vena, ni por la profundidad de sus concepciones; no que sorprenda por el ímpetu de sus arranques ni por la alteza de sus vuelos. Las poesías originales se cuentan con los dedos. En espontaneidad, vigor y fácil abundancia, otros le superan y oscurecen. Pero hay en la poesía de Bello cierto aspecto de serena majestad, solemne y suave melancolía, y una como aureola celeste, y ostenta él más que nadie pureza y corrección sin sequedad, decoro sin afectación, ornato sin exceso, elegancia y propiedad juntas, nitidez de expresión, ritmo exquisito: las más altas y preciadas dotes de elocución y estilo. Es Bello, en poesía, incomparable artista, y la perfección es la nota que mejor le cuadra.

Diríase que por lo mismo que estas condiciones escasean en la América Española, es natural echarlas menos, y de aquí apreciarlas en lo que valen; pero ciertamente que no estimamos bien las cosas de que carecemos sólo por la ausencia

de ellas, sino cuando sentimos la necesidad de poseerlas y tenemos plenas facultades para gozarlas; por lo cual el aprecio que siempre se ha hecho de Bello en Venezuela y Colombia, colocándole en lugar preeminente entre los escritores americanos, acredita el instinto artístico y sentimiento de la belleza que reina en estas regiones, donde ya desde la conquista hubo poetas que enseñaron, y á modo de tradición legaron el culto de las Musas. En cuanto á otros países americanos donde el gusto poético, ó no brota, ó fácilmente se extravía, la autoridad de Bello, como sabio y publicista, no fué pequeña parte á robustecer su doctrina y su ejemplo como poeta, contrarestando á un mismo tiempo el necio desdén de aquellos que no quieren otras artes sino las que ofrecen resultados tangibles y material provecho, y la funesta influencia de los que con vano aparato de figuras extravagantes y hueca palabrería, á modo de sacerdotes de un culto supersticioso, ó vendedores de falsas joyas, dañan por oficio á los intereses de la verdad y la justicia.

Al magisterio de Bello, como á todo apostolado, no faltaron contradicciones y peligros. Cuando Bello llegó á Chile, las facciones en que estaba dividida la opinión, andaban empeñadas allí en mortal contienda. El puso sus talentos al servicio del partido conservador ó *pelucón*, y en 1831 fué nombrado Rector del *Colegio de Santiago*. El literato español D. José Joaquín de Mora, que con otros emigrados, y juntamente con Bello, había residido en Londres, y adheríose desde entonces á la causa de la emancipación americana, afiliado entre los liberales chilenos, dirigía á la sazón, con el crédito que era de esperarse de sus luces y cultura, el *Liceo de Chile*. Literaria en apariencia, pero política en realidad, surgió una viva competencia entre uno y otro establecimiento. Principió Mora zahiriendo á los fundadores y director del Colegio de Santiago;

contestóle BELLO censurando algunas piezas doctrinales del regente de estudios del *Liceo*, y de aquí aquella controversia, la cual, por la acritud que en ella extremaron los contendientes, constituye una excepción en la vida literaria de un hombre como BELLO, que siempre se distinguió por su moderación y cortesía.

La posteridad imparcial, curiosa espectadora de pasadas luchas, tornará á mirar con interés el palenque en que dos ingenios, muy semejantes por sus antecedentes, iguales en fuerzas, ofrecen el espectáculo de un reñido singular combate.

En tal polémica Mora lleva las simpatías que acompañan á los que resultan vencidos por artes extrañas, porque, triunfante el partido conservador, autor verdadero de la nacionalidad chilena, expulsó de la República á Mora. Más que de BELLO, quiso vengarse de los chilenos el expulso literato, en un soneto en que los denigra, citando, entre las cosas que le habían mortificado, la

Lengua española vuelta algarabía.

BELLO, que, como Lista, detestaba la irreligión y la anarquía, profesando, empero, también como Lista ideas liberales y en extremo conciliadoras, fué acusado, como director del *Colegio de Santiago*, de *monárquico* y *retrógrado*, y el denuncio que, si hubiéramos de creer á sus antiguos émulos, hizo él en Caracas el año 1810 al capitán general Emparán del primer conato de revolución, salió entonces á relucir de nuevo. Evocaban este recuerdo la envidia y el espíritu de partido, sin que en ese punto pudieran los acusadores ser victoriosamente rebatidos, ni menos condenado el reo en el tribunal de la opinión, quedando el pleito hasta hoy *sub judice*, por falta de documentos, y favoreciendo á BELLO la máxima cristiana y jurídica que manda absolver á la víctima de una acusación destituída de pruebas fehacientes.

Resalta de nuevo en este incidente el paralelismo entre BELLO y Lista. Encargado este último, ya anciano, en 1838, de la dirección del colegio de San Felipe en Cádiz, fué objeto también de análogos tiros de maledicencia, clamando sus émulos que no se enseñaban en el establecimiento «ideas de libertad,» que era «retrógrado y jesuítico,» no sin fingir temores por «la causa de la independencia nacional,» aludiendo á las vacilaciones y debilidades del poeta sevillano en 1810 [1].

Mas á BELLO estaba reservado sostener otra batalla en que había de decidirse, no la suerte de un partido, sino de la civilización chilena, y en que se hubieran empeñado con todas veras, no sólo Lista, sino el mismo Mora y cuantos profesaron principios liberales, sin renegar de la cultura intelectual.

Un género de liberalismo, mitad francés y revolucionario, mitad llanero y feroz, abrió campaña contra BELLO y sus auxiliares en 1842. Hallábanse emigrados en Chile algunos argentinos de talento, pero de tendencias selváticas y de instrucción deficientísima, los cuales, presididos por D. Domingo Faustino Sarmiento, y escribiendo en *El Mercurio* de Valparaiso, denunciaban con alarma y vocerío que BELLO, como sus enseñanzas, parte estériles y parte perniciosas, estaba pervirtiendo el espíritu público; motejaban de «reacción colonial;» su sistema didáctico, burlábanse de los «modelos literarios;» condenaban el estudio del latín, de la gramática castellana, de las humanidades; decretaban el «divorcio con el pasado;» apellidaban «libertad en literatura como en política,» y aconsejaban á los jóvenes que «se abandonasen á sus propias fuerzas,» sin más regla ni guía que la inspiración, tratando así de fundar una especie de iluminismo ó espiritismo literario.

1 *Biografía de Lista*, en la *Galería de españoles célebres*, de Pastor Díaz y Cárdenas, t. VIII.

Tan santa indignación llegó á concebir contra BELLO el patriarca de la secta, Sarmiento, que en uno de sus artículos estampó estas palabras textuales: « Si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido en tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros, sin otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado, más allá de lo que la civilización exige, los arcanos del idioma, y haber hecho gustar á nuestra juventud de las exterioridades del pensamiento, y de las formas en que se desenvuelve en nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y de la verdadera ilustración.... »

Y desde su punto de vista tenía razón Sarmiento, porque BELLO, apóstol de la cultura europea, era una amenaza para la indígena barbarie americana. La historia muestra cómo fuerzas que parecían extinguidas, reaparecen tal vez bajo nueva forma; cómo guerras que se creyeron terminadas, se renuevan de pronto.

En cada hombre hay dos hombres, según el pensamiento de San Pablo, y del propio modo podemos decir que cada pueblo, cada nación encierra una doble naturaleza. Perpetuamente se repite entre la civilización y la barbarie una guerra tal vez patente y ruidosa, tal vez sorda y latente. Las armas suelen trocarse, y los contendientes, por su aspecto, confundirse y equivocarse en el combate. Los españoles que conquistaron el suelo americano guerreaban á fuego y sangre, y por ello la civilización, á cuyos altos intereses servían, tomó entonces traje y semblante bárbaros. Vuelve á estallar la misma lucha en la vida de estos pueblos americanos, y, al revés de lo que sucedió primero, la barbarie indígena, para combatir á la civilización forastera, hace uso de armas que no son suyas, sino usurpadas á su gloriosa enemiga, valiéndose de la cátedra y la imprenta.

Tal es, á nuestro juicio, el caso de la cuestión

que Sarmiento movió á BELLO. En sentido moral y literario, no se equivocaba el indómito argentino cuando veía en aquel hombre tan modesto, y áun tímido, un advenedizo peligroso, un temible enemigo de la bravía independencia de la Pampa. Sarmiento siguió por algún tiempo haciendo disparos, con táctica de guerrillero, contra los *gramáticos* y *retóricos*, y en 1843 presentó á la facultad de humanidades una Memoria sobre la necesidad de establecer un sistema de *berdadera* ortografía, fundada en la pronunciación. Más ancho y apropiado campo á sus ambiciones ofrecía la política, que, después que se abrieron á los argentinos las puertas de la patria, le colmó de honores, le condecoró con el título de general, y más adelante le elevó á la primera magistratura. BELLO, entre tanto, apoyado por un gobierno ilustrado, y seguido de un selecto grupo de discípulos, permaneció firme en su campo, como alumno de las Musas por vocación. Fúndase la Universidad chilena en 1843, es nombrado rector don ANDRÉS BELLO, y el discurso inaugural que pronuncia resonó en el continente, siendo para él una gloria, para la civilización un triunfo.

II.

EDUCACIÓN Y ESTUDIOS DE BELLO. — SUS PRIMEROS ENSAYOS POÉTICOS.

(1781-1810.)

No pertenece BELLO ciertamente á la familia de los precoces. Si le contemplamos, como en la presente ocasión nos cumple contemplarle, en determinado aspecto, como poeta, su carrera fué segura pero lentísima, sembrada á largas distancias de producciones de mérito desigual, ó ya porque sus facultades y su gusto se desenvolviesen poco *á poco* con el estudio, ó ya porque absorbiesen

su actividad calmosas investigaciones de erudito, ó difíciles negocios de interés público y de índole diversa. Una y otra causa explican la escasez de sus producciones poéticas, comparado el número de éstas con la dilatada y de ordinario tranquila existencia que alcanzó el poeta.

Nació D. ANDRÉS BELLO en Caracas el 29 de Noviembre de 1781 [1].

Desde niño mostró grande afición á leer, y en edad temprana empezó por apacentarse en las comedias de Calderón, que, con sus ahorros de escolar, compraba por cuadernos, una tras otra. Leíalas muchas veces, hasta aprenderse de memoria escenas enteras. Las impresiones que en los primeros años recibimos con una como lucidez virginal, difícilmente se borran, y la manera y lenguaje de Calderón quedaron indeleblemente grabados en el ánimo de BELLO. No que el estilo de BELLO sea esencialmente calderoniano; pero algunas veces ofrece con el de Calderón patente semejanza por la ingeniosidad y artificio de la expresión, despuntadas las agudezas gongóricas, y áun por las formas métricas, como se ve en largos trozos de la traducción de *Olimpio*, de Víctor Hugo. He aquí brevísimas muestras de frase calderoniana tomadas de dicha traducción (1842):

Eras meteoro ardiente,
Que en una noche profunda
Se lleva tras sí los ojos
Cuando por el cielo cruza.
....

La detracción en tu fama
Clavó sus garras impuras;

[1] No el 30 de Noviembre de 1780, como han dicho sus biógrafos. Tenemos á la vista, debidamente certificada, la partida de bautismo. Fueron sus padres D. Bartolomé Bello, distinguido abogado de Caracas, y doña Ana López, matrona de singular mérito.

Es texto á malignas glosas
Tu reputación *difunta*.
. . . .

A la *bostezante* gruta
De tenebrosa garganta
Y de verde cabellera
Con florecida guirnalda.

Áun en la *Oración por todos* (1843), acaso donde más moderno parece BELLO, no faltan reminiscencias del vocabulario de Calderón:

La soporosa piedra de la tumba
Profunda sima, á donde se derrumba
La turba de los hombres *mil* á *mil*.

El autor de *La Viña del Señor* había dicho:

......haciendo
Brotar en cada raíz
Las márgenes de su riego
Ciento á ciento y *mil* á *mil*
Flores....

La sociedad caraqueña á fines del siglo anterior, según el testimonio de Humboldt, que la visitó por entonces, se distinguía por su alta cultura intelectual. Ya desde esa época, al decir del ilustre viajero, aquellos naturales cultivaban la música con particular decisión y notable adelantamiento, y conocían y estudiaban los modelos de la literatura francesa y de la italiana. Ni faltó á BELLO el trato y compañía de excelentes maestros y de dignos condiscípulos. Siguió el curso de humanidades y filosofía; en la primera década de este siglo era ya considerado en Caracas como el mejor latino de la ciudad, y algunas producciones suyas le adquirieron desde entonces entre sus conterraneos el renombre de poeta.

Fueron éstas pocas, y de ellas sólo sabemos que

se publicase en aquella época su brioso soneto á la victoria de Bailén, improvisado por el autor en los momentos en que se festejaba en Caracas el glorioso triunfo de Castaños (1808). Han desaparecido las traducciones del libro V de la *Eneida* de Virgilio y de la *Zulima* de Voltaire, que BELLO por aquel mismo tiempo leyó en casa de su amigo, paisano y discípulo D. Simón Bolívar, quien, después de viajar por Europa, acababa de restituirse á su tierra natal, y como perfecto caballero que era y amigo del talento y de la amena literatura, obsequiaba á la juventud caraqueña con tertulias literarias.

Otras poesías de las que compuso BELLO en aquella primera y pacífica época de su vida, han salido á luz al cabo de largos años, después de rodar manuscritas, ó de yacer ignoradas entre papeles viejos. Tal es, en primer lugar, un romance que cita D. Arístides Rojas, dedicado al Samán del Catuche, árbol venerado, de tradicionales y poéticos recuerdos para los caraqueños, salvado del hacha del leñador, y protegido con vigilancia cariñosa por el piadoso sacerdote don José Cecilio Avila, y con este motivo cantado años después, como á porfía, por Baralt y por J. A. Calcaño [1]. Arbol hubo de ser éste, dice el mismo Sr. Rojas, inolvidable para BELLO, porque á su sombra, antes de 1810, pasó agradables horas, en paseos á los alrededores de la ciudad, con jóvenes de esperanzas, amigos dichosos por entonces, inadvertidos del sordo ruído subterráneo que presagiaba la revolución. A casi todos ellos aguardaba fin trágico en el sangriento torbellino de la guerra de independencia, más brava y asoladora en Venezuela que en ninguna otra parte de América. Cuando algunos años después volvía BELLO, desde Londres, sus miradas hacia

[1] V. ROJAS: *Biblioteca de escritores venezolanos contemporaneos.*

la patria, sólo divisaba estragos y ruínas, y con dolor exclamaba:

¡Colombia! ¿Qué montaña, qué ribera,
Qué playa inhospital, donde antes sólo
Por el furor se vió de la pantera
O del caimán, el suelo en sangre tinto;
Cuál selva tan oscura en tu recinto,
Cuál queda ya tan solitaria cima,
Que horror no ponga y grima,
De humanas osamentas hoy sembrada,
Feo padrón del sanguinario instinto
Que también contra el hombre al hombre anima?
¡Tu libertad cuán caro
Compraste! ¡Cuánta sangre derramada!
¡Cuánta familia en triste desamparo!....

Poseemos además la odita al Arauco, romance de estilo horaciano puro, y la más antigua de todas aquellas reliquias poéticas, puesto que la escribió BELLO, según parece, por los años de 1798, si bien no llegó á publicarse hasta 1870 (en la colección ordenada por los Sres. Rojas, hermanos, de Caracas); la traducción de la oda de Horacio *O navis referent*, versión que, por la forma métrica, por la asonancia adoptada y el apacible giro rítmico [1], es al mismo tiempo evidente imitación de la primera barquilla de Lope (diéronla

[1] Del romance de Lope que le sirvió de modelo, cita BELLO en su *Gramática* estos cuatro delicados heptasílabos:

Pasaron ya los tiempos
Cuando lamiendo rosas
El céfiro bullía
Y suspiraba aromas.

Se trata de otra cosa distinta, pero la imagen es semejante, é igual el acierto rítmico y onomatópico en estos de la imitación de BELLO:

¡Ah! vuelve, que aún es tiempo,
Mientras el mar las conchas
De la ribera halaga
Con apacibles olas.

á luz los hermanos Amunátegui en 1861, *Juicio crítico*, pág. 169); y, finalmente, una imitación de la Egloga II de Virgilio, con bien traídas interpolaciones de las Eglogas VIII y X, en elegantes octavas, que por primera vez salen hoy á luz al frente de esta colección [1].

Revelan estas muestras cuán bien se había asimilado Bello el espíritu de los poetas clásicos latinos, y cuán de cerca seguía las pisadas de los versificadores castellanos del siglo de oro. No nos es dado decir lo propio de un poema á que muchas veces han aludido los apasionados de Bello con no pequeño sentimiento de su pérdida, pues era de imaginar que fuese composición de gran valía. Hase descubierto recientemente, para desengaño de cuantos lo lean; lo tenemos á la vista manuscrito, y lleva este encabezamiento: «Poema en acción de gracias al Rey de las Españas por la propagación de la vacuna en sus dominios, dedicado al Sr. D. Manuel de Guevara Vasconcelos, Presidente, Gobernador y Capitán general de las Provincias de Venezuela. Por don Andrés Bello, oficial segundo de la Secretaría de Gobierno y Capitanía general de Caracas.» Es un monótono romance endecasílabo, de cerca de trescientos versos, con el cual corre adjunto otro poema del mismo autor, y al propio asunto, escrito también en lánguido estilo, en romance endecasílabo y endechas reales; intitúlase *Venezuela consolada*, y en él figuran, como personas dramáticas, Venezuela, el Tiempo y Neptuno, con coros de Tritones.

La dedicatoria del primer poema al Capitán general era muy justo y de parte de Bello debi-

[1] Gracias á la fineza del Sr. D. Antonio Leocadio Guzmán, que de su rico archivo, para uso del autor de este prólogo, autorizándole á publicarla, mediando buenos oficios del Sr. D. Simón B. O'Leary, ha permitido sacar copia de la mencionada traducción.

do homenaje de gratitud á un jefe que le había protegido, y de hecho le favorecía, llamándole primero á servir la plaza de oficial segundo de la Secretaría de Gobierno, obteniendo para él, deseoso de distinguirle, el título de Comisario de Guerra, y, finalmente, queriendo llevarle consigo á España, con ánimo de proporcionarle en la corte colocación correspondiente á su mérito. Pudo fácilmente suceder que Cervantes se hubiese establecido en América, si hubiera obtenido uno de los empleos que solicitó como vacantes en Santa Fe de Bogotá y en La Paz, y nuestro Bello, á su vez, estaba en vía de pasar á España, donde otro horizonte, otros destinos le hubieran aguardado, cuando la muerte de su protector Guevara Vasconcelos en 1809, antes que la revolución estallase, desbarató tales proyectos y esperanzas. *Dis aliter visum.*

Comparados los susodichos poemas con la célebre silva que también para celebrar la introducción de la Vacuna en América y en honor del jefe de la expedición Balmis, compuso Quintana en 1808, ¿qué señalado contraste no resulta del cotejo? ¿No es curioso ver cómo de una misma ocasión toman pié el español para tirar tajos y reveses á las sombras de los Conquistadores, y el americano para extremar expresiones de gratitud por los beneficios recibidos, á los monarcas de Castilla, y en especial al *Cuarto Carlos*, y á su ministro de desgraciada memoria?

¡Sí, Carlos Bienhechor! Éste es el nombre
Con que ha de conocerte el universo;
El que te da Caracas, y el que un día
Sancionarán la humanidad y el tiempo.
De nuestro labio acéptalo gustoso
Con la expresión unánime que hacemos
A tu persona y á la augusta Luisa
De eterna fe, de amor y rendimiento.
. . . .
Y tú. . . . .

Tú por quien de la paz los beneficios
Disfruta alegre el español imperio,
Y á cuya frente vencedora honroso
Lauro los cuerpos lusitanos dieron;
Tú que teniendo ya derechos tantos
A nuestro amor, al público respeto,
Y á la futura admiración, añades
A tu gloriosa fama timbres nuevos,
Protegiendo, animando la perpetua
Propagación de aquel descubrimiento,
Grande y noble GODOY....

Proh pudor! Y sin embargo; si va á decir verdad, no es lo que más nos sorprende en estos romances el tono melifluo de besamanos, porque no gozan los hombres de tal independencia de carácter que logren librarse por completo en palabras y en obras de la influencia de los tiempos en que les cupo en suerte nacer y vivir, llevando cada edad, en mayor ó menor suma, los tributos de sus hijos. Olmedo, antes de proclamar á Bolívar en medio de la tempestad de la batalla, «árbitro de la paz y de la guerra,» había ensalzado en el *Arbol del desierto* á «*nuestros* amados Reyes.» Fernández-Madrid, antes de hacer la apoteosis del Libertador, dedicaba una oda á «España salvada por la Junta central.» (Cartagena de Indias, 1809.) Otro neo-granadino, Salazar, cantor de la libertad de Cundinamarca, era en 1810 poeta áulico del Virey de Santa Fe, Amar y Borbón, harto inferior, por su carácter y pocas letras, á Guevara Vasconcelos. Las revoluciones suelen sorprendernos desapercibidos, solazándonos en pueriles entretenimientos, y en su torbellino de fuego envuelven y arrastran hombres y cosas, llevándolas muy lejos de donde tenían su asiento.

No es el espíritu, no las tendencias de estos romances lo que mayor extrañeza nos causa, sino sus condiciones literarias, de tal modo, que si no conviniesen, por lo menos el primero de los

dos, con las señas y noticias que en vida y á sabiendas de Bello corrían del poema que escribió á la Vacuna, dudaríamos que semejantes composiciones perteneciesen al feliz imitador de Horacio y Virgilio. Ni se comprende cómo aquel que en anteriores ensayos se ostentó alumno aventajado de la escuela itálico-española del siglo XVI, no sin alguna afición, si bien dentro de términos prudentes, á los aliños y conceptuosa frase de los escritores del siglo XVII, aparece de pronto envuelto en el pesado y trivial prosaismo del XVIII, escribiendo versos dignos de cualquiera de los Iriartes. Tal es la docilidad de las facultades mentales, cuando la moda deslumbra ó arrebata, y la voluntad vencida se inclina á determinada imitación, que el autor de la *Silva á la Zona Tórrida* y de la *Oración por todos* pudo, una vez en su vida, hacer declamación rimada en vez de poesía, sin invocar á las Musas, y como mero «Oficial segundo de una Secretaría de Gobierno.»

Nos hemos detenido en dar noticia de los primeros ensayos literarios de Bello, precisamente porque son ó poco ó nada conocidos, y es interesante estudiar las misteriosas cabeceras de grande y poderoso río.

Corresponden estos ensayos á la época primera de la vida de Bello, de las tres en que, hasta con límite geográfico, está dividida, llevando cada una de ellas su particular distintivo, ya contemplemos á Bello en su vida íntima, ya como sabio y como poeta. Es el primero de estos tres períodos el de su educación y estudios en Caracas, donde dejó, dejándola, madre, hermanos y amigos de infancia y adolescencia; el segundo, el de su no corta permanencia en Londres, donde casó y nacieron sus hijos mayores; data el tercero de su llegada á la capital de Chile.

Ciérrase el primer período en Junio de 1810, cuando Bello salió de Caracas en compañía de los Plenipotenciarios Bolívar y López Méndez,

y como miembro Secretario de la Comisión diplomática que diputó, cerca del Gabinete británico, la Junta Gubernativa, que de resultas de la revolución se estableció entonces en Caracas, organizada, como otras de su clase, en la misma época sobre las bases de reconocimiento de Fernando VII y ejercicio, por delegación, de la soberanía: poder hipotético y precario, por donde, complicándose los sucesos y trasformándose las opiniones, pasaron los americanos de la adhesión, sincera en muchos, á la Corona de Castilla, á la proclamación de la independencia absoluta. Por primera vez y para siempre dejaba BELLO su suelo nativo, y en los postreros años de su vida todavía tenía presente la última mirada que dió á Caracas desde el camino de la Guaira. «¡Quién me hubiera dicho—escribía al recordarla—que aquella mirada era en efecto la última[1]! »

Y dicho sea, y permítasenos consignarlo aquí, en honor de la verdad y la justicia: cuando BELLO salió de Venezuela era ya un hombre completamente formado, y el curso ulterior de su vida, y las obras que después hicieron famoso su nombre, fueron progresiva continuación y naturales sazonados frutos de aquella educación colonial que recibió en Caracas.

Y es en vano que los Sres. Amunáteguis, con exageración que produce resultados contrarios á la intención de los panegiristas, esforzándose por mostrar á BELLO como hombre superior en todo á su tiempo, y que todo lo debió á sí mismo, nos hablen de la « crasa ignorancia » que « se oponía en América al desenvolvimiento de las letras; » que éstas «en Venezuela como en las demás colonias, habían sido completamente desdeñadas; » que «los monarcas de Castilla habían tratado, por sistema, de contener los vuelos de la inteligencia en

1 A. ROJAS, *El Poeta virgiliano*. Cita de correspondencia de BELLO con su familia de Caracas.

sus establecimientos de Ultramar [1].» Estos asertos, en la forma escueta en que se ven estampados, no pueden correr sin tropezar con palabras y hechos de BELLO que los desmienten, y áun con otros datos contradictorios que los mismos escritores suministran en la biografía de nuestro poeta.

«Primero el suelo nativo que nada,» decía con ingenua y habitual elocuencia Bolívar, el ilustre conterraneo de Bello: «él ha formado con sus elementos nuestro sér; nuestra vida no es otra cosa que la herencia de nuestro pobre país; allí se encuentran los testigos de nuestro nacimiento, los creadores de nuestra existencia, y los que nos dieron alma por la educación.... Allí fué el teatro de nuestra inocencia, de nuestros primeros amores, de nuestras primeras sensaciones y de cuanto nos ha formado. ¡Qué títulos más sagrados al amor y á la consagración [2]!»

De estos sentimientos participaba BELLO. «Concluyo rogando á V, escribía en 4 de Mayo de 1829, á Fernández-Madrid desde la bahía de Río Janeiro, en vía para Chile; concluyo rogando á V. se interese por mi buen nombre en Colombia, dando á conocer la urgencia absoluta que me obligó á tomar la *casi desesperada determinación* de embarcarme para Valparaíso.» En Chile con la generosa hospitalidad que se le dispensó y la noble protección de un Gobierno ilustrado, halló BELLO merecido y comprobado el elogio que á aquella nación dedicó él mismo en su *Alocución á la poesía:*

¿Ó más te sonreirán, Musa, los valles
De Chile afortunado que enriquecen
Rubias cosechas y suaves frutos

[1] AMUNÁTEGUIS: Biografía citada, pág. 30.
[2] Carta al General Santa Cruz.

Do la inocencia y el candor ingenuo,
Y la hospitalidad del mundo antiguo
Con el valor y el patriotismo habitan?

Mas ni las sagradas obligaciones de la gratitud, ni la larga residencia en extraña tierra, habían de borrar del corazón de BELLO los recuerdos del suelo nativo; y habiendo mudado de cielo más bien que de patria, exclamaba:

Naturaleza da una madre sola
Y da una sola patria.... En vano, en vano
Se adopta nueva tierra: no se enrola
El corazón más de una vez. La mano
Ajenos estandartes enarbola....
Te llama extraña gente ciudadano....
¡Qué importa! No prescriben los derechos
Del patrio nido en los humanos pechos [1].

Para poner en su punto la «crasa ignorancia» en que antes de 1810 estaba sumida Venezuela (como las demás colonias), basta saber que BELLO, al llegar á Chile en 1829, áun cuando reconocía las ventajas del país, la «verdadera libertad» que en él reinaba, y el deseo que manifestaba la juventud de instruirse, no podía dejar de echar menos «algo de la civilización *intelectual* de Caracas en la época dichosa que precedió á la revolución [2].» Y no sólo en correspondencia privada, sino por la prensa, y con mayor ó menor desembarazo, hacía BELLO justicia á su época, cuando los negros cuadros que los escritores americanos, y mayormente los chilenos (con menos injusticia éstos, por el relativo atraso en que se hallaba aquella colonia, si ya no extendiesen sus censuras á las demás colonias), suelen trazar de nuestro estado social antes de 1810, daban ocasión á que el hijo

[1] *El Campo*, fragmento de un poema inédito.
[2] Carta autógrafa á Fernández-Madrid, de Santiago y 29 de Agosto de 1829.

de aquella época se desahogase en protestas del tenor siguiente:

«Sentimos mucha repugnancia para convenir en que el pueblo de Chile, y lo mismo decimos de los otros pueblos americanos, se hallase tan *profundamente envilecido*, reducido á una tan *completa anonadación*, tan destituído de toda virtud social como supone el Sr. Lastarria. La revolución hispano-americana contradice sus asertos. Jamás un pueblo profundamente envilecido fué capaz de ejecutar los grandes hechos que ilustran las campañas de los patriotas. El que observe con ojos filosóficos la historia de nuestra lucha con la metrópoli, reconocerá sin dificultad que lo que nos ha hecho prevalecer en ella es cabalmente el elemento ibérico.»

Y por lo que hace á la parte intelectual y científica, Bello mismo era vivo testimonio de que la educación que se recibía á fines de la anterior centuria en centros coloniales tan importantes como Caracas, Méjico ó Santa Fe, no adolecía de la nulidad que la declamación patriotera suele achacarle; y la historia, como el buen sentido, han de reconocer que los insignes literatos y sabios como Roscio ó Sanz, como Caldas, como Duquesne, que brillaron como estrellas matutinas del siglo en estas regiones, no brotaron de pronto, con luz propia, de un abismo de tinieblas.

Según datos estadísticos citados por el señor D. Arístides Rojas, el año de 1794, cuando Bello tenía doce ó trece años, se introdujeron en Caracas por el comercio de libros ochenta cajas de ésta que, según los biógrafos de Bello, era «vedada mercancía» para los americanos. ¿Qué más? Los mismos biógrafos confiesan que D. Luís Ustáriz, coetaneo de Bello, era Mecenas de la juventud de Caracas, su casa un templo de las Musas; que en ella se leían y se juzgaban los escritores peninsulares, y guardaban como en un archivo las composiciones indígenas, de las cua-

les existía una colección completa, que por desgracia hubo de perderse, condenada á las llamas por los realistas vencedores en 1812 [1].

Por donde se ve que no fué BELLO un fenómeno solitario, sino digno y distinguidísimo miembro de la juventud caraqueña, á fines de la pasada centuria y á principios de la presente. En los estudios que hizo en Caracas hallamos el germen fecundo de sus posteriores lucubraciones. Meditando sobre la teoría del verbo de Condillac, y esforzándose en vano por acomodarla al español, concibió la ingeniosa nomenclatura que desenvolvió en su *Análisis ideológica de la conjugación castellana*, compuesta antes de 1810, aunque no publicada sino muchos años después (Valparaíso 1841), y esta obra, no menos que las observaciones por él recogidas en su continua lectura de libros españoles (de las cuales dió también otra muestra en Caracas en una disertación sobre los diversos usos del relativo *que*), sirvieron de base á su *Gramática castellana*, que tras largos años de labor dió á luz en 1847. El mismo que, alistado después en la escuela espiritualista de Cousin, y siguiendo con reservas en ciertos puntos metafísicos á Berkeley, compuso un notable libro de filosofía, no habría adelantado á ese extremo sus investigaciones psicológicas sin el previo ejercicio y severa disciplina del curso de filosofía que siguió en Caracas, durante tres años, en lengua latina, y sin el ensanche, que ya aficionado á este ramo del saber dió en linaje de investigaciones en la propia ciudad, traduciendo y comentando á Locke. En suma: en los estudios que

[1] Lo que pudo suceder, como aconteció en Santa Fe de Bogotá, fué que, al acercarse los expedicionarios, los patriotas quemasen sin distinción cuantos papeles tenían que pudiesen comprometerlos. Por lo demás, ya se ha visto que en Caracas se han descubierto poesías de BELLO que antes se creyeron destruidas.

hizo en Caracas encontró BELLO la clave de adquirir nuevos conocimientos. Un buen método de enseñanza no tanto se propone comunicar mucha ciencia al estudiante, cuanto dar á su entendimiento poderoso impulso y rumbo cierto.

Demás de esto, cuando la Junta Gubernativa de Caracas en 1810 nombró á BELLO miembro de la Comisión diplomática acreditada ante el Gobierno Británico, tuvo en cuenta la competencia que había adquirido D. Andrés en asuntos administrativos y políticos, como empleado de la Secretaría de Gobierno. Las complicaciones de la política española antes de 1810 se hacían sentir en Venezuela; á sus costas arribaban naves inglesas; casos difíciles de competencia se suscitaban, en que tenía que entender el capitán general; y con este motivo D. ANDRÉS BELLO, cuyos dictámenes, tenidos en mucho, se consultaban siempre, se dió desde entonces al estudio de las prácticas internacionales. Con tales antecedentes pasó á servir la Secretaría de la Legación Colombiana, y de la Chilena en Londres; desempeñó más tarde el cargo de oficial mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores, en Chile; y resultado de su dilatada experiencia fué su obra de derecho de gentes, que tan alto puesto y merecida autoridad le adquirió como publicista.

No diremos que hizo BELLO su carrera por rigurosa escala; pero sí afirmamos que en su vida política y literaria no anduvo á saltos, como otros á quienes agitó el temporal revolucionario, sino con pasos medidos y consecuentes.

Ni se amengua en nada la gloria de un hombre eminente cuando decimos que sus estudios fueron buenos y sólidos y que de su educación primera partió el movimiento progresivo de las facultades mentales. Sólo Adán salió de una vez, de las manos creadoras, en el pleno goce de todas las facultades humanas, sabio y perfecto.

III.

RESIDENCIA DE BELLO EN LONDRES —SUS TRABAJOS LITERARIOS EN AQUELLA ÉPOCA (1810-1828).

No es ocasión de referir aquí la parte que tocó á BELLO en las conferencias de la Comisión diplomática venezolana con el Marqués de Wellesley. Resultado inmediato y cual se esperaba, no tuvieron, y mientras Bolivar, que había recibido educación en España, contemplándose fuera de su teatro volvía á América impaciente por realizar sus vastos designios, BELLO, educado en Caracas, con más valor, por sus hábitos é inclinaciones, para desafiar un porvenir oscuro que para lanzarse en una revolución, prefería quedarse en Europa.

Y no pasó mucho tiempo sin que, no diré quemase, sino viese quemadas las naves y roto el hilo que le ligaba á la patria; porque con motivo de los reveses que padeció al principio la revolución en Venezuela, hubo de pasar el secretario de la Comisión caraqueña á la condición de mero y desvalido emigrado.

Por consejo de Blanco White dedicóse á enseñar idiomas y literatura; y cúpole la buena suerte de que sir William Hamilton le llamase á dar lecciones á sus hijos: acomodo que no hubiera conseguido en Inglaterra si ya no fuese un verdadero *scholar*, gracias á que en Caracas había estudiado con gran provecho, como queda dicho, las humanidades latinas, y á que luego, en los primeros años de su residencia en Londres, completó aquellos conocimientos clásicos estudiando por sí mismo las letras griegas.

Alternativas experimentó de desahogo mediano y de escasez eterna, ora ocupado en enseñar, ora desempeñando, como sucedió más adelante, la Secretaría de la Legación Chilena unas veces y

la de la Colombiana otras. En todas circunstancias fué el estudio su pasión dominante, y las Musas su refugio y consuelo. Visitaba las bibliotecas, era asistente asiduo al Museo Británico; por donde se le deparó ocasión de tratar con hombres letrados y eruditos. Fué uno de ellos Mr. James Mill, á quien ayudó, entre otras tareas de redacción, á descifrar y ordenar algunos enigmáticos manuscritos de Bentham.

En 1843, cuando recibía de un Gobierno ilustrado y justo el premio debido á sus fatigas; cuando al frente de la Universidad Chilena se veía acatado como el más alto representante de la ciencia, y venerado como maestro de la juventud; cuando la fortuna le sonreía mostrándole asegurado el porvenir de su familia, entonces volvía los ojos al largo y penoso camino recorrido, y, recordando las pasadas tribulaciones, en lugar de exhalar quejas, consagraba un voto de agradecimiento á las letras, sus amables compañeras de infortunio.

Ellas, decía, desarman de la mayor parte de sus terrores á las vicisitudes de la fortuna; ellas son, después de la humilde y contenta resignación del alma religiosa, el mejor preparativo para la hora de la desgracia. Y después de citar á Sócrates, á Lavoisier, á Andrés Chenier, añadía: «Yo mismo, aunque siguiendo de tan lejos á sus adoradores, yo mismo he podido participar de sus beneficios y saborear sus goces. Adornaron de celajes alegres la mañana de mi vida, y conservan todavía algunos matices á el alma, como la flor que hermosea las ruínas. Ellas han hecho aún más por mí; *me alimentaron en mi larga peregrinación* y encaminaron mis pasos á este suelo de libertad y de paz....»

En la segunda década del siglo halláronse reunidos en Londres, como emigrados, distinguidos literatos españoles: el ya citado Blanco White, Salvá, Villanueva, Puigblanc, Mora,

Mendivil y otros. Aunque enconados en cuestiones político-religiosas, como víctimas de sus opiniones liberales, y guiados generalmente de dañino espíritu sectario, la perspectiva de un público distante, desconocido y heterogéneo como el del Nuevo Mundo, al que debían destinarse de ordinario sus producciones, solía comunicar altura á los propósitos de aquellos escritores y serenidad á su estilo, al mismo tiempo que la protección de algún librero rico y magnífico aguijoneaba sus ingenios. De donde resultaron, como fruto de aquel grupo literario, algunas obras originales de mérito, no pocas excelentes revistas, y atildadas traducciones en gran número; por manera que aquel período literario, no de los menos interesantes en la historia literaria de España en el siglo XIX, ha sido más conocido y de mayor influencia en la América Española.

Por el mismo tiempo estuvieron de asiento ó de paso en Londres literatos americanos de gran cuenta: el mismo BELLO, el guatemalteco Irisarri, ministro chileno, García del Río y Fernández-Madrid, de Colombia. Con los españoles citados trataban y fraternizaban éstos, ya por la semejanza y áun identidad de opiniones políticas, ya por las comunes aficiones literarias, siendo á unos y á otros provechoso sobremanera, literariamente hablando, este comercio de ideas y sentimientos con que, por lo demás, cuando todavía las armas españolas y americanas se disputaban acá en cruda guerra el dominio del Nuevo Mundo, acreditaban ellos allá cuán poderosos é irresistibles son los vínculos de la sangre y de la lengua.

No de resultas de rivalidad, sino de generosa emulación, vino á ocurrírseles á los americanos en Londres publicar también por separado sus periódicos, y hacer ostentación de sus fuerzas como escritores, á imitación de las revistas publicadas con tanto brillo y tan buen éxito por los peninsulares. A éstos toca, en las revistas de ame-

ricanos que vamos á citar, la parte de lauro que corresponde al que abre la carrera y anima á otros á seguirla.

Poco conocido es el *Censor americano* que fundó Irisarri y en que colaboró BELLO por los años de 1820. En el de 23 apareció, redactada principalmente por García del Río (autor del prospecto) y por BELLO, la *Biblioteca americana*, dividida en tres secciones: *Humanidades y artes liberales*, *Ciencias matemáticas y sus aplicaciones*, *Ideología moral é historia*. De esta notabilísima publicación salió á luz el primer tomo, y sólo una entrega del segundo [1].

Con el título de *Repertorio americano*, continuó la misma publicación en 1826-1827, y en esta segunda época salieron á luz cuatro tomos. En confirmación de anteriores observaciones, consignaremos la circunstancia de que la lista de escritores americanos de la *Biblioteca* aparece aumentada en el *Repertorio* con nombres de españoles, como Mendívil y Salvá.

Los artículos de BELLO se señalan por lo numerosos y variados, porque mientras tal colaborador trataba asuntos literarios, y tal otro materias científicas, BELLO escribía con igual competencia en todas las secciones de la revista. Citaremos aquí únicamente de sus escritos de la *Biblioteca* y *Repertorio*, los literarios, y entre estos, sus juicios sobre Cienfuegos, Olmedo y Heredia, donde cualquiera podrá encontrar, velados siempre por la modestia con que BELLO declaraba su opinión, las doctrinas del crítico en puntos concernientes á la poesía. «Como preservativos de estos y otros vicios, dice en el último de los juicios citados, vicios mucho más disculpables en el Sr. Heredia que en los escritores que imita,

[1] Rectificamos así esta frase inexacta de los citados biógrafos de BELLO: «La *Biblioteca* se quedó detenida en su primera entrega.»

le recomendamos el estudio, demasiado desatendido entre nosotros, de los clásicos castellanos y de los grandes modelos de la antigüedad. Los unos castigarán su dicción y le harán desdeñarse del oropel de voces desusadas; los otros acrisolarán su gusto y le enseñarán á conservar, áun en los arrebatos del estío, la templanza de imaginación que no pierde de vista la naturaleza, y jamás la exagera ni la violenta.»

Los estudios que publicó BELLO sobre etimologías, prosodia y versificación, anuncian ya al versado y diligente filólogo. Entre los de crítica, el más interesante y tal vez el más profundo es el juicio relativo á las poesías de Horacio, traducidas por D. Javier de Burgos (*Repertorio* III, 93, 111). Revélase allí BELLO tan empapado en el espíritu de Horacio, como entendido en los misterios de su estilo y manera, y enterado de las peculiares dificultades de interpretación y de construcción que ocurren en el lírico romano; abunda en observaciones originales tan útiles para entender la poesía latina, como para aprender á traducir en verso. Resume su juicio afirmando que el trabajo de Burgos es «una imperfectísima representación del original y un excelente comentario.»

No contento BELLO con haber redondeado sus estudios clásicos, dedicóse también al de las lenguas romances, de la italiana mayormente; subiendo á los orígenes, buscó en la baja latinidad la clave de muchos hechos lingüísticos; y cuando la filología romana no había alcanzado la importancia y los honores que después le han cabido en la esfera de los estudios, ya él hacía curiosos descubrimientos y fijaba puntos dudosos.

En la segunda entrega de la *Biblioteca* dió á la estampa dos artículos notables sobre asuntos de filología romana: trata el uno «De la diferencia que hay entre las lenguas griega y latina por una parte, y las lenguas romanas por otra, en cuanto

á los acentos y cuantidades de las sílabas; y del plan que debe abrazar un tratado de prosodia para la lengua castellana;» y es el otro una «Noticia de la obra de Sismondi sobre la literatura del Mediodía de Europa; refútanse algunas opiniones del autor en lo concerniente á la de España; averíguase la antigüedad del poema del Cid; si el autor de este poema es el que pretende don Rafael Oranes, etc.» Continuación de estos artículos son los que más adelante publicó su autor sobre el «Origen de la poesía caballeresca é influencia de la poesía germánica en el romance» *(El Crepúsculo*, Santiago, 1844), y sus Lecciones de *Ortología y Métrica* (1836), tratado excelente lleno de sagaces y curiosas observaciones, por desgracia tan poco conocidas de los filólogos europeos, como lo son en general las obras hispano-americanas [1].

Desde 1823, en el mencionado artículo de la *Biblioteca*, anticipaba Bello luminosos conceptos acerca del *Poema del Cid*. Sobre este antiquísimo monumento de nuestra lengua emprendió Bello una obra de restauración, con la paciencia y escrupulosidad propias de un filólogo alemán que sólo á eso se dedicase. Investigó las fuentes en que debió de beber el poeta; trató de fijar algunas leyes de la medida al parecer anómala é informe de sus versos; y cotejando el texto rimado con la Crónica del Cid, introdujo en él lecciones nuevas, llenó lagunas, uniformó la ortografía, y añadió muchas notas históricas y críticas. Trabajando sobre el texto de Sánchez, no conoció Bello el códice que después sirvió de

[1] El erudito y anticuario D. Alfredo Morel-Fatio, en la introducción que puso á su edición paleográfica de *El Mágico Prodigioso*, consigna á título de nuevas y nunca vistas en tratados españoles sobre la materia, algunas observaciones sueltas sobre hiato y otros puntos ampliamente explicados ya por Bello en su *Ortología y Métrica*.

base á la edición paleográfica de D. Florencio Janer (*Biblioteca* de Rivadeneyra, 1854). Confrontando con este texto fidedigno el de BELLO, aparece que en algunos casos adivinó el restaurador la verdadera lección, alterada ú oscurecida en la edición de Sánchez y restablecida por Janer; en otros casos aventuró conjeturas atrevidas y acaso no fundadas, pero siempre ingeniosas.

Fruto de su afición, así al cultivo de la poesía como al estudio de la literatura caballeresca, fué la traducción que emprendió, en octava rima, del *Orlando enamorado*, de Bayardo, reproducido por Berni. Alcanzó á trasladar catorce cantos, y á cada uno de ellos, en el mismo género de versificación, añadió de su peculio el traductor una introducción, en que, apartándose de la gravedad que siempre mostró en obras originales suyas, y siguiendo el estilo arióstico, pero sin las escabrosidades que lo afean, ostenta en el género cómico-heróico graciosa y urbana naturalidad, sobrio, decente y deleitoso gracejo.

Otro poema de muy diversa índole, *Los Jardines* de Delille, fijó también la atención de nuestro poeta en la misma época. Un trozo del canto I, superiormente versificado, en romance endecasílabo (con la particularidad de que de cuando en cuando varía de asonancia), se registra en el tomo II del *Repertorio* (1827).

En cuanto á poesía original, sólo dos piezas, pero largas y magníficas [1], publicó BELLO en Londres: la *Alocución á la Poesía*, en dos partes (*Biblioteca*, tomo I y entrega inicial del II), que llevan el subtítulo de Fragmentos de un poema inédito intitulado *América*, y la *Silva á la agricultura de la Zona Tórrida*, que sin firma ni

[1] Sólo en gracia de la exactitud bibliográfica puede citarse el soneto á la falsa noticia de la muerte de Mac Gregor, Londres, 1819.

otra indicación de autor, lo mismo que la precedente, salió á luz en el *Repertorio*, bajo el título genérico de *Silvas americanas*, y una advertencia del tenor siguiente: «A estas silvas pertenecen los fragmentos impresos en la *Biblioteca americana* bajo el título *América*. El autor pensó refundirlas todas en un solo poema: convencido de la imposibilidad, las publicará bajo su forma primitiva, con algunas correcciones y adiciones. En esta primera apenas se hallarán dos ó tres versos de aquellos fragmentos.»

De este aserto y promesa se infiere que BELLO tenía en borrador otras silvas del mismo género. ¿Qué se hicieron? ¿Quedaron en estado embrionario, ó las destruyó su severo autor juzgándolas indignas de ver la luz pública?

Lo cierto es que nuestro modesto poeta no tenía confianza en sus producciones, y sin hacer caso de ellas, las dejaba dormir períodos dos y tres veces más largos del que señalaba Horacio para templar la impaciencia de poetas noveles. Esta suerte tocó á la *Canción á la disolución de Colombia* y á la *Epístola de un americano á otro* (Olmedo), compuestas por BELLO en Londres y publicadas por extrañas manos algunos lustros más adelante.

IV.

LAS SILVAS AMERICANAS.

La *Alocución á la Poesía* y la *Silva á la Agricultura de la Zona Tórrida*, la primera por largos trozos que presenta de noble pensamiento y esmerado estilo, la segunda como obra acabada é «incomparable [1]» en conjunto y pormenores,

[1] MENÉNDEZ PELAYO. Prólogo á las poesías de D. C. del Collado.

constituyen, á nuestro juicio, el mejor título de Bello como poeta.

Cuando adelantos progresivos de las ciencias y una legislación más perfecta hayan oscurecido los trabajos á que consagró Bello lo más de su existencia como filólogo y como jurista, todavía vivirá en la posteridad más remota el cantor de la zona tórrida.

Es la originalidad nota distintiva de toda obra de arte, pero bien entendido que la extravagancia, que algunos equivocan con aquella cualidad, la copia al modo que las contorsiones del pobre payaso remedan los fáciles y naturales movimientos del atleta. No ha de buscarse, por tanto, la originalidad de las *Silvas* en peregrinos conceptos, ni en furiosos arrebatos, ni en chocantes novedades de estilo ó de lenguaje. Bello expresa nobles pensamientos sin afectación ni esfuerzo, en estilo puro y castizo lenguaje; y es original, no porque viole reglas ó haga ostentación de rarezas, sino porque puso en sus obras la estampa de individualidad con que la naturaleza sabe distinguir un ejemplar hermoso sin separarlo de la familia á que pertenece y en que ha de clasificarse.

Compárense las *Silvas americanas* con la composición métrica *Al Condor de Chile*, de un escritor argentino, por otra parte benemérito, la misma de que hizo Bello, en 1848, en graciosa parodia, justísima crítica, y aparecerá, para lección de la juventud, la diferencia que hay entre la originalidad verdadera, que es prenda de inmortalidad, y la extravagancia licenciosa, aquella que llamó Bello «Orgías de la imaginación,» que sólo logra efímero y no envidiable aplauso.

La *Alocución á la Poesía*, en que se introducen las alabanzas de ciudades y de personas que se distinguieron en la guerra de independencia de la América española, es un poema histórico y en parte descriptivo. La *Silva á la Zona Tórrida*, re-

seña de galas y tesoros de la naturaleza tropical y exhortación dirigida á los moradores del Ecuador para que en lugar de agotarse en la fiebre de la política y en domésticas disensiones, se consagren á empresas agrícolas, es, como el asunto lo anuncia, un poema descriptivo y moral á un tiempo Abrazando á entrambas silvas bajo una sola denominación, diríamos que el carácter mixto y comprensivo, de una y otra, como obras de arte, consiste en ser poesía científica, sin que demos á este término el sentido, restricto en demasía y falso, en que le toman los que sueñan con una regeneración fundamental de la poesía.

Cuando decimos poesía científica, poesía denota el género, y lo científico es la especie. Poesía es una manera ideal y bella de concebir, de sentir y de expresar las cosas; por manera que la esencia de la poesía es siempre una misma, si bien la esfera en que se ejercita, inmensa. Cada género de poesía es la aplicación de las facultades poéticas á determinado campo; por lo cual no es razonable fallar que en el siglo presente ó en el futuro no ha de cultivarse sino tal género de poesía, la científica v. gr., pues no hay motivo ni derecho para estrechar ni localizar la jurisdicción del poeta. Buena fué, es y será en cualquier género la poesía, siendo poesía. La que denominamos *científica*, especula sobre los fenómenos naturales; adorna y hermosea verdades descubiertas y explicadas por la ciencia. Pero lo que, en nuestra clasificación, mejor la caracteriza, lo que suele refundirla en otros géneros cuando cumplen con esta condición, es el amor á la exactitud en las descripciones y definiciones, idealizar siempre sobre la realidad, no fantasear jamás en el vacío. En este sentido el poema de Dante, que si bien fantástico en lo tocante á lo suprasensible, suele definir y describir con puntualidad las cosas del mundo visible, sin ser poesía científica propiamente hablando, participa de su

naturaleza; al paso que, descaminados siempre por el sistema de la realidad, nada tienen de aquella los poemas de Ariosto.

Científica es la poesía de BELLO en sus *Silvas americanas*, por lo cual no va fuera de razón Trübner cuando clasifica la *Silva á la Zona Tórrida*, como «uno de los más bellos ejemplares que hay en castellano de poesía *didáctica*,» dado que con este término se designaban en la antigua nomenclatura retórica géneros de poesía de la clase que con más generalidad, y acaso con más propiedad, denominamos científica.

Dícese que la presencia de Alejandro de Humboldt en Caracas, á principios de este siglo, la noticia de sus empresas científicas y de sus viajes, despertaron en el ánimo del joven BELLO el amor á las ciencias naturales, que, beneficiadas por el ilustre viajero, se le mostraban tan útiles cuanto amenas. Que á ellas, no importa si desde entonces ó más adelante, se dedicó BELLO con provecho, lo patentizan multitud de artículos que con la trasparente firma *A. B.*, ya de propio caudal, ya con acierto traducidos y rectificados, salieron á luz en la *Biblioteca* y *Repertorio americano*, sobre geografía y agronomía de las regiones equinocciales.

Si consideramos la parte descriptiva de la *Silva á la agricultura de la Zona Tórrida*, notaremos que las majestuosas cordilleras, los abundantes pastos, las plantaciones de añil, de caña de azúcar, de cacao, descritas en sus viajes por Humboldt y Bonpland, reaparecen adornadas de imágenes y colores en el poema de BELLO.

Consiste en este punto el arte del poeta, en animar lo inanimado, en dotar de sentimiento y expresión las plantas que describe, en amplificar en forma poética definiciones científicas, empleando recursos, ya pictóricos, ya rítmicos. ¿Pinta en la *Zona Tórrida* el erizado maíz? Dos versos de determinado corte imitativo sonarán bien con

las especiales condiciones sensitivas que la fantasía del poeta atribuye al erguido vástago:

Y para ti el maiz, jefe altanero
De la espigada tribu, hincha su grano.

¿Describe seguidamente, como solicitando la antítesis, el hojoso y derramado plátano? En una sucesión de palabras llanas, en ritmo como descendente, dirá con no menor acierto *onomatópico:*

Y para ti el banano
Desmaya al peso de su dulce carga....

Con explicaciones técnicas puestas al pié de las páginas, completa el autor el texto poético, no de otro modo que los autores ó comentadores de poemas épicos consignan en notas las fechas y otras circunstancias prosáicas de algunos sucesos.

Si apartando los ojos del paisaje que le embebece en la *Zona Tórrida*, los levanta el autor de la *Alocución á la Poesía*, á la bóveda estrellada, no se contentará, como Fr. Luís de León en su admirable *Noche serena* (poesía religiosa y no científica), con expresar las impresiones que en el alma contemplativa produce el apacible disco de la plateada luna ó el purísimo rayo de la estrella del amor. No; señalará, determinará, como Virgilio, las constelaciones, cuidando, también como este gran maestro, de dar á los signos celestes vida y movimiento:

Ve, pues, ve á celebrar las maravillas
Del Ecuador; canta el vistoso cielo
Que de los astros todos los hermosos
Coros alegran; donde á un tiempo el vasto
Dragón del Norte su dorada espiga
Desvuelve en torno al luminar inmóvil
Que el rumbo al marinero audaz señala,
Y la paloma cándida de Arauco
En las Australes ondas moja el ala.

Pasemos de la parte descriptiva de ambos poemas á la moral de la *Silva á la Zona Tórrida*.

En las *Consideraciones sobre la naturaleza* por el vitalista Virey, descripción de campos y de selvas, traducida con elegancia y primor por Bello, hay una página destinada á los cuadros espléndidos del Nuevo Mundo; y lo propio que se ve en el Elogio de la vida rústica de Virgilio, *(Georg.*, lib. II), modelo de cuantos después han ensayado la misma apología, el elocuente trozo del naturalista francés acaba por contraponer la feliz y tranquila existencia del morador de los campos á la agitada y mísera del ciudadano.

Detiénese Bello en hacer igual contraposición. Pero ya Virgilio dividió la felicidad de la vida rústica en dos ramas ó clases: la del sabio contemplativo y la del honrado labrador. Virey, siguiendo las tradiciones poético-científicas de Saint-Pierre y su escuela, adopta el primer punto de vista. «Venturoso mil veces el que lejos de tantos vaivenes y tumultos puede, en la oscuridad y sosiego, dedicarse á estudiar sus maravillas. ¡Oh simple naturaleza! ¡Oh grande espíritu del universo! ¿Cuándo será que pueda elevarme á la luz de toda verdad y contemplar desde lo alto como remolinos de polvo las frívolas agitaciones de la tierra?»

Bello, que en la *Silva á la Agricultura de la Zona Tórrida*, ni va á reflexionar sobre sí mismo ni á conversar con un amigo, sino que habla con un pueblo jóven, que con el trabajo ha de reparar las pérdidas padecidas en la guerra y adquirir fuerza y ventura, prefiere el punto de vista nacional y práctico, que domina en Virgilio, sin olvidar el ejemplo de la República Romana, como Virgilio mismo invocaba el de los antiguos etruscos y sabinos.

No así trató la triunfadora Roma
Las artes de la paz y de la guerra;

Antes fió las riendas del Estado
A la mano robusta
Que tostó el sol y encalleció el arado,
Y bajo el techo humoso campesino
Los hijos educó que el conjurado
Mundo allanaron al valor latino.

Evidénciase con lo dicho que la poesía de BELLO reconoce antecedentes en obras científicas; pero los tiene asimismo en las poéticas y clásicas, así del siglo anterior como de otros más remotos, bastando á demostrarlo el recuerdo del autor de las Geórgicas.

Tan necesaria es la idealidad en poesía, que algunos la consideraron calidad única del arte, y, extremando el culto que se le debe, la divorciaron de la observación y la experiencia, y la confundieron con la independencia de la imaginación. Nótase esta tendencia en las definiciones que han dado de la poesía algunos escritores célebres, acomodándose, con clara ú oscura conciencia, á una preocupación vulgar. Para Barthelemy la poesía es una «facultad brillante que atiende á lo posible más que á lo real, y que muchas veces prefiere á lo posible ficciones á que no puede señalarse límite.» Quintana enseña que «la ocupación primaria y esencial de la poesía es pintar la naturaleza para agradar, como la de la filosofía explicar sus fenómenos para instruir: así, mientras que el filósofo, observando los astros, indaga sus propiedades, sus distancias y las reglas de su movimiento, el poeta los contempla, y traslada á sus versos el efecto que en su imaginación y en sus sentidos hace la luz con que brillan.» Según esta doctrina, no hubiera tenido parte alguna en los progresos de la ciencia (y la historia de los descubrimientos enseña que la ha tenido poderosa, con sus oportunas y luminosas sugestiones); al paso que la ciencia no podría tampoco suministrar materiales al poeta, y él solo habría de cantar cosas ó vistas con los ojos corpóreos ó soñadas, y no las mara-

villas del cielo y de la tierra que la experiencia y el estudio nos han revelado.

Acaso de la difusión de semejantes nociones, de concierto con un conocimiento superficial ó completa ignorancia de la antigua poesía clásica, nace que muchos miren en la poesía de los siglos pasados un vano pasatiempo, y en la poesía sabia un objeto de esperanza, una gloria de la edad presente ó la futura, cuando cabalmente la opuesta tendencia, la que propende á disociar, en las ideas, lo que Dios unió, parece prevalecer en la moderna civilización.

La poesía didascálica es en la antigua Grecia hermana de la épica, y Hesiodo se hombrea con Homero. La misma poesía homérica, si bien la narrativa histórica forma un departamento distinto de la ciencia, se allega y asimila á la poesía científica por el espíritu de observación que en ella se nota, y por la profundidad de la doctrina. Aun la mitología, cualquiera teoría que se adopte para explicarla, ora se considere histórica, ora simbólica, siempre envuelve, bajo formas agradables, verdades y moral enseñanza. ¿Qué más? Los críticos que establecieron las reglas del arte sobre las prácticas que hallaron sancionadas por los grandes poetas griegos, promulgan como ley fundamental de composición literaria la verosimilitud, ó sea, con palabras de Bello, «la armonía de los raptos de la fantasía con los fueros imprescriptibles de la razón.» Como método, esta conciliación ó equilibrio así preside á las creaciones del genio como á las hipótesis del sabio; revela la uniformidad de las facultades mentales en sus operaciones, enlazando con vínculos de parentesco la ciencia y la poesía.

Así lo entendieron los romanos. Lucrecio, si bien en su poema rinde más culto á la ciencia, cual él erroneamente la imaginaba, que á la poesía, explica felizmente sus mutuas relaciones; sabe que en lugares por áridos no frecuentados hay

fuentes puras y ocultas flores; concibe la obra del poeta como vaso que contiene ingrato licor medicinal, con los bordes dorados de miel. Horacio, poeta didáctico él mismo, concede la primacía al escritor que acierte á mezclar lo útil con lo dulce. Virgilio, para morir, condena á las llamas, de sus dos poemas, el épico, sólo considerando digno de la posteridad el didáctico; la idea que se formó de un poeta era la de un hierofante de la naturaleza, y estimaba la ciencia como alto y el primer don de las dulces Musas:

— dulces ante omnia Musae
Accipiant, caelique vias et sidera monstrent
Defectus solis varios, lunaeque labores;
Unde tremor terris....

Virgilio es el maestro predilecto de Bello. Nótanse unas mismas cualidades en el estilo de ambos, sosegado, noble y majestuoso, y unos mismos artificios y recursos en el giro del pensamiento general, en la exposición de las ideas, hasta en las transiciones. Virgilio hace desfilar delante de Eneas, en un sueño profético, los grandes capitanes é ilustres ciudadanos de Roma; Bello evoca uno tras otros los heroes de su patria. Virgilio lleva las almas virtuosas al Elíseo, donde se solazan en las mismas aficiones que tuvieron en vida; Bello ve en la morada de los justos á los mártires de la causa americana, y allí, glorificado por el sacrificio, á uno de sus más caros amigos de adolescencia:

Alma incontaminada, noble, pura:
La música, la dulce poesía,
Son su delicia ahora como un día.

Virgilio se espacía en ensalzar á Italia en una enumeración descriptiva de sus producciones naturales; por igual manera celebra Bello á la

Zona Tórrida. Virgilio ameniza su exposición con episodios históricos y con rasgos mitológicos, auxilio de que se vale como no desconforme con sus fines; BELLO con recuerdos verídicos particulariza las ciudades y guerreros que nombra, al mismo tiempo que pinta la edad de oro de Cundinamarca, y explica el derrumbamiento del Tequendama, según las tradiciones fabulosas de los habitantes primitivos de estas regiones.

La poesía del autor de las Geórgicas no revivió con sus nativas formas y adecuado ropaje en el Renacimiento, porque lo estorbaba la influencia que alcanzó la poesía caballeresca y galante, esencialmente contraria á la científica. La poesía didáctica, á un tiempo moral y descriptiva, renace con no escasa fortuna en el siglo XVII y florece en el XVIII; luce especialmente en poemas latinos; y son los Jesuitas, en días prósperos anteriores á su extinción, los más insignes restauradores y cultivadores de este género literario. Vaniere y Rapin dan el ejemplo, siguiendo de cerca las pisadas virgilianas; y más adelante, y casi á un tiempo, Nocetti publica su poema *De aurora boreali*, Mazzolario *De vi electrica*, Zamagna *Echo* (fenómenos sonoros), y el ilustre y omniscio Boscovick *De solis et lunae defectivus*, asunto como el de los *Huertos*, de Rapin, ya propuesto por Virgilio. Thompson y Delille representan con honor la misma escuela, fuera de la Compañía y en obras escritas en idiomas modernos. Con la decadencia de la Compañía de Jesús, se oscureció la musa de las Geórgicas. Era natural: fué aquella sociedad el instituto donde más estrechamente se han dado la mano las letras humanas y las ciencias, la erudición y la poesía, unión feliz, rama de flores y frutos, combatida hoy por violencias revolucionarias, por ciencias díscolas y profesiones exclusivas.

Así, la *Silva á la Zona Tórrida* es una poesía erudita, seria, doctrinal, que por su naturaleza per-

tenece á siglos anteriores y no al nuestro. Si BELLO hubiera escrito unos años antes, en latín ó en francés, un poema semejante habría brillado por su mérito, no como una novedad en su clase. Pero en castellano y relativo á América, sorprende y es, por doble motivo, extraordinario.

Porque, en primer lugar, al genio español (y es hecho que se explica por el carácter nacional) que produjo infinitos poemas históricos, se deben pocos didácticos, truncados unos [1], malos los demás. En el siglo pasado, Iriarte enseñó la música en un poema tan desmayado y rastrero, que desacreditó la aplicación de la poesía á temas científicos. Meléndez, por su parte, abrió sendas floridas, y Cienfuegos escuela de declamación, y la juventud de talento, por huir del prosaismo, siguió á uno ú otro de los dos últimos maestros.

Arriaza anduvo por otro camino, y se quedó solo en España. Todavía los críticos recuerdan sus versos fugaces, de implacable crítica ó de lastimosa adulación, y algunos aficionados repiten aún la *Despedida de Silvia;* pero no conocen éstos ni recuerdan aquéllos, como que realmente no llegó á afianzarse su fama, el poema *Emilia* ó *Las Artes*, la más meditada y apreciable de las obras de Arriaza, llena de felices descripciones. Fué este poeta, á principios del siglo, muy estimado de la estudiosa juventud de Caracas [2], y es posible que allí disfrutase el poema citado del crédito que merecía. Tenemos por cierto que BELLO lo estudió mucho, y en algunos

[1] Tal es *La Pintura* de Céspedes. Incompleto quedó también el poema de Arriaza de que vamos á hablar luego, y el mismo BELLO publicó sus *Silvas* con el nombre de *Fragmentos*.

[2] Cuando BELLO leyó en una tertulia en Caracas su Égloga virgiliana (que ahora por primera vez se publica), «un literato caraqueño no vaciló en decir á D. Andrés que consideraba sus octavas superiores á las de Arriaza, comparación que, atendiendo á la boga de que entonces gozaba este último poeta, equivalía al colmo del elogio.» (AMUNÁTEGUI, *Biografía*, p. 36.)

pormenores de ejecución le imitó, de lo cual ofrecen las silvas pruebas internas en algunos pasajes que pudiéramos citar. Por ejemplo, BELLO dice:

> Castelli osado que las fuerzas mide
> Con aquel monstruo que la cara esconde
> Entre las nubes y á los hombres huella.

Y Arriaza había dicho:

> la tártara discordia,
> Cuya cabeza asoma agigantada
> Por entre negro pabellón de nubes....

La contraposición de la Filosofía y la Poesía, al principio de la *Alocución*, está tomada de Arriaza, y la descripción de un jardín donde la solícita abeja revuela incierta entre las flores, buscando las más fragantes (al principio de la misma *Silva)*, es patente reminiscencia de aquel otro *(Emilia*, II), donde

> Dama gentil se asoma, de halagüeño
> Mirar, que con su ruego y con su agrado
> De severo guardián desarma el ceño;
> ....
> Y escogiendo fragancia y colorido
> En tantas flores párase indecisa;
> Mas codiciosa del botin florido,
> Son su despojo al fin cuantas divisa....

En suma: BELLO, que gustaba de Meléndez, pero no lo imitaba, y que nada tomó de Cienfuegos y Quintana, ni á su escuela perteneció jamás [1], siguió, sí, el rastro de Arriaza, tanto en la adopción de asuntos didácticos, como en ciertos toques descriptivos, y muy particularmente en el arte de versificar. Pero Arriaza no fundó escuela

[1] La admonición á Heredia, arriba copiada, es una condensación del lirismo intemperante de Quintana.

en España; Bello oscureció á su predecesor, porque así lo quiso la suerte, y le aventajó también en muchas dotes naturales y adquiridas; así fué que el poeta venezolano quedó dueño del campo, y aparece en la literatura española de este siglo como iniciador del género á que sus *Silvas* pertenecen. Si también le han faltado discípulos en el arte, admiradores no.

Puestos á un lado los caprichos de fortuna, que también á los libros alcanzan, mucho contribuyó á realzar el mérito de las *Silvas* sobre el de *Emilia* la esencia y circunstancias del asunto. El que eligió Arriaza está reducido á dar lecciones amenas de bellas artes, con ocasión de describir el palacio de una gran señora, adornado y enriquecido con objetos de magnificencia y gusto. Ni interés nacional, ni intención patriótica, ni colorido local tiene su poema, y todo esto reunen las *Silvas* de Bello, por doble motivo americanas. Aunque celoso de su título de colombiano, consideraba hermanas á las Repúblicas de la América Española, y este pensamiento generoso engarza los recuerdos históricos de la *Alocución á la Poesía*; al paso que en la *Silva á la Zona Tórrida*, el americanismo de la composición resulta principalmente de la representación, tan fiel cuanto animada, que supo hacer el poeta de las bellezas naturales del patrio suelo.

Era Bello el único digno de realizar, pero sólo incompletamente quedó por él realizado en la *Silva á la Zona Tórrida*, este anuncio que antes había estampado en la *Alocución*:

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado,
Algún Marón americano, ¡oh diosa!,
También las mieses, los rebaños cante,
El rico suelo al hombre avasallado,
Y las dádivas mil con que la Zona
De Febo amada, al labrador corona.

V.

NOTICIAS SOBRE LA VIDA LITERARIA DE BELLO EN CHILE.

(1829—1865.)

En 1828 Bello desempeñaba la Secretaría de la Legación Colombiana en Londres. El gobierno de su patria, amenazado por todas partes, apenas disponía de recursos con que sostener un ejército de treinta mil hombres, y pagaba tarde y mal á sus agentes diplomáticos. Estaba casado Bello, en segundas nupcias, con una dama inglesa; su familia había crecido, y sus negocios se hallaban en mal estado. En tales circunstancias, resolvió aceptar la ventajosa propuesta que le hizo el ministro de Chile para que pasase á aquella república por cuenta de su gobierno; y en 13 de Febrero de 1829 decía en una carta de despedida á su jefe Fernández Madrid:

«Aguardo con impaciencia que amanezca para dejar esta ciudad, por tantos títulos odiosa para mí, y por tantos otros digna de mi amor, particularmente ahora que la habita el primero de los hijos de Colombia y el mejor de los hombres.»

En cartas que dirigió al mismo Dr. Madrid, luego que hubo llegado á Santiago, manifestaba las impresiones que recibió sobre el estado político y literario de la sociedad chilena en aquel entonces, sin ocultar sus propias opiniones sobre la organización que convenía á los pueblos americanos.

Véanse aún otros pasajes de esta correspondencia inédita:

20 *de Agosto de* 1829.—«El país hasta ahora me gusta, aunque lo encuentro algo inferior á su reputación, sobre todo en bellezas naturales....

En recompensa, se disfruta, por ahora, de verdadera libertad; el país prospera; el pueblo, aunque inmoral, es dócil; la juventud de las primeras *(familias?)* manifiesta mucho deseo de instruirse; las *(mujeres?)* son agradables; el trato es fácil.... Se goza de hecho toda la tolerancia que puede apetecerse.

»Siento decir á V. que he traído demasiados ejemplares de su colección de poesías. La bella literatura tiene aquí pocos admiradores.»

8 *de Octubre.*—«La situación de Chile en este momento no es nada lisonjera: facciones llenas de animosidad; una Constitución vacilante; un gobierno débil; desorden en todos los ramos de administración. No sabemos cuánto durará este estado, que aquí se llama de crisis, y que puede tal vez prolongarse años. Por fortuna, las instituciones democráticas han perdido aquí con [1] que en todas partes su pernicioso prestigio, y los que abogan por ellas, lo hacen más bien porque no saben con qué reemplazarlas, que porque estén sinceramente adheridos á ellas....

»No sé qué hacer, amigo mío, con los ejemplares que tengo de las poesías de V. Si se proporcionara remitir algunos al Perú, lo haré; aquí nada se lee.»

No escarmentando en cabeza ajena, se animó BELLO, en el siguiente año de 1830, á saludar la independencia de Chile, en una oda breve, muy bien escrita, en el estilo de Horacio y Fr. Luís de León. El resultado fué que *El Araucano*, periódico oficial, le dispensó el honor de publicarla confundida con miserables coplas de ingenios nacionales. Convienen los Sres. Amunátegui y Domingo Arteaga Alemparte, en sus respectivos juicios sobre BELLO, en que el poeta, corrido y

[1] Roto el papel.

avergonzado consigo mismo de su atrevimiento, comprendió que antes de ofrecer versos al público, debía dedicarse á formar un auditorio capaz de entenderlos.

Literariamente pudo Bello decir de lo que fué Chile hace medio siglo:

In qua scribebam barbara terra fuit.

Políticamente no, porque aquel pueblo, tosco y rudo, si falto de imaginación, estaba dotado, en cambio, con gran ventaja, de sentido práctico, de aquellas condiciones que, desenvolviéndose bajo circunstancias propicias, labran al cabo la dicha y prosperidad de las naciones. Ni el alejamiento á que hubo de condenarse Bello, durante diez años, del dulce trato de las musas, fué infructuoso, y, bien considerado todo, no hay por qué deplorarlo, ni por lo que mira á Chile ni por lo que á él mismo toca. Vivió en ese período consagrado á educar la juventud chilena. Bello llevaba á aquel pueblo amenidad literaria y finura estética; la sociedad chilena, por su parte, se asimilaba este ilustre hijo adoptivo; dirigía su actividad á tareas serias y utilísimos trabajos; rodeándole de distinciones y premiando sus servicios, daba tranquilidad á su espíritu, y dignificaba su carácter.

Era aquel descanso una tregua, una pausa en la vida de Bello. No podía haber dicho eterno adiós á las musas aquel á quien ellas sonrieron desde la cuna.

En Julio de 1841 salía á luz en Santiago, de la imprenta del Estado, á la sazón dirigida por Manuel Rivadeneyra (después célebre editor de la *Biblioteca de autores españoles)*, un folleto, en elegante edición, rotulado *El incendio de la Compañía. Canto elegíaco.*

El autor anónimo era Bello, y el objeto de la composición describir y lamentar la destrucción de la hermosa iglesia de los Jesuitas en Santiago,

reducida por las llamas á escombros y cenizas el 31 de Julio del mismo año.

El redactor de *El Mercurio*, aquel mismo Sarmiento que un año después había de cerrar con tanta furia con el humanista, aplaudió entonces al poeta. Mas el elogio dirigido al autor del canto elegíaco encubría, como era de esperarse de tan ardiente duelista intelectual, un cartel de desafío para la juventud chilena.

«Con motivo de estos versos,—decía,—nos sentimos llamados á observar un hecho que no deja de causarnos alguna impresión. Tal es la rareza de los honores que entre nosotros se tributan á las musas. ¿Por qué son tan tardías y tan contadas las ofrendas que se presentan en sus altares? ¿Será cierto que el clima benigno sofoca el vuelo de la imaginación y que Chile no es tierra de poetas? ¿Falta acaso instrucción suficiente para pulsar con acierto las doradas cuerdas?»

Concluía señalando como causa del fenómeno «cierta pereza y encogimiento» de los jóvenes chilenos. Un año después, con patente contradicción, se revolvía contra Bello, y atribuía la esterilidad de los talentos chilenos á las enseñanzas del mismísimo autor de aquellos versos que habían dado causa y ocasión para las primeras invectivas.

Como quiera, el clamoreo de Sarmiento fué estímulo provechoso para los jóvenes chilenos, que, heridos en lo más vivo de su orgullo nacional, fundaron, para contestar de hecho á Sarmiento, una revista literaria. Sanfuentes, distinguido discípulo de Bello, publicó allí su leyenda *El Campanario*. El maestro los animaba con consejos y los ayudaba con colaboración efectiva [1].

A los resultados de aquel incidente se refiere el mismo Bello, juzgándoles de paso, en estas

[1] Amunátegui, *Juicio crítico de poetas americanos*.—Lastarria, *Recuerdos literarios*.

palabras del discurso que pronunció en la instalación de la Universidad chilena en 1843: «¿Pudiera yo dejar de aludir á la excitación instantánea que ha hecho aparecer sobre nuestro horizonte esa constelación de jóvenes ingenios que cultivan con tanto ardor la poesía? Lo diré con ingenuidad: hay incorrección en sus versos; hay cosas que una razón castigada y severa condena. Pero la corrección es obra del estudio y de los años. ¿Quién pudo *esperar* la de los que, en un momento de exaltación poética y patriótica á un tiempo, se lanzaron á esa nueva arena, resueltos á probar que en las almas chilenas arde también aquel fuego divino de que por una preocupación injusta se las había creído privadas? Yo no sé si una predisposición parcial hacia los ensayos de las inteligencias juveniles extravía mi juicio. Digo lo que siento: hallo en esas obras destellos incontestables de verdadero talento, y áun con relación á algunas de ellas pudiera decir [2] de verdadero genio poético.»

BELLO, que había padecido contradicciones, se sentía por entonces rodeado de mayor respeto por parte del público y del filial afecto de la nueva generación. Mostróse vivamente sensible (observa el Sr. Lastarria) al favor de la opinión, que le halagaba y enaltecía; mezclado con los jóvenes, se olvidaba de sus sesenta años, se sentía joven él mismo, y, poniendo nuevas cuerdas á su lira, pulsábala con desacostumbrada dulzura.

Aunque reprobando siempre las orgías de la imaginación, pagó tributo á lo que por entonces corría con el nombre de poesía romántica. En el *Canto elegíaco*, como ya notó Sarmiento, en vez del terceto ó la silva, BELLO se atrevió á usar la quintilla, como si quisiese mostrar que no respetaba ciertas reglas convencionales, que

2 No creemos que aluda á otro que á Sanfuentes.

profesaba la libertad, ó bien que sabía lidiar con cualquiera clase de armas.

Sostenía BELLO que «se puede ensanchar el lenguaje, se puede enriquecerlo, se puede acomodarlo á todas las exigencias de la sociedad, y *áun á las de la moda*, que ejerce un imperio incontestable sobre la literatura, sin viciar sus construcciones, sin hacer violencia á su genio.» Y parece que hubiese querido BELLO dar la prueba de su dicho, como la dió, escribiendo poesías semirománticas en clásico lenguaje.

Pero la moda suele ser caprichosa y exigente en demasía. En el mismo *Canto elegíaco* finge el poeta una procesión de sombras. El uso de fantasmas es un síntoma grave de contagio: ya pisaba el poeta el terreno donde la novedad parte límites con la extravagancia.

Víctor Hugo, con su grandeza y pureza primitivas, y con sus ulteriores deslices pueriles y desmanes de jayán, monstruosa combinación de lo grande y lo pequeño, de lo bueno y de lo malo, ejercía evidente prestigio sobre la imaginación de BELLO. A aquella época pertenecen las siguientes traducciones ó imitaciones de las *Hojas de otoño* y de las *Orientales*.

Las Fantasmas y *A Olimpio* (1842), llena la primera de ideas febriles y lúgubres del romanticismo germánico, pero de lindas y delicadas formas en la traducción de BELLO; grave y melancólica la segunda, con reminiscencias calderonianas en el estilo del traductor, según ya notamos, y recomendada por el juicio favorable del eminente crítico D. Manuel Cañete;—

Los Duendes (1843), ensayo de maroma métrica, poco digno de aprecio, remedo de poesía, en que el traductor, jugando con las ideas y las rimas, como el autor, compite con él y le vence en pruebas de habilidad;—

La *Oración por todos* (1844), la mejor y más admirable poesía de BELLO, en concepto de mu-

chos: en ella el imitador mejoró extraordinariamente el original, y consignó en sentidísimas estrofas afectos personales y de familia, atristados y falseados por desgracia en la parte final, con la mezcla de la obligada fantasmagoría sepulcral;— *Moisés*, en fin (1844), composición clásica, ajustada á las prescripciones del buen sentido, escrita por Víctor Hugo cuando rendía culto á un ideal y no aspiraba á sorprender al público con esfuerzos de originalidad originalísima; bella en francés, más bella, intachable en la versión castellana de BELLO.

Antes que naciera V. Hugo ya era BELLO alumno de Horacio y de Virgilio: á la vejez seguía las banderas del nuevo poeta que adornaba su carro triunfal con trofeos de España y Alemania.

La larga residencia de BELLO en Inglaterra influyó en él como pensador y como publicista, inspirándole afición al estudio minucioso de los hechos, y haciéndole cauto en orden á los temas brillantes en que los franceses se deslumbran á sí mismos y deslumbran al mundo. Pero en poesía los modelos que BELLO tuvo delante, ya antiguos, ya modernos, fueron siempre latinos. En Caracas traducía ó imitaba á Horacio y á Virgilio; en Londres á Boyardo, y en Santiago á Víctor Hugo: poetas que representan ciertamente tres escuelas poéticas muy diversas: la científica ó didáctica, la fantástica ó caballeresca, y la subjetiva ó psicológica.

La época á que nos referimos de 1841 á 1844 fué de notable actividad literaria en Chile, y BELLO, electrizado, sacudido por aquel movimiento, escribió las poesías citadas, y una segunda y excelente oda á la independencia nacional.

Por el mismo tiempo empezó á escribir una leyenda en verso intitulada *El Proscrito*, de que sólo se han publicado fragmentos.

De ahí hasta el año de 1865, en que murió, sólo hallamos de BELLO, en punto de poesía, algunas

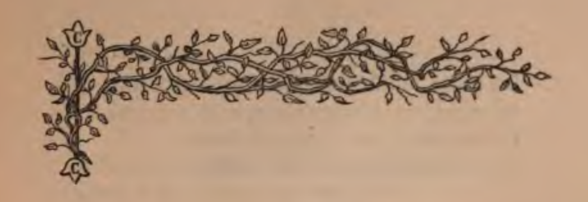
fabulillas, y versos escritos para el álbum de varias damas. El numen había cesado, pero no la actividad mental, de la cual, en ese período, son fruto varias obras científicas y literarias por donde es conocido y respetado en América y en Europa el nombre de ANDRÉS BELLO.

M. A. CARO.

BOGOTÁ, Noviembre 1881.



POESÍAS JUVENILES



ÉGLOGA

IMITACIÓN DE VIRGILIO

(Inédita.)

Tirsis, habitador del Tajo umbrío,
Con el más vivo fuego á Clori amaba;
Á Clori, que con rústico desvío
Las tiernas ansias del pastor pagaba.
La verde margen del ameno río
Tal vez buscando alivio visitaba,
Y á la distante causa de sus males
Desesperado enviaba quejas tales:

«No huye tanto, pastora, el corderillo
Del tigre atroz como de mí te alejas,
Ni teme tanto al buitre el pajarillo,
Ni tanto al voraz lobo las ovejas.

La fe no estimas de un amor sencillo,
Ni siquiera, inhumana, oyes mis quejas:
Por ti olvido las rústicas labores,
Por ti fábula soy de los pastores.

»Al cabo, al cabo, Clori, tu obstinada
Ingratitud me causará la muerte:
Mi historia en esos árboles grabada
Dirá entonces que muero por quererte:
Tantos de quienes eres adorada
Leerán con pavor mi triste suerte:
Nadie entonces querrá decirte amores,
Y execrarán tu nombre los pastores.

»Ya la sombra del bosque entrelazado
Los animales mismos apetecen,
Y bajo el césped que tapiza el prado
Los pintados lagartos se guarecen.
Si afeita las dehesas el ganado,
Si la viña los pájaros guarnecen,
Yo, sólo por seguir mi bien esquivo,
Sufro el rigor del alto can estivo.

»Tú mi amor menosprecias insensata,
Y no falta pastora en esta aldea
Que, si el nudo en que gimo, un Dios desata,
Con Tirsis venturosa no se crea.
¿No me fuera mejor, di, ninfa ingrata,
Mis obsequios rendir á Galatea,

Ó admitir los halagos de Tirrena,
Aunque rosada tú y ella morena?

»¿Acaso, hermosa Clori, la nevada
Blancura de tu tez te ensoberbece?
El color, como rosa delicada,
Á la menor injuria se amortece.
La pálida violeta es apreciada,
Y lánguido el jazmín tal vez fallece,
Sin que del ramo, que adornaba ufano,
Las ninfas le desprendan con su mano.

»Mi amor y tu belleza maldecía,
Tendido una ocasión sobre la arena,
Y Tirrena, que acaso me veía,
—¡Oh Venus, dijo, de injusticias llena;
Lejos de unir las almas, diosa impía,
Las divide y separa tu cadena!....
De Clori sufres tú las esquiveces,
Y yo te adoro á ti que me aborreces.—

»¡Ah! No sé por qué causa amor tan fino
Puede ser á tus ojos tan odioso;
Cualquier pastor, cuando el rabel afino,
Escucha mis tonadas envidioso.
¿No cubre estas praderas de contino
Mi cándido rebaño numeroso?
¿Acaso en Julio ó en el crudo invierno
Me falta fruto sazonado y tierno?

»Ni tampoco es horrible mi figura,
Si no me engaño al verme retratado
En el cristal de esa corriente pura;
Y á fe que á ese pastor afortunado
Que supo dominar alma tan dura,
Si á competir conmigo fuese osado,
En gentileza, talle y bizarría,
Siendo tú misma juez, le excedería.

»Ven á vivir conmigo, ninfa hermosa;
¡Ven! mira las Driadas que te ofrecen
En canastos la esencia de la rosa,
Y para ti los campos enriquecen.
Para ti sola guardo la abundosa
Copia de frutos que en mi huerto crecen;
Para ti sola el verde suelo pinto
Con el clavel, la viola y el jacinto.

»Acuérdate del tiempo en que solías,
Cuando niña, venir á mi cercado,
Y las tiernas manzanas me pedías
Aún cubiertas del vello delicado.
Desde la tierra entonces no podías
Alcanzar el racimo colorado,
Y después que tus medios apurabas,
Mi socorro solícita implorabas.

»Entonces era yo vuestro caudillo,
Mi tercer lustro apenas comenzado,

Sobresaliendo en el pueril corrillo,
Como en la alfombra del ameno prado
Descuella entre las hierbas el tomillo.
Desde entonces Amor, Amor malvado,
Me asestaste traidor la flecha impía
Que me atormenta y hiere noche y día.

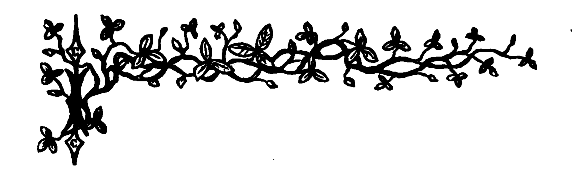
»¡Ah! Tú no sabes, Clori, qué escarmiento
Guarda Jove al mortal ingrato y duro:
Hay destinado sólo á su tormento
En el lóbrego Averno un antro oscuro:
En su carne cebado un buitre hambriento
Le despedaza con el pico impuro,
Y el corazón viviente devorado
Padece á cada instante renovado.

»Mas, ¡ay de mí! que en vano, en vano envío
Á la inhumana mi doliente acento.
¿Qué delirio, qué sueño es este mío?
Prender quise la sombra, atar el viento,
Seguir el humo y detener el río.
Y mientras lo imposible loco intento,
Tengo en casa la vid medio podada,
Y en el bosque la grey abandonada.

»¿Qué fruto saco de elevar al cielo
Esta continua lúgubre querella?
Ni encender puedo un corazón de hielo,
Ni torcer el influjo de mi estrella.

Si Clori desestima mi desvelo,
Sabrá premiarle otra pastora bella.
Ya baja el sol al Occidente frío;
Vuelve, vuelve al redil, ganado mío.»





ODA

IMITACIÓN DE HORACIO

(O navis referent....)

Qué nuevas esperanzas
Al mar te llevan? Torna,
Torna, atrevida nave,
Á la nativa costa.

Aún ves de la pasada
Tormenta mil memorias,
¿Y ya á correr fortuna
Segunda vez te arrojas?

Sembrada está de sirtes
Aleves tu derrota,
Do tarde los peligros
Avisará la sonda.

¡Ah! Vuelve, que áun es tiempo,
Mientras el mar las conchas
De la ribera halaga
Con apacibles olas.

Presto erizando cerros
Vendrá á batir las rocas,
Y náufragas reliquias
Hará á Neptuno alfombra.

De flámulas de seda
La presumida pompa
No arredra los insultos
De tempestad sonora.

¿Qué valen contra el Euro,
Tirano de las ondas,
Las barras y leones
De tu dorada popa?

¿Qué tu nombre, famoso
En reinos de la Aurora,
Y donde al sol recibe
Su cristalina alcoba?

Ayer por estas aguas,
Segura de sí propia,
Desafiaba al viento
Otra arrogante proa;

II

Y ya padrón infausto
Que al navegante asombra,
En un desnudo escollo
Está cubierta de ovas.

¡Qué! ¿No me oyes? ¿El rumbo
No tuerces? ¿Orgullosa
Descoges nuevas velas,
Y sin pavor te engolfas?

¿No ves, ¡oh malhadada!
Que ya el cielo se entolda,
Y las nubes bramando
Relámpagos abortan?

¿No ves la espuma cana
Que hinchada se alborota,
Ni el vendaval te asusta
Que silba en las maromas?

¡Vuelve, objeto querido
De mi inquietud ansiosa;
Vuelve á la amiga playa
Antes que el sol se esconda!





ODA AL ANAUCO

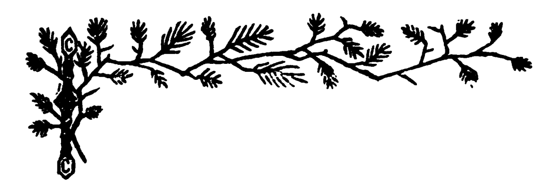
IRRITE la codicia
Por rumbos ignorados
Á la sonante Tetis
Y bramadores austros;
El pino que habitaba
Del Betis fortunado
Las márgenes amenas
Vestidas de amaranto,
Impunemente admire
Los deliciosos campos
Del Ganges caudaloso,
De aromas coronado.
Tú, verde y apacible
Ribera del Anauco,

Para mí más alegre
Que los bosques Idalios
Y las vegas hermosas
De la plácida Pafos,
Resonarás continuo
Con mis humildes cantos;
Y cuando ya mi sombra
Sobre el funesto barco
Visite del Erebo
Los valles solitarios,
En tus umbrías selvas
Y retirados antros
Erraré cual un día,
Tal vez abandonando
La silenciosa margen
De los estigios lagos.
La turba dolorida
De los pueblos cercanos
Evocará mis manes
Con lastimero llanto;
Y ante la triste tumba,
De funerales ramos
Vestida, y olorosa
Con perfumes indianos,
Dirá llorando Filis:
«Aquí descansa Fabio.»
¡Mil veces venturoso!
Pero, tú, desdichado,
Por bárbaras naciones
Lejos del clima patrio
Débilmente vaciles
Al peso de los años.

Devoren tu cadáver
Los canes sanguinarios
Que apacienta Caribdis
En sus rudos peñascos;
Ni aplaque tus cenizas
Con ayes lastimados
La pérfida consorte
Ceñida de otros brazos.







Á LA VICTORIA DE BAILÉN

Rompe el León soberbio la cadena
Con que atarle pensó la felonía,
Y sacude con noble bizarría
Sobre el robusto cuello la melena:
  La espuma del furor sus labios llena,
Y á los rugidos que indignado envía,
El tigre tiembla en la caverna umbría,
Y todo el bosque atónito resuena.
  El León despertó; temblad, traidores;
Lo que vejez creisteis, fué descanso;
Las juveniles fuerzas guarda enteras.
  Perseguid, alevosos cazadores,
Á la tímida liebre, al ciervo manso;
¡No insultéis al monarca de las fieras!



SILVAS AMERICANAS

Y

CÁNTICOS PATRIÓTICOS



SILVA

Á LA AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA

SALVE, fecunda zona,
Que al sol enamorado circunscribes
El vago curso, y cuanto sér se anima
En cada vario clima,
Acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
De granadas espigas; tú la uva
Das á la herviente cuba:
No de purpúrea fruta, ó roja, ó gualda,
Á tus florestas bellas
Falta matiz alguno; y bebe en ellas
Aromas mil el viento;
Y greyes van sin cuento
Paciendo tu verdura, desde el llano

Que tiene por lindero el horizonte,
Hasta el erguido monte,
De inaccesible nieve siempre cano.
Tú das la caña hermosa,
De do la miel se acendra,
Por quien desdeña el mundo los panales:
Tú en urnas de coral cuajas la almendra
Que en la espumante jícara rebosa:
Bulle carmín viviente en tus nopales,
Que afrenta fuera al múrice de Tiro;
Y de tu añil la tinta generosa
Émula es de la lumbre del zafiro;
El vino es tuyo, que la herida agave [1]
Para los hijos vierte
Del Anáhuac feliz; y la hoja es tuya,
Que cuando de süave
Humo en espiras vagarosas huya,
Solazará el fastidio al ocio inerte.
Tu vistes de jazmines
El arbusto sabeo [2],
Y el perfume le das que en los festines
La fiebre insana templará á Lieo.
Para tus hijos la procera palma [3]
Su vario feudo cría,
Y el ananás sazona su ambrosía:

[1] Maguey ó pita *(Agave americana, L.)* que da el pulque.

[2] El café es originario de Arabia, y el más estimado en el comercio viene todavía de aquella parte del Yemen en que estuvo el reino de Sabá, que es cabalmente donde hoy está Moka.

[3] Ninguna familia de vegetales puede competir con las palmas en la variedad de productos útiles al hombre; pan, leche, vino, aceite, fruta, hortaliza, cera, leña, cuerdas, vestido, etc.

Su blanco pan la yuca [1],
Sus rubias pomas la patata educa,
Y el algodón despliega al aura leve
Las rosas de oro y el vellón de nieve.
Tendida para tí la fresca parcha [2]
En enramadas de verdor lozano,
Cuelga de sus sarmientos trepadores
Nectáreos globos y franjadas flores;
Y para tí el maíz, jefe altanero
De la espigada tribu, hinche su grano;
Y para ti el banano [3]
Desmaya al peso de su dulce carga;
El banano, primero
De cuantos concedió bellos presentes
Providencia á las gentes
Del Ecuador feliz con mano larga.
No ya de humanas artes obligado
El premio rinde opimo:

[1] No se debe confundir (como se ha hecho en un Diccionario de grande y merecida autoridad) la planta de cuya raíz se hace el pan de casave (que es la *Jatropha manihot* de Linneo, conocida ya generalmente en castellano bajo el nombre de *yuca*) con la *Yucca* de los botánicos.

[2] Este nombre se da en Venezuela á las *Pasifloras* ó *Pasionarias*, género abundantísimo en especies, todas bellas, y algunas de suavísimos frutos.

[3] El banano es el vegetal que principalmente cultivan para sí los esclavos de las plantaciones ó haciendas, y de que sacan mediata ó inmediatamente su subsistencia, y casi todas las cosas que les hacen tolerable la vida. Sabido es que el bananal no solo da, á proporción del terreno que ocupa, más cantidad de alimento que ninguna otra siembra ó plantío, sino que de todos los vegetales alimenticios este es el que pide menos trabajo y menos cuidado. *(El A.)*

No es á la podadera, no al arado
Deudor de su racimo;
Escasa industria bástale, cual puede
Hurtar á sus fatigas mano esclava:
Crece veloz, y cuando exhausto acaba,
Adulta prole en torno le sucede.

Mas ¡oh! si cual no cede
El tuyo, fértil zona, á suelo alguno,
Y como de natura esmero ha sido,
De tu indolente habitador lo fuera:
¡Oh! ¡Si al falaz ruido
La dicha al fin supiese verdadera
Anteponer, que del umbral le llama
Del labrador sencillo,
Lejos del necio y vano
Fasto, el mentido brillo,
El ocio pestilente ciudadano!
¿Por qué ilusión funesta
Aquellos que fortuna hizo señores
De tan dichosa tierra y pingüe y varia,
Al cuidado abandonan
Y á la fe mercenaria
Las patrias heredades,
Y en el ciego tumulto se aprisionan
De míseras ciudades,
Do la ambición proterva
Sopla la llama de civiles bandos,
Ó al patriotismo la desidia enerva;
Do el lujo las costumbres atosiga,
Y combaten los vicios
La incauta edad en poderosa liga?

No allí con varoniles ejercicios
Se endurece el mancebo á la fatiga;
Mas la salud estraga en el abrazo
De pérfida hermosura,
Que pone en almoneda los favores;
Mas pasatiempo estima
Prender aleve en casto seno el fuego
De ilícitos amores;
Ó embebecido le hallará la aurora
En mesa infame de ruinoso juego.
En tanto á la lisonja seductora
Del asiduo amador fácil oído
Da la consorte: crece
En la materna escuela
De la disipación y el galanteo
La tierna virgen, y al delito espuela
Es antes el ejemplo que el deseo.
¿Y será que se formen de ese modo
Los ánimos heroicos denodados
Que fundan y sustentan los Estados?
¿De la algazara del festín beodo,
Ó de los coros de liviana danza,
La dura juventud saldrá, modesta,
Orgullo de la patria y esperanza?
¿Sabrá con firme pulso
De la severa ley regir el freno;
Brillar en torno aceros homicidas
En la dudosa lid verá sereno:
Ó animoso hará frente al genio altivo
Del engreído mando en la tribuna,
Aquél que ya en la cuna
Durmió al arrullo del cantar lascivo,

Que riza el pelo, y se unge, y se atavía
Con femenil esmero,
Y en indolente ociosidad el día,
Ó en criminal lujuria, pasa entero?
No así trató la triunfadora Roma
Las artes de la paz y de la guerra;
Antes fió las riendas del Estado
Á la mano robusta
Que tostó el sol y encalleció el arado:
Y bajo el techo humoso campesino
Los hijos educó, que el conjurado
Mundo allanaron al valor latino.

¡Oh! ¡Los que, afortunados poseedores,
Habéis nacido de la tierra hermosa
En que reseña hacer de sus favores,
Como para ganaros y atraeros,
Quiso naturaleza bondadosa!
Romped el duro encanto
Que os tiene entre murallas prisioneros.
El vulgo de las artes laborioso,
El mercader, que necesario al lujo,
Al lujo necesita,
Los que anhelando van tras el señuelo
Del alto cargo y del honor ruidoso,
La grey de aduladores parasita,
Gustosos pueblen ese infecto caos:
El campo es vuestra herencia: en él gozaos.
¿Amáis la libertad? El campo habita,
No allá donde el magnate
Entre armados satélites se mueve,
Y de la moda, universal señora,

Va la razón al triunfal carro atada,
Y á la fortuna la insensata plebe,
Y el noble al aura popular adora.
¿Ó la virtud amáis? ¡Ah! ¡Que el retiro,
La solitaria calma
En que, juez de sí misma, pasa el alma
Á las acciones muestra,
Es de la vida la mejor maestra!
¿Buscáis durables goces,
Felicidad, cuanta es al hombre dada
Y á su terreno asiento, en que vecina
Está la risa al llanto, y siempre, ¡ah! siempre
Donde halaga la flor, punza la espina?
Id á gozar la suerte campesina;
La regalada paz, que ni rencores
Al labrador, ni envidias acibaran;
La cama que mullida le preparan
El contento, el trabajo, el aire puro;
Y el sabor de los fáciles manjares,
Que dispendiosa gula no le aceda;
Y el asilo seguro
De sus patrios hogares
Que á la salud y al regocijo hospeda.
El aura respirad de la montaña,
Que vuelve al cuerpo laso
El perdido vigor, que á la enojosa
Vejez retarda el paso,
Y el rostro á la beldad tiñe de rosa.
¿Es allí menos blanda por ventura
De amor la llama, que templó el recato?
¿Ó menos aficiona la hermosura
Que de extranjero ornato

Y afeites impostores no se cura?
¿Ó el corazón escucha indiferente
El lenguaje inocente
Que los afectos sin disfraz expresa
Y á la intención ajusta la promesa?
No del espejo al importuno ensayo
La risa se compone, el paso, el gesto;
Ni falta allí carmín al rostro honesto
Que la modestia y la salud colora,
Ni la mirada que lanzó al soslayo
Tímido amor, la senda al alma ignora.
¿Esperaréis que forme
Más venturosos lazos himeneo,
Do el interés barata,
Tirano del deseo,
Ajena mano y fe por nombre ó plata,
Que do conforme gusto, edad conforme,
Y elección libre, y mutuo ardor los ata?

Allí también deberes
Hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas
Heridas de la guerra: el fértil suelo,
Áspero ahora y bravo,
Al desacostumbrado yugo torne
Del arte humana, y le tribute esclavo.
Del obstruído estanque y del molino
Recuerden ya las aguas el camino:
El intrincado bosque el hacha rompa,
Consuma el fuego: abrid en luengas calles
La oscuridad de su infructuosa pompa.
Abrigo den los valles
Á la sedienta caña;

La manzana y la pera
En la fresca montaña
El cielo olviden de su madre España:
Adorne la ladera
El cafetal: ampare
Á la tierna teobroma en la ribera
La sombra maternal de su bucare [1]:
Aquí el verjel, allá la huerta ría....
¿Es ciego error de ilusa fantasía?
Ya dócil á tu voz, agricultura,
Nodriza de las gentes, la caterva
Servil armada va de corvas hoces;
Mírola ya que invade la espesura
De la floresta opaca; oigo las voces;
Siento el rumor confuso; el hierro suena;
Los golpes el lejano
Eco redobla; gime el ceibo anciano,
Que á numerosa tropa
Largo tiempo fatiga:
Batido de cien hachas se estremece,
Estalla al fin, y rinde el ancha copa.
Huyó la fiera: deja el caro nido,
Deja la prole implume
El ave, y otro bosque no sabido
De los humanos, va á buscar doliente....
¿Qué miro? Alto torrente
De sonorosa llama
Corre, y sobre las áridas ruinas
De la postrada selva se derrama.

1 El cacao *(Theobrama cacao, L.)* suele plantarse en Venezuela á la sombra de árboles corpulentos llamados *bucares*.

El raudo incendio á gran distancia brama,
Y el humo en negro remolino sube,
Aglomerando nube sobre nube.
Ya de lo que antes era
Verdor hermoso y fresca lozanía,
Sólo difuntos troncos,
Sólo cenizas quedan, monumento
De la dicha mortal, burla del viento.
Mas al vulgo bravío
De las tupidas plantas montaraces
Sucede ya el fructífero plantío
En muestra ufana de ordenadas haces.
Ya ramo á ramo alcanza,
Y á los rollizos tallos hurta el día:
Ya la primera flor desvuelve el seno,
Bello á la vista, alegre á la esperanza:
Á la esperanza, que riendo enjuga
Del fatigado agricultor la frente,
Y allá á lo lejos el opimo fruto,
Y la cosecha apañadora pinta,
Que lleva de los campos el tributo,
Colmado el cesto, y con la falda en cinta,
Y bajo el peso de los largos bienes
Con que al colono acude,
Hace crujir los vastos almacenes.

¡Buen Dios! no en vano sude,
Mas á merced y á compasión te mueva
La gente agricultora
Del Ecuador, que del desmayo triste
Con renovado aliento vuelve ahora,
Y tras tanta zozobra, ansia, tumulto,

Tantos años de fiera
Devastación y militar insulto,
Aún más que tu clemencia antigua implora.
Su rústica piedad, pero sincera,
Halle á tus ojos gracia: no el risueño
Porvenir que las penas le aligera,
Cual de dorado sueño
Visión falaz, desvanecido llore:
Intempestiva lluvia no maltrate
El delicado embrión: el diente impío
De insecto roedor no lo devore:
Sañudo vendaval no lo arrebate,
Ni agote al árbol el materno jugo
La calorosa sed de largo estío.
Y pues al fin te plugo,
Árbitro de la suerte soberano,
Que suelto el cuello de extranjero yugo
Erguiese al cielo el hombre americano;
Bendecida de ti se arraigue y medre
Su libertad: en el más hondo encierra
De los abismos la malvada guerra,
Y el miedo de la espada asoladora
Al suspicaz cultivador no arredre
Del arte bienhechora,
Que las familias nutre y los Estados:
La azorada inquietud deje las almas,
Deje la triste herrumbre los arados.
Asaz de nuestros padres malhadados
Expiamos la bárbara conquista.
¿Cuántas doquier la vista
No asombran erizadas soledades,
Do cultos campos fueron, do ciudades?

De muertes, proscripciones,
Suplicios, orfandades,
¿Quién contará la pavorosa suma?
Saciadas duermen ya de sangre ibera
Las sombras de Atahualpa y Motezuma.
¡Ah! Desde el alto asiento
En que escabel te son alados coros
Que velan en pasmado acatamiento
La faz ante la lumbre de tu frente
(Si merece por dicha una mirada
Tuya la sin ventura humana gente),
El ángel nos envía,
El ángel de la paz, que al crudo ibero
Haga olvidar la antigua tiranía,
Y acatar reverente el que á los hombres
Sagrado diste, imprescriptible fuero:
Que alargar le haga al injuriado hermano
(¡Ensangrentóla asaz!) la diestra inerme;
Y si la innata mansedumbre duerme,
La despierte en el pecho americano.
El corazón lozano
Que una feliz oscuridad desdeña,
Que en el azar sangriento del combate
Alborozado late,
Y codicioso de poder ó fama,
Nobles peligros ama;
Baldón estime sólo y vituperio
El prez que de la patria no reciba,
La libertad más dulce que el imperio,
Y más hermosa que el laurel la oliva.
Ciudadano el soldado,
Deponga de la guerra la librea:

El ramo de victoria
Colgado al ara de la patria sea,
Y sola adorne al mérito la gloria.
De su trïunfo entónces, patria mía,
Verá la paz el suspirado día;
La paz, á cuya vista el mundo llena
Alma, serenidad y regocijo,
Vuelve alentado el hombre á la faena,
Alza el ancla la nave, á las amigas
Auras encomendándose animosa,
Enjámbrase el taller, hierve el cortijo,
Y no basta la hoz á las espigas.

¡Oh jóvenes naciones, que ceñida
Alzáis sobre el atónito Occidente
De tempranos laureles la cabeza!
Honrad el campo, honrad la simple vida
Del labrador, y su frugal llaneza.
Así tendrán en vos perpetuamente
La libertad morada,
Y freno la ambición, y la ley templo.
Las gentes á la senda
De la inmortalidad, ardua y fragosa,
Se animarán, citando vuestro ejemplo.
Lo emulará celosa
Vuestra posteridad, y nuevos nombres
Añadiendo la fama
Á los que ahora aclama,
«Hijos son estos, hijos
(Pregonará á los hombres)
De los que vencedores superaron
De los Andes la cima:

que en Boyacá, los que en la arena
De Maipo y en Junín, y en la campaña
Gloriosa de Apurima,
Postrar supieron al león de España.»

1826.





ALOCUCIÓN Á LA POESÍA

Divina Poesía,
Tú de la soledad habitadora,
Á consultar tus cantos enseñada
Con el silencio de la selva umbría;
Tú á quien la verde gruta fué morada,
Y el eco de los montes compañía;
Tiempo es que dejes ya la culta Europa,
Que tu nativa rustiquez desama,
Y dirijas el vuelo adonde te abre
El mundo de Colón su grande escena.
También propicio allí respeta el cielo
La siempre verde rama
Con que al valor coronas:

También allí la florecida vega,
El bosque enmarañado, el sesgo río,
Colores mil á tus pinceles brindan;
Y céfiro revuela entre las rosas;
Y fúlgidas estrellas
Tachonan la carroza de la noche;
Y el Rey del cielo, entre cortinas bellas
De nacaradas nubes, se levanta;
Y la avecilla en no aprendidos tonos
Con dulce pico endechas de amor canta.

¿Qué á ti, silvestre ninfa, son las pompas
De dorados alcázares reales?
¿Á tributar también irás en ellos
En medio de la turba cortesana
El torpe incienso de servil lisonja?
No tal te vieron tus más bellos días
Cuando en la infancia de la gente humana,
Maestra de los pueblos y los reyes
Cantaste al mundo las primeras leyes.
No te detenga ¡oh Diosa!
Esta región de luz y de miseria,
En donde tu ambiciosa
Rival Filosofía,
Que la virtud á cálculo somete,
De los mortales te ha usurpado el culto;
Donde la coronada hidra amenaza
Traer de nuevo al pensamiento esclavo
La antigua noche de barbarie y crimen:
Donde la libertad vano delirio,
Fe la servilidad, grandeza el fasto,
La corrupción cultura se apellida:

Descuelga de la encina carcomida
Tu dulce lira de oro, con que un tiempo
Los prados y las flores, el susurro
De la floresta opaca, el apacible
Murmurar del arroyo trasparente,
Las gracias atractivas
De natura inocente
Á los hombres cantaste embelesados;
Y sobre el vasto Atlántico tendiendo
Las vagarosas alas, á otro cielo,
Á otro mundo, á otras gentes te encamina,
Do viste aún su primitivo traje
La tierra, al hombre sometida apenas;
Y las riquezas de los climas todos,
América, del Sol joven esposa,
Del antiguo Oceano hija postrera,
En su seno feraz cría y esmera.

¿Qué morada te aguarda? ¿Qué alta cumbre,
Qué prado ameno, qué repuesto bosque
Harás tu domicilio? ¿En qué felice
Playa estampada tu sandalia de oro
Será primero? ¿Dónde el claro río
Que de Albïon los héroes vió humillados,
Los azules pendones reverbera
De Buenos Aires, y orgulloso arrastra
De cien potentes aguas los tributos
Al atónito mar? ¿Ó dónde emboza
Su doble cima el Ávila entre nubes,
Y la ciudad renace de Losada [1]?

[1] Fundador de Caracas. *(El A.)*

¿Ó más te sonreirán, Musa, los valles
De Chile afortunado, que enriquecen
Rubias cosechas y süaves frutos;
Do la inocencia y el candor ingenuo
Y la hospitalidad del mundo antiguo
Con el valor y el patriotismo habitan?
¿Ó la ciudad [1] que el águila posada
Sobre el nopal mostró al azteca errante
Y el suelo de inexhaustas venas rico
Que casi hartaron la avarienta Europa?
Ya de la mar del Sur la bella reina,
Á cuyas hijas dió la gracia en dote
Naturaleza, habitación te brinda
Bajo su blando cielo, que no turban
Lluvias jamás ni embravecidos vientos.
¿Ó la elevada Quito
Harás tu albergue, que entre canas cumbres
Sentada, oye bramar las tempestades
Bajo sus piés, y etéreas auras bebe
Á tu celeste inspiración propicias?
Mas oye do tronando se abre paso
Entre murallas de peinada roca,
Y, envuelto en blanca nube de vapores
De vacilantes iris matizada,
Los valles va á buscar de Magdalena
Con salto audaz el Bogotá espumoso.
Allí memorias de tempranos días
Tu lira aguardan; cuando, en ocio dulce
Y nativa inocencia venturosos,
Sustento fácil dió á sus moradores,

[1] Méjico. *(El A.)*

Primera prole de su fértil seno
Cundinamarca; antes que el corvo arado
Violase el suelo, ni extranjera nave
Las apartadas costas visitara.
Aún no aguzado la ambición había
Elhierro atroz; aún no degenerado
Buscaba el hombre bajo oscuros techos
El albergue, que grutas y florestas
Saludable le daban y seguro,
Sin que señor la tierra conociese,
Los campos valla, ni los pueblos muro.
La libertad sin leyes florecía,
Todo era paz, contento y alegría;
Cuando de dichas tantas envidiosa
Huitaca bella [1], de las aguas diosa,
Hinchando el Bogotá, sumerge el valle,
De la gente infeliz, parte pequeña
Asilo halló en los montes:
El abismo voraz sepulta el resto.
Tú cantarás cómo indignó el funesto
Estrago de su casi extinta raza
Á Nenqueteba, hijo del Sol, que rompe
Con su cetro divino la enriscada
Montaña, y á las ondas abre calle.
El Bogotá, que, inmenso lago un día,
De cumbre á cumbre dilató su imperio;
De las ya estrechas márgenes, que asalta
Con vana furia, la prisión desdeña,
Y por la brecha hirviendo se despeña.

[1] Huitaca, mujer de Nenquetaba ó Bóchica, legislador de los Muiscas.—V. Humboldt, *Vues des Cordilliers*, t. 1. *(El A.)*

Tú cantarás cómo á las nuevas gentes
Nenqueteba piadoso leyes, y artes,
Y culto dió; después que á la maligna
Ninfa mudó en lumbrera de la noche,
Y de la Luna por la vez primera
Surcó el Olimpo el argentado coche.

Ve, pues, ve, á celebrar las maravillas
Del Ecuador: canta el vistoso cielo
Que de los astros todos los hermosos
Coros alegran; donde á un tiempo el vasto
Dragón del Norte su dorada espira
Desvuelve en torno al luminar inmóvil
Que el rumbo al marinero audaz señala,
Y la paloma cándida de Arauco
En las australes ondas mója el ala.
Si tus colores los más ricos mueles
Y tomas el mejor de tus pinceles,
Podrás los climas retratar, que entero
El vigor guardan genital primero
Con que la voz omnipotente, oída
Del hondo caos, hinchió la tierra, apenas
Sobre su informe faz aparecida,
Y de verdura la cubrió y de vida.
Selvas eternas, ¿quién al vulgo inmenso
Que vuestros verdes laberintos puebla,
Y en varias formas y estatura y galas
Hacer parece alarde de sí mismo,
Poner presumirá nombre ó guarismo?
En densa muchedumbre
Ceibas, acacias, mirtos se entretejen,
Bejucos, vides, gramas;

Las ramas á las ramas,
Pugnando por gozar de las felices
Auras y de la luz, perpetua guerra
Hacen, y á las raíces
Angosto viene el seno de la tierra.
¡Oh! ¡Quién contigo, amable Poesía,
Del Cauca á las orillas me llevara,
Y el blando aliento respirar me diera
De la siempre lozana primavera
Que allí su reino estableció y su corte!
Ó, si ya de cuidados enojosos
Exento, por las márgenes amenas
Del Aragua moviese
El tardo incierto paso,
Ó reclinado acaso
Bajo una fresca palma en la llanura,
Viese arder en la bóveda azulada
Tus cuatro lumbres bellas,
¡Oh Cruz del Sur! que las nocturnas horas
Mides al caminante
Por la espaciosa soledad errante;
Ó del cucuy las luminosas huellas
Viese cortar el aire tenebroso,
Y del lejano tambo á mis oídos
Viniera el son del yarabí amoroso!

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado
Algún Marón americano ¡oh Diosa!
También las mieses, los rebaños cante,
El rico suelo al hombre avasallado,
Y las dádivas mil con que la zona
De Febo amada al labrador corona;

Donde cándida miel llevan las cañas,
Y animado carmín la tuna cría,
Donde tremola el algodón su nieve,
Y el ananás sazona su ambrosía;
De sus racimos la variada copia
Rinde el palmar, de azucarados globos
El zapotillo, su manteca ofrece
La verde palta, da el añil su tinta,
Bajo su dulce carga desfallece
El banano, el café el aroma acendra
De sus albos jazmines, y el cacao
Cuaja en urnas de púrpura su almendra.
....

Mas ¡ah! ¿prefieres de la guerra impía
Los horrores decir, y al son del parche
Que los maternos pechos estremece,
Pintar las huestes que furiosas corren
Á destrucción y el suelo hinchen de luto?
¡Oh! ¡Si ofrecieses menos fértil tema
Á bélicos cantares, patria mía!
¿Qué ciudad, qué campiña no ha inundado
La sangre de tus hijos y la ibera?
¿Qué páramo no dió en humanos miembros
Pasto al condor? ¿Qué rústicos hogares
Salvar su oscuridad pudo á las furias
De la civil discordia embravecida?
Pero no en Roma obró prodigio tanto
El amor de la patria, no en la austera
Esparta, no en Numancia generosa;
Ni de la historia da página alguna,
Musa, más altos hechos á tu canto.

¿Á qué provincia el premio de alabanza,
Ó á qué varón tributarás primero?

Grata celebra Chile el de Gamero,
Que, vencedor de cien sangrientas lides,
Muriendo, el suelo consagró de Talca;
Y la memoria eternizar desea
De aquellos granaderos de á caballo
Que mandó en Chacabuco Necochea.
¿Pero de Maipo la campiña sola
Cuán larga lista ¡oh Musa! no te ofrece,
Para que en tus cantares se repita,
De campeones cuya frente adorna
El verde honor que nunca se marchita?
Donde ganó tan claro nombre Bueras,
Que con sus caballeros denodados
Rompió del enemigo las hileras;
Y donde el regimiento de Coquimbo
Tantos héroes contó como soldados.
....
¿De Buenos Aires la gallarda gente
No ves, que el premio del valor te pide?
Castelli osado, que las fuerzas mide
Con aquel monstruo que la cara esconde
Sobre las nubes y á los hombres huella;
Moreno, que abogó con digno acento
De los opresos pueblos la querella;
Y tú, que de Suipacha en las llanuras
Diste á tu casa agüero de venturas,
Balcarce; y tú, Belgrano, y otros ciento
Que la tierra natal de glorias rica
Hicisteis con la espada ó con la pluma,

Si el justo galardón se os adjudica,
No temeréis que el tiempo le consuma.

....

Ni sepultada quedará en olvido
La Paz, que tantos claros hijos llora,
Ni Santacruz, ni menos Chuquisaca,
Ni Cochabamba, que de patrio celo
Ejemplos memorables atesora;
Ni Potosí, de minas no tan rico
Como de nobles pechos; ni Arequipa,
Que de Vizcardo con razón se alaba,
Ni á la que el Rímac las murallas lava,
Que *de los Reyes* fué, ya de sí propia,
Ni la ciudad que dió á los Incas cuna,
Leyes al Sur, y que si áun gime esclava,
Virtud no le faltó, sino fortuna.
Pero la libertad, bajo los golpes
Que la ensangrientan, cada vez más brava,
Más indomable, nuevos cuellos yergue,
Que al despotismo harán soltar la clava.
No largo tiempo usurpará el imperio
Del Sol la hispana gente advenediza,
Ni al ver su trono en tanto vituperio
De Manco Cápac gemirán los manes.
De Angulo y Pumacagua la ceniza
Nuevos y más felices capitanes
Vengarán, y á los hados de su pueblo
Abrirán vencedores el camino.
Huid, días de afán, días de luto,
Y acelerad los tiempos que adivino.

....

Diosa de la memoria, himnos te pide

El imperio también de Motezuma,
Que, rota la coyunda de Iturbide,
Entre los pueblos libres se numera.
Mucho, nación bizarra mejicana,
De tu poder y de tu ejemplo espera
La libertad; ni su esperanza es vana,
Si ajeno riesgo escarmentarte sabe,
Y no en un mar te engolfes que sembrado
De los fragmentos ves de tanta nave.
Llegada al puerto venturoso, un día
Los héroes contarás á que se debe
Del arresto primero la osadía;
Que á veteranas filas rostro hicieron
Con pobre, inculta, desarmada plebe,
Excepto de valor, de todo escasa;
Y el coloso de bronce sacudieron
Á que tres siglos daban firme basa.
Si á brazo más feliz, no más robusto,
Poderlo derrocar dieron los cielos,
De Hidalgo no por eso y de Morelos
Eclipsará la gloria olvido ingrato;
Ni el nombre callarán de Guanajuato
Los claros fastos de tu heroica lucha,
Ni de tanta ciudad, que, reducida
Á triste yermo, á un enemigo infama
Que, vencedor, sus pactos sólo olvida;
Que hace exterminio, y sumisión lo llama.
. . . .
Despierte (¡oh Musa! tiempo es ya), despierte
Algún sublime ingenio, que levante
El vuelo á tan espléndido sujeto,
Y que de Popayán los hechos cante

Á un tiempo dos aceros
Entrambos pechos: abrazados mueren.
....
Pero al de Margarita, ¿qué otro nombre
Deslucirá? Donde hasta el sexo blando
Con los varones las fatigas duras
Y los peligros de la guerra parte;
Donde á los defensores de la patria
Forzoso fué, para lidiar, las armas
Al enemigo arrebatar lidiando;
Donde el caudillo á quien armó Fernando
De su poder y de sus fuerzas todas
Para que de venganza les saciara,
Al inexperto campesino vulgo
Que sus falanges denodado acosa,
El campo deja en fuga ignominiosa.
....
Ni menor prez los tiempos venideros
Á la virtud darán de Cartagena.
No la domó el valor: no al hambre cede
Que sus guerreros ciento á ciento siega:
Nadie á partidos viles presta oidos:
Cuantos un resto de vigor conservan,
Lánzanse al mar, y la enemiga flota
En mal seguros leños atraviesan.
Mas no el destierro su constancia abate,
Ni á la desgracia la cerviz doblegan;
Y si una orilla dejan, que profana
La usurpación, y las venganzas yerman,
Ya á verla volverán bajo estandartes
Que á coronar el patriotismo fuerzan
Á la fortuna, y les darán los cielos

Á indignas manos arrancar la presa:
En tanto por las calles silenciosas,
Acaudillando armada soldadesca,
Entre infectos cadáveres, y vivos
En que la estampa de la parca impresa
Se mira ya, su abominable triunfo
La restaurada Inquisición pasea;
Con sacrílegos himnos los altares
Haciendo resonar, á su honda cueva
Desciende enhambrecida, y en las ansias
De atormentados mártires se ceba.

....

¿Y qué diré de la ciudad que ha dado
Á la sagrada lid tanto caudillo?
¡Ah! ¡que entre escombros olvidar pareces,
Turbio Catuche, tu camino usado!
¿Por qué en tu margen el rumor festivo
Calló? ¿Do está la torre bulliciosa
Que pregonar solía,
De antorchas coronada,
La pompa augusta del solemne día?
Entre las rotas cúpulas que oyeron
Sacros ritos ayer, torpes reptiles
Anidan, y en la sala que gozosos
Banquetes vió y amores, hoy sacude
La grama del erial su infausta espiga.
Pero más bella y grande resplandeces
En tu desolación, ¡oh patria de héroes!
Tú que lidiando altiva en la vanguardia
De la familia de Colón, la diste
De fe constante no excedido ejemplo;

Y si en tu suelo desgarrado al choque
De destructivos terremotos, pudo
Tremolarse algún tiempo la bandera
De los tiranos, en tus nobles hijos
Viviste inexpugnable, de los hombres
Y de los elementos vencedora.
Renacerás, renacerás ahora:
Florecerán la paz y la abundancia
En tus talados campos: las divinas
Musas te harán favorecida estancia,
Y cubrirán de rosas tus ruinas.

....

ALOCUCIÓN Á LA POESÍA

SEGUNDO FRAGMENTO

COLOMBIA! ¿Qué montaña, qué ribera,
Qué playa inhospital, donde antes solo
Por el furor se vió de la pantera
Ó del caimán el suelo en sangre tinto?
¿Cuál selva tan oscura, en tu recinto,
Cuál queda ya tan solitaria cima,
Que horror no ponga y grima
De humanas osamentas hoy sembrada,
Feo padrón del sanguinario instinto
Que también contra el hombre al hombre anima?
Tu libertad, ¡cuán caro
Compraste! ¡Cuánta tierra devastada!
¡Cuánta familia en triste desamparo!
Mas el bien adquirido al precio excede.
¿Y cuánto nombre claro
No das también al templo de Memoria?
Con los de Codro y Curcio, el de Ricaurte
Vivirá, mientras hagan el humano
Pecho latir la libertad, la gloria.
Vióle en sangrientas lides el Aragua

Dar á su patria lustre;
El despotismo sus falanges dobla,
Y áun no sucumbe al número el denuedo
Á sorprender se acerca una columna
El almacén que con Ricaurte guarda
Escasa tropa: él, dando de los suyos
Á la salud lo que á la propia niega,
Aléjalos de sí: con ledo rostro
Su intento oculta: y ya de espeso polvo
Se cubre el aire, y cerca se oye el trueno
Del hueco bronce, entre dolientes ayes
De inerme vulgo, que á los golpes cae
Del vencedor: mas no, no impunemente;
Ricaurte aguarda de una antorcha armado;
Y cuando el puesto que defiende mira
De la contraria hueste rodeado
Que ebria de sangre á fácil presa avanza;
Cuando el punto fatal, no á la venganza
(Que indigna juzga), al alto sacrificio
Con que llenar el cargo honroso anhela,
Llegado ve, ¡viva la patria! clama;
La antorcha aplica, el edificio vuela.
Ni tú de Ribas callarás la fama,
Á quien vió victorioso Niquitao,
Horcones, Ocumare, Vijirima,
Y dejando otros nombres, que no menos
Dignos de loa Venezuela estima,
Urica, que ilustrarle pudo sola,
Donde de heroica lanza atravesado
Mordió la tierra el sanguinario Boves.

. . . .

¿Qué si de Ribas á los altos hechos

Dió la fortuna injusto premio al cabo?
¿Qué, si cautivo el español le insulta?
¿Si perecer en el suplicio le hace
Á vista de los suyos? ¿Si su yerta
Cabeza expone en afrentoso palo?
Dispensa á su placer la tiranía
La muerte, no la gloria, que acompaña
Al héroe de la patria en sus cadenas,
Y su cadalso en luz divina baña.
Así espiró también de honor cubierto
Entre víctimas mil Baraya, á manos
De tus viles satélites, Morillo:
Ni el duro fallo á mitigar fué parte
De la mísera hermana el desamparo,
Que lutos arrastrando, acompañada
De cien matronas, tu clemencia implora.
«¡Muera (respondes) el traidor Baraya,
Y que á destierro su familia vaya!»
Baraya muere, mas su ejemplo vive.
¿Piensas que apagarás con sangre el fuego
De libertad en tantas almas grandes?
Del Cotopaxi ve á extinguir la hoguera
Que ceban las entrañas de los Andes.
Mira correr la sangre de Rovira,
Á quien lamentan Mérida y Pamplona;
Y la de Freites derramada mira,
El constante adalid de Barcelona:
Ortiz, García de Toledo espira;
Granados, Amador, Castillo muere;
Yace Cabal de Popayán llorado,
Llorado de las ciencias; fiera bala
El pecho de Camilo Torres hiere;

Gutiérrez el postrero aliento exhala:
Perece Pombo, que en el banco infausto
El porvenir glorioso de su patria
Con profético acento te revela;
No la íntegra virtud salva á Torices;
No la modestia, no el ingenio á Caldas:
De luto está cubierta Venezuela,
Cundinamarca desolada gime,
Quito sus hijos más ilustres llora.
¿Pero cuál es de tu crueldad el fruto?
¿Á Colombia otra vez Fernando oprime?
¿Méjico á su visir postrada adora?
¿El antiguo tributo
De un hemisferio esclavo á España llevas?
¿Puebla la Inquisición sus calabozos
De americanos; ó españolas Cortes
Dan á la servidumbre formas nuevas?
¿De la sustancia de cien pueblos graves
La avara Cádiz ve volver sus naves?
....
....
....
....
Pudo á un Cortés, pudo á un Pizarro el mundo
La sangre perdonar que derramaron:
Imperios con la espada conquistaron;
Mas á ti ni áun la vana, la ilusoria
Sombra, que llama gloria
El vulgo adorador de la fortuna,
Adorna: aquella efímera victoria
Que de inermes provincias te hizo dueño,
Como la aerea fábrica de un sueño

Desvanecióse, y nada deja, nada.
....
....
Quien te pone con Alba en paralelo,
¡Oh cuánto yerra! En sangre bañó el suelo
De Batavia el ministro de Felipe;
Pero si fué cruel y sanguinario,
Bajo no fué; no acomodando al vario
Semblante de los tiempos su semblante,
Ya desertor del uno,
Ya del otro partido,
Sólo el de su interés siguió constante;
No alternativamente
Fué soldado feroz, patriota falso:
No dió á la Inquisición su espada un día
Y por la libertad lidió el siguiente;
Ni traficante infame del cadalso,
Hizo de los indultos granjería.
....
....
....
....
....
Á ti también, Javier Ustáriz, cupo
Mísero fin; atravesado fuiste
De hierro atroz á vista de tu esposa,
Que con su llanto enternecer no pudo
Á tu verdugo, de piedad desnudo:
En la tuya y la sangre de tus hijos
Á un tiempo la infeliz se vió bañada.
¡Oh Maturín! ¡Oh lúgubre jornada!
¡Oh día de aflicción á Venezuela,

Que aún hoy, de tanta pérdida preciosa,
Apenas con sus glorias se consuela!
Tú en tanto en la morada de los justos
Sin duda el premio, amable Ustáriz, gozas
Debido á tus fatigas, á tu celo
De bajos intereses desprendido;
Alma incontaminada, noble, pura,
De elevados espíritus modelo,
Áun en la edad oscura
En que el premio de honor se dispensaba
Sólo al que á precio vil su honor vendía,
Y en que el rubor de la virtud, altivo
Desdén y rebelión se interpretaba.
La música, la dulce poesía,
¿Son tu delicia ahora como un día?
¿Ó á más altos objetos das la mente
Y con los heroes, con las almas bellas
De la pasada edad y la presente,
Conversas, y el gran libro desarrollas
De los destinos del linaje humano,
Y los futuros casos de la grande
Lucha de libertad, que empieza, lees,
Y su trïunfo universal, lejano?
De mártires que dieron por la patria
La vida, el santo coro te rodea:
Régulo, Trásea, Marco Bruto, Decio,
Cuantos inmortaliza Atenas libre;
Cuantos Esparta y el romano Tibre;
Los que el Bátavo suelo y el Helvecio
Muriendo consagraron, y el Britano;
Padilla, honor del nombre castellano;
Caupolicán y Guacaipuro altivo,

Y España osado: con risueña frente
Guatimozín te muestra el lecho ardiente;
Muéstrate Gual la copa del veneno,
Y Luisa el cruento azote;
Y tú en el blanco seno
Las rojas muestras de homicidas balas,
Heroica Policarpa, le señalas;
Tú que viste espirar al caro amante
Con firme pecho, y por ajenas vidas
Diste la tuya en el albor temprano
De juventud, á un bárbaro tirano.

¡Miranda! de tu nombre se gloría
También Colombia: defensor constante
De sus derechos, de las santas leyes,
De la severa disciplina amante.
Con reverencia ofrezco á tu ceniza
Este humilde tributo, y la sagrada
Rama á tu efigie venerable ciño.
Patriota ilustre, que, proscrito, errante,
No olvidaste el cariño
Del dulce hogar que vió mecer tu cuna;
Y ora blanco á las iras de fortuna,
Ora de sus favores halagado,
La libertad americana hiciste
Tu primer voto y tu primer cuidado.
Osaste, solo, declarar la guerra
Á los tiranos de tu tierra amada,
Y desde las orillas de Inglaterra
Diste aliento al clarín, que el largo sueño
Disipó de la América, arrullada
Por la superstición. Al noble empeño

De sus patricios no faltó tu espada;
Y si, de contratiempos asaltado,
Que á humanos medios resistir no es dado,
Te fué el ceder forzoso, y en cadena
Á manos perecer de una perfidia;
Tu espíritu no ha muerto, no; resuena,
Resuena aún el eco de aquel grito
Con que á lidiar llamaste; la gran lidia
De que desarrollaste el estandarte,
Triunfa ya, y en su triunfo tienes parte.
Tu nombre, Giraldot, también la fama
Hará sonar con inmortales cantos,
Que del Santo Domingo en las orillas
Dejas de tu valor indicios tantos.
¿Por qué con fin temprano el curso alegre
Cortó de tus hazañas la fortuna?
Caiste, sí; mas vencedor caiste,
Y de la patria el pabellón triunfante
Sombra te dió al morir, enarbolado
Sobre las conquistadas baterías,
De los usurpadores sepultura.
Puerto-Cabello vió acabar tus días,
Mas tu memoria no, que eterna dura.

Ni menos estimada la de Roscio
Será en la más remota edad futura:
Sabio legislador le vió el Senado,
El pueblo, incorruptible magistrado,
Honesto ciudadano, amante esposo,
Amigo fiel, y de las prendas todas
Que honran la humanidad cabal dechado.
Entre las olas de civil borrasca

El alma supo mantener serena;
Con rostro igual vió la sonrisa aleve
De la fortuna, y arrastró cadena;
Y cuando del baldón la copa amarga
El canario soez pérfidamente
Le hizo agotar, la dignidad modesta
De la virtud no abandonó su frente.
Si de aquel ramo que Gradivo empapa
De sangre y llanto, está su sien desnuda,
¿Cuál otro honor habrá que no le cuadre?
De la naciente libertad, no sólo
Fué defensor, sino maestro y padre.

No negará su voz divina Apolo
Á tu virtud, ¡oh Piar! su voz divina,
Que la memoria de alentados hechos
Redime al tiempo, y á la parca avara.
Bien tus proezas Maturín declara,
Y Cumaná con Guiria y Barcelona,
Y del Juncal el memorable día,
Y el campo de San Félix las pregona,
Que con denuedo tanto y bizarría
Las enemigas filas disputaron,
Pues áun postradas por la muerte guardan
El orden triple en que á la lid marcharon.
¡Dichoso, si Fortuna tu carrera
Cortado hubiera allí, si tanta gloria
Algún fatal desliz no oscureciera!

¿Pero á dónde la vista se dirige
Que monumentos no halle de heroismo?
¿La retirada que Mac-Grégor rige

Diré, y aquel puñado de valientes,
Que rompe osado por el centro mismo
Del poder español, y á cada huella
Deja un trofeo? ¿Cantaré las glorias
Que Anzoátegui lidiando gana en ella,
Ó las que de Carúpano en los valles,
Ó en las campañas del Apure, han dado
Tanto lustre á su nombre, ó como experto
Caudillo ó como intrépido soldado?
¿El batallón diré que en la reñida
Función del Bomboná las bayonetas
En los pendientes precipicios clava,
Osa escalar por ellas la alta cima,
Y de la fortaleza se hace dueño
Que á las armas patricias desafiaba?
¿Diré de Vargas el combate insigne,
En que Rondón, de bocas mil que muerte
Vomitan sin cesar, el fuego arrostra,
El puente fuerza, sus guerreros guía
Sobre erizados riscos que aquel día
Oyeron de hombre la primer pisada,
Y al español sorprende, ataca, postra?
¿Ó citaré la célebre jornada
En que miró á Cedeño el anchuroso
Caura, y á sus bizarros compañeros,
Llevados los caballos de la rienda,
Fiados á la boca los aceros,
Su honda corriente atravesar á nado,
Y de las contrapuestas baterías
Hacer huir al español pasmado?

Como en aquel jardín que han adornado

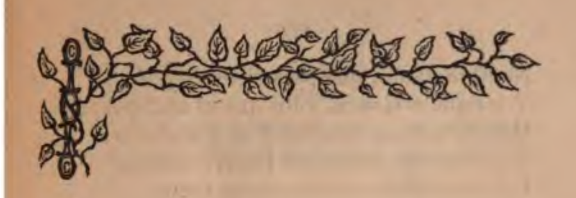
Naturaleza y arte á competencia,
Con vago revolar la abeja activa
La más sutil y delicada esencia
De las más olorosas flores liba;
La demás turba deja, aunque de galas,
Brillante, y de suave aroma llena,
Y torna, fatigadas ya las alas
De la dulce tarea, á la colmena;
Así el que osare con tan rico asunto
Medir las fuerzas, dudará qué nombre
Cante primero, qué virtud, qué hazaña;
Y á quien la lira en él y la voz pruebe,
Sólo dado será dejar vencida
De tanto empeño alguna parte breve.
¿Pues qué, si á los que vivos todavía
La patria goza, ¡y plegue á Dios que el día
En que los llore viuda, tarde sea!
No se arredrare de elevar la idea?
¿Si audaz cantare al que la helada cima
Superó de los Andes, y de Chile
Despedazó los hierros, y de Lima?

¿Ó al que de Cartagena el gran baluarte,
Hizo que de Colombia otra vez fuera?
¿Ó al que en funciones mil pavor y espanto
Puso con su marcial legión llanera,
Al español; y á Marte lo pusiera?
¿Ó al heroe ilustre que de lauro tanto
Su frente adorna, antes de tiempo cana,
Que en Cúcuta domó y en San Mateo,
Y en el Araure la soberbia hispana;
Á quien los campos que el Arauca riega

[illegible]e darán, que para siempre dure,
[illegible]ue el Cauca, y los que el ancho Apure;
Que en Gameza triunfó, y en Carabobo,
Y en Boyacá, donde un imperio entero
Fué arrebatado al despotismo ibero?
Mas no á mi débil voz la larga suma
De sus victorias numerar compete;
Á ingenio más feliz, más docta pluma
Su grata patria e[illegible]tal comete.
Pues como aque[illegible] que siglos cuenta
De las vecinas gentes venerado,
Que vió en torno á su basa corpulenta
El bosque muchas veces renovado,
Y vasto espacio cubre con la hojosa
Copa de mil inviernos victoriosa;
Así tu gloria al cielo se sublima,
Libertador del pueblo colombiano;
Digna de que la lleven dulce rima
Y culta historia al tiempo más lejano.

1823.





AL 18 DE SETIEMBRE

I.

DIEZ *y ocho de Setiembre*, hermosa fiesta
De Chile, alegre día,
Que nos viste lanzar el grave yugo
De antigua tiranía;

Cánticos te celebren de victoria,
Que blanda el aura lleve
Desde la verde playa hasta las cumbres
Coronadas de nieve.

Desde el desierto en que animal ni planta
Viven, y sólo suena
La voz del viento, que silbando empuja
Vastas olas de arena,

Hasta donde la espuma austral tachonan
    Islas mil, de la dura
Humana ley exentas, paraísos
    De virginal verdura;

El diez y ocho se cante *de Setiembre*,
    Y en la choza pajiza,
En el taller, en la estucada sala
    Que la seda tapiza:

Á su loor alborozados himnos
    Canora fama siembre,
Y bulliciosos ecos le respondan:
    Diez y ocho de Setiembre.

II.

Cual águila caudal, no bien la pluma
    Juvenil ha vestido,
Sufre impaciente la prisión estrecha
    De su materno nido,

Y dócil al instinto vagaroso
    Que á elevarse atrevida
Sobre la tierra, y á explorar los reinos
    Etéreos la convida,

Las inexpertas alas mueve inquieta,
    Y enderezada al cielo
La vista, al fin se lanza, y ya por golfos
    De luz remonta el vuelo,

Así el pecho sentiste, patria mía,
    Latir con denodados
Bríos de libertad, y te arrojaste
    Á más brillantes hados;

Así el día inmortal, de que hoy tus hijos
    Bendicen la memoria,
Intrépida te vió, sublime, altiva,
    Campos buscar de gloria.

III.

«No más,» dijiste, «un generoso pueblo
    Dormite en ocio muelle:
Ser libre jure; y con su sangre el voto,
    Si es necesario, selle.

»Bramarán los tiranos; guerra y luto
    Decretarán traeros
Y convertir en servidumbre eterna
    Los recobrados fueros.

»Pero ¿cuándo en las lides la victoria
    No ha coronado al fuerte,
Que á la ignominia de servil cadena
    Antepuso la muerte?

»Que si al tirano alguna vez sonríe
    La fortuna indecisa,

se presto en afrentoso escarnio
La halagüeña sonrisa;

»Y semejante al pueblo poderoso
Que sojuzgó la tierra,
Perdió la libertad muchas batallas,
Pero ninguna guerra.»

Dijiste, y el sagrado juramento
En simultaneo grito
Sonó, y en los chilenos corazones
Fué para siempre escrito.

IV.

¡Día feliz! Cuando asomó la aurora
Sobre la agigantada
Cabeza de los Andes, y la diuca [1]
Te cantó la alborada;

Dime, ¿qué nuevas hojas en el libro
Que de pueblos y gentes
Contiene en caracteres inefables,
Destinos diferentes;

Qué nuevas hojas desvolvió la mano
Eterna? ¿Qué guardadas

[1] *Fringilla Diuca.* Ave pequeña de color turquí, según el abate Molina: «su canto es delicioso, especialmente al amanecer, viviendo alrededor de las casas....»

Eras del porvenir chileno, abrieron
Sus páginas doradas?

¿Qué nobles hechos de alentado arrojo
Ó de valor sereno,
De patrio amor y de virtud constante
Llevabas en tu seno?

Los innatos derechos proclamados
Del hombre; la española
Corona hollada, y concedido el cetro
Á la ley santa sola;

De dos pueblos nacientes, ya en el brío
Y en la esperanza grandes,
Al choque impetüoso quebrantada
La valla de los Andes;

Los campales trofeos, que decoran
Allá el monte, acá el llano,
Y los que hendidos de chilenas quillas
Vió absorto el Oceano,

Y los que, cuando nada en Chile resta
Que no ceda y sucumba,
Dos veces vindicaron de los Incas
La profanada tumba:

Tales ejemplos de valor tu seno
Fecundo contenía,
¡Diez y ocho de Setiembre, memorable
Y bienhadado día!

Como la colosal futura palma
    Tierno germen oculta,
Que será de los campos ornamento
    Cuando descuelle adulta,

Y contrastar sabrá de procelosos
    Huracanes la guerra,
Y dará fruto sazonado, y sombra
    Tutelar á la tierra.

V.

Crece así tú ¡querida patria! crece,
    Y tu cabeza altiva
Levanta, ornada de laurel guerrero
    Y fructüosa oliva.

Y florezca á tu sombra la fe santa
    De tus padres; y eterna
La libertad prospere; y se afiance
    La dulce paz fraterna;

Y en tu salud y bienestar y gloria,
    Con la mente y la mano,
Trabajen á porfía el rico, el pobre,
    El joven, el anciano;

El que con el arado te alimenta
    Ó tus leyes explana,
Ó en el sendero de las ciencias guía
    Tu juventud lozana,

Ó con las armas en la lid sangrienta
Defiende tus hogares,
Ó al infinito Sér devoto incienso
Ofrece en tus altares.

VI.

Pero del rumbo en que te engolfas mira,
Los aleves bajíos
Que infaman los despojos miserables
¡Ay! de tantos navíos.

Aquella que de lejos verde orilla
Á la vista parece,
Es edificio aereo de celajes,
Que un soplo desvanece.

Oye el bramido de alterados vientos
Y de la mar, que un blanco
Monte levanta de rizada espuma
Sobre el oculto banco;

Y de las naves, las amigas naves,
Que soltaron á una
Contigo al viento las flamantes velas,
Contempla la fortuna.

¿Las ves, arrebatadas de las olas,
Al caso extremo y triste
Apercibirse ya?.... Tú misma, cerca
De zozobrar te viste.

II.

Á tus consejos, á tu pueblo, sabia
Moderación presida;
Y á la insidiosa [illegible] aliento
Emponzoña la [illegible]

Que de la libertad bajo el augusto
Velo esconde su fea
Lívida forma, y el puñal sangriento,
Y la prendida tea,

No confundas, incauta, con la virgen
Hermosa, pudibunda,
Á quien el iris viste, á quien la frente
Fúlgida luz circunda;

Nodriza del ingenio y de las artes,
De la justicia hermana,
Que fecunda y alegra y ennoblece
La sociedad humana.

Así florecerás, patria querida:
Tus timbres venideros
Así responderán á los ensayos
De tu virtud primeros.

Y, del héroe á quien dió del Santa undoso
La enrojecida orilla

Eterno lauro, el héroe que hoy ensalzas
      Á la suprema silla,

Pasando el grave cargo, en gloriosa
      Serie, de mano en mano,
Madre serás de gentes, que tu suelo,
      Antes fecundo en vano,

Densas habitarán, libres, felices;
      Y con más alegría
Cantarán cada nuevo aniversario
      De este solemne día.

1841.





AL MISMO ASUNTO

Celebra ¡oh patria! el venturoso día
En que tus fueros vindicar osaste,
Y el yugo que oprimía
Tu cuello, destrozaste,
Y el canto de los libres entonaste.

Á tu voz, cual incendio que violento
Cunde por vasta selva y se derrama,
Así en alas del viento
De libertad la llama
Voló del Biobío al Atacama.

Atravesó la agigantada cima
De tus montañas el alegre canto;
Corrió de clima en clima;
Y entre furor y espanto,
Rasgó Iberia indignada el regio manto.

«Volarán, dice, á la remota arena
De las playas del Sur mis campeones;
Gemirás en cadena;
Verás á mis legiones
Arbolar los castillos y leones.»

¡Vano error! Cuando el rápido torrente
Que arrastra al mar su propia pesadumbre
En busca de la fuente
Retroceda á la cumbre,
Volverá el que fué libre á servidumbre.

Cumplió la patria el generoso voto
En Maipo, en Chacabuco; por su mano
Fué el ferreo cetro roto;
Y del mar araucano
Huyó vencido el pabellón hispano.

¡Oh día de ventura! ¡Oh fausto día!
Tú de la gloria abriste la carrera.
Cantares de alegría,
Hasta la edad postrera,
Chile, te entonará la tierra entera.

¡Oh! vuelva veces mil tu luz hermosa
Á ver á Chile libre, y en su frente
La palma victoriosa
Que corona al valiente
Mires reverdecer eternamente.

Y halles siempre feliz, bajo el amparo
De la justicia y de la ley severa,
El suelo de Lautaro,
Y la discordia fiera
En sempiternos hierros prisionera.

1830.



CÁNTICOS RELIGIOSOS





MISERERE

—

PIEDAD, piedad, Dios mío!
¡Que tu misericordia me socorra!
Según la muchedumbre
De tus clemencias, mis delitos borra.

De mis iniquidades
Lávame más y más; mi depravado
Corazón quede limpio
De la horrorosa mancha del pecado.

Porque, Señor, conozco
Toda la fealdad de mi delito,
Y mi conciencia propia
Me acusa, y contra mí levanta el grito.

'equé contra ti solo;
vista obré el mal, para que brille
'u justicia, y vencido
e te juzgue, tiemble y se arrodille.

)bjeto de tus iras
Nac de iniquidades mancillado,
Y en el materno seno
Cubrio mi s ... del pecado.

En la verdad ... as,
Y para más rubo ... nta mía,
Tesoros me ... te
De oculta celestia ... uría.

Pero con el hisopo
Me rociarás, y ni una mancha leve
Tendré ya; lavarásme,
Y quedaré más blanco que la nieve.

Sonarán tus acentos
De consuelo y de paz en mis oidos,
Y celeste alegría
Conmoverá mis huesos abatidos.

Aparta, pues, aparta
Tu faz ¡oh Dios! de mi maldad horrenda,
Y en mi pecho no dejes
Rastro de culpa que tu enojo encienda.

En mis entrañas cría
Un corazón que con ardiente afecto
Te busque; un alma pura,
Enamorada de lo justo y recto.

De tu dulce presencia,
En que al lloroso pecador recibes,
No me arrojes airado,
Ni de tu santa inspiración me prives.

Restáurame en tu gracia,
Que es del alma salud, vida y contento;
Y al débil pecho infunde
De un ánimo real el noble aliento.

Haré que el hombre injusto
De su razón conozca el extravío;
Le mostraré tu senda,
Y á tu ley santa volverá el impío.

Mas líbrame de sangre,
¡Mi Dios! ¡mi Salvador! ¡inmensa fuente
De piedad! Y mi lengua
Loará tu justicia eternamente.

Desatarás mis labios,
Si tanto un pecador que llora alcanza,
Y gozosa á las gentes
Anunciará mi lengua tu alabanza.

)ue si víctimas fueran
ıs á tí, las inmolara luego;
Pero no es sacrificio
Que te deleita, el que consume el fuego.

Un corazón doliente
Es la expiación que á tu justicia agrada:
La víctima que a.. tas
Es un alma contrita y humillada.

Vuelve á Sión tu benigno
Rostro primero y tu piedad amante,
Y sus muros la humilde
Jerusalén, Señor, al fin levante.

Y de puras ofrendas
Se colmarán tus aras, y propicio
Recibirás un día
El grande inmaculado sacrificio.





Á LA VIRGEN DE LAS MERCEDES

Saludad, pobres cautivos,
Á la Virgen redentora:
Alce cánticos festivos
La devota cristiandad;
¡Oh, qué hermoso brilla el día
En que el mundo su bandera,
Que á los cielos da alegría,
Tremoló la caridad!

Oyó el cielo vuestros votos;
Cese el mísero gemido;
Vuestros hierros serán rotos;
Libertados vais á ser.
¡Virgen Madre! Tú á la vida,
Tú á la fe, que desfallece
De peligros combatida,
Te dignaste socorrer.

Llegó á ti la queja triste
Del esclavo encadenado,
Y apiadándote quisiste
Poner fin á su dolor;
Coronada de luz bella
De los cielos descendiste,
Y la noche vió la huella
Del celeste resplandor.

Abrasado en santo celo
Se desvela el gran Nolasco,
Y postrado ruega al cielo
Por la opresa humanidad,
Cuando ve tu faz serena,
Y tu dulce voz le envía
Al que yace en vil cadena
Para darle libertad.

Orden nueva, en honra tuya
Y de tu Hijo soberano,
Le has mandado que instituya,
Y le ofreces ayudar:
Orden santa que socorra
Al cautivo, y le conforte
En la lóbrega mazmorra,
Y le vuelva al patrio hogar.

Virgen Santa, tú proclamas
La embajada bienhechora:
En las almas tú derramas
De piedad heróico ardor;
Á tus hijos se encomienda

Afanar por el cautivo,
Y áun dejar la vida en prenda
Á su bárbaro señor.

Siempre pía, enjuga el llanto
Del que gime en cárcel dura;
Dale alivio en su quebranto;
Fortalece en él la fe;
Mueve el pecho compasivo
De la grey cristiana toda,
Y los medios, al cautivo,
De romper sus grillos dé.

En la Orden que fundaste,
Alimenta la encendida
Caridad con que abrasaste
De Nolasco el corazón,
Y en el lance pavoroso
De la hora postrimera,
Danos ver tu rostro hermoso,
Prenda fiel de salvación.





IMITACIONES DE VÍCTOR HUGO





MOISÉS SALVADO DE LAS AGUAS

COMPAÑERAS, al baño! alumbra el día
  La cúpula lejana;
Duerme en su choza el segador, y enfría
  Las ondas la mañana.

Menfis apenas bulle; hospedadora
  Nos da la selva abrigo,
Y tendremos, amigas, á la aurora
  Por único testigo.

De Faraón, mi padre, el jaspeado
  Palacio al mundo asombra;
Á mí del bosque el pabellón, del prado
  Me agrada más la alfombra.

¿Qué son las fuentes en que el oro brilla,
  Y el mármol de colores,
Á par del Nilo y de esta verde orilla
  Esmaltada de flores?

No es tan grato el incienso que consume
   En el altar la llama,
Como entre los aromos el perfume
   Que el céfiro derrama.

Ni en el festín real me gozo tanto,
   Como en oir la orquesta
Alada, que esparciendo dulce canto
   Anima la floresta.

¿Veis cuál se pinta en la corriente clara
   El puro azul del cielo?
El cinto desatadme, y la tiara,
   Y el importuno velo.

¿Veis en aquel remanso transparente
   Zabullirse la garza?
Las ropas deponed, y al blando ambiente
   El cabello se esparza.

¡Ea! trisquemos en el fresco baño,
   Alzando blanca espuma....
Mas ¿qué objeto descubre tan extraño
   La fugitiva bruma?

Mirad: enfrente al sicomor sombrío
   Que verdes arcos tiende,
Sobre la playa, un bulto por el río
   Lentamente desciende.

No temáis: de una palma el tronco anciano
   Que en demanda navega

De las altas Pirámides, liviano
Sobre las ondas juega.

¿Ó es de Hermes por ventura el carro leve?
¿Ó es la concha divina
De Isis, que con suave aliento mueve
La brisa matutina?

¿Qué digo? Es tierno niño, que en ligera
Barca duerme al sereno
Arrullo de las olas, cual pudiera
En el materno seno.

Arrastra el Nilo la flotante cama,
Cual nido de avecilla
Que arrebatado hubiese á la retama
De su silvestre orilla.

¡Qué de peligros corre á un tiempo mismo!
¿Cuál puerto de salud
Le aguarda? ¿Mece el proceloso abismo
Su cuna, ó su ataud?

¡Los ojos abre, hijas de Ménfis! Llora....
¿Pudo una madre ¡oh cielo!
Al agua abandonar devoradora
El hijo pequeñuelo?

Tiende los brazos ¡ay! cual si supiera
Su malhadada suerte;
Y son frágiles cañas la barrera
Que presenta á la muerte.

Es de la raza de Israel, sin duda,
Que mi padre sentencia
A proscripción.... pero ¿qué ley sañuda
Proscribe á la inocencia?

¡Pobre niño! su llanto me conduele;
Á su madre afligida
Sucederá otra madre; salvaréle;
Me deberá la vida.»

Ifisa hablaba así, joven princesa;
Y dócil al consejo
De la piedad, acometió la empresa;
Y el juvenil cortejo

Á la virgen, que presta se adelanta,
De confianza llena,
Sigue, estampando con ligera planta
La movediza arena.

Semejaba, depuesto el blanco lino,
Revolando las blondas
Madejas por el hombro alabastrino,
La hija de las ondas.

El blanco pié con círculos de plata
El espumoso río
Le ciñe, y ya á las olas arrebata
El pequeño navío.

Palpita con la carga, que suspende
Alegre y orgullosa;

Y en sus mejillas el color se enciende
De la temprana rosa.

Bullente espuma hendiendo, que se irrita
Y la presa reclama,
El peso que la agobia deposita
Sobre la verde grama.

Y del recién nacido alegremente
Cercan todas la cuna,
Y sonriendo, la asustada frente
Le besan una á una.

Mas ¡oh tú, que de léjos á tu hijo
Por la playa desierta
Seguiste desolada, el rostro fijo
En su carrera incierta!

Llega : el hinchado seno da al infante:
Tu llanto ni su risa
Revelarán en tí la madre amante,
Pues aún no es madre Ifisa.

En los brazos maternos, rocïado
Con lágrimas de duelo
Y de gozo á la par, dulce cuidado
De la tierra y del cielo,

El pequeño Moisés iba seguro:
De Faraón cruel
Hospeda el regio alcázar al futuro
Caudillo de Israel.

Y ante el trono de Dios, la faz velada
  Con las alas, el coro
Que ve á sus piés la bóveda estrellada,
  Pulsaba liras de oro.

« Alégrate, Jacob; en el asilo
  De tu destierro » (el canto
Así sonaba), « y no al impuro Nilo
  Se mezcle más tu llanto.

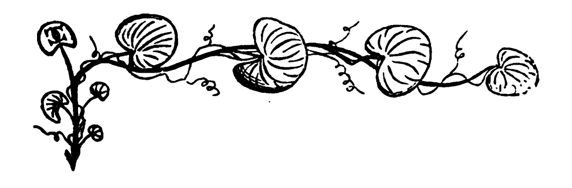
El Jordán á sus campos te convida;
  Te oyó el Señor: Egipto
Marchar verá á la tierra prometida
  Tu linaje proscripto.

Ese niño que virgen inocente
  Salvó de olas y vientos,
Es el Profeta del Horeb ardiente,
  Rey de los elementos.

Humilláos, mortales insensatos,
  Que al Eterno hacéis guerra:
He ahí el Legislador, que sus mandatos
  Promulgará á la tierra.

Cuna humilde, baldón de la fortuna,
  Juguete del profundo,
Ha salvado á Israel: humilde cuna
  Ha de salvar al mundo. »

1844.



LA ORACIÓN POR TODOS

VE á rezar, hija mía. Ya es la hora
De la conciencia y del pensar profundo.
Cesó el trabajo afanador, y al mundo
La sombra va á colgar su pabellón.
Sacude el polvo el árbol del camino
Al soplo de la noche, y en el suelto
Manto de la sutil neblina envuelto,
Se ve temblar el viejo torreón.

¡Mira! su ruedo de cambiante nácar
El Occidente más y más angosta;
Y enciende sobre el cerro de la costa
El astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena aderezado
Brilla el albergue rústico, y la tarda
Vuelta del labrador la esposa aguarda
Con su tierna familia en el umbral.

Y devora en silencio su dolor.
Á muchos compasión, á nadie envidia
La ví tener en mi fortuna escasa;
Como sobre el cristal la sombra, pasa
Sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos.... ni lo sean
Á tí jamás.... los frívolos azares
De la vana fortuna, los pesares
Ceñudos que anticipan la vejez;
De oculto oprobio el torcedor, la espina
Que punza á la conciencia delincuente,
La honda fiebre del alma, que la frente
Tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco,
Conozco el mundo y sé su alevosía;
Y tal vez de mi boca oirás un día
Lo que valen las dichas que nos da.
Y sabrás lo que guarda á los que rifan
Riquezas y poder, la urna aleatoria,
Y que tal vez la senda que á la gloria
Guiar parece, á la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,
Y cada instante alguna culpa nueva
Arrastra en la corriente que la lleva
Con rápido descenso al ataud.
La tentación seduce; el juicio engaña:
En los zarzales del camino deja
Alguna cosa cada cual: la oveja
Su blanca lana, el hombre su virtud.

Ve, hija mía, á rezar por mí, y al cielo
Pocas palabras dirigir te baste:
«Piedad, Señor, al hombre que criaste;
Eres grandeza; eres Bondad. ¡Perdón!»
Y Dios te oirá; que cual del ara santa
Sube el humo á la cúpula eminente,
Sube del pecho cándido, inocente,
Al trono del Eterno la oración.

Todo tiende á su fin; á la luz pura
Del sol, la planta; el cervatillo atado,
Á la libre montaña; el desterrado,
Al caro suelo que le vió nacer;
Y la abejilla en el frondoso valle,
De los nuevos tomillos al aroma;
Y la oración en alas de paloma
Á la morada del Supremo Sér.

Cuando por mí se eleva á Dios tu ruego,
Soy como el fatigado peregrino,
Que su carga á la orilla del camino
Deposita y se sienta á respirar.
Porque de tu plegaria el dulce canto
Alivia el peso á mi existencia amarga,
Y quita de mis hombros esta carga
Que me agobia, de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea
En esta noche de pavor, el vuelo
De un ángel compasivo, que del cielo
Traiga á mis ojos la perdida luz.
Y pura, finalmente, como el mármol

Que se lava en el templo cada día,
Arda en sagrado fuego el alma mía,
Como arde el incensario ante la Cruz.

III.

Ruega, hija, por tus hermanos,
Los que contigo crecieron,
Y un mismo seno exprimieron,
Y un mismo techo abrigó.
Ni por los que te amen sólo
El favor del cielo implores;
Por justos y pecadores
Cristo en la cruz espiró.

Ruega por el orgulloso
Que ufano se pavonea,
Y en su dorada librea
Funda insensata altivez;
Y por el mendigo humilde
Que sufre el ceño mezquino
De los que beben el vino,
Porque le dejen la hez:

Por el que de torpes vicios
Sumido en profundo cieno,
Hace aullar el canto obsceno

De nocturna bacanal;
Y por la velada virgen
Que en su solitario lecho,
Con la mano hiriendo el pecho,
Reza el himno sepulcral;

Por el hombre sin entrañas,
En cuyo pecho no vibra
Una simpática fibra
Al pesar y á la aflicción;
Que no da sustento al hambre;
Ni á la desnudez vestido,
Ni da la mano al caído,
Ni da á la injuria perdón;

Por el que en mirar se goza
Su puñal de sangre rojo
Buscando el rico despojo,
Ó la venganza cruel;
Y por el que en vil libelo
Destroza una fama pura,
Y en la aleve mordedura
Escupe asquerosa hiel:

Por el que surca animoso
La mar, de peligros llena;
Por el que arrastra cadena,
Y por su duro señor;
Por la razón que leyendo
En el gran libro, vigila;
Por la que vacila,
Por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos
Los que penan y trabajan;
Y de todos los que viajan
Por esta vida mortal.
Acuérdate aún del malvado
Que á Dios blasfemando irrita:
La oración es infinita,
Nada agota su caudal.

IV.

Hija, reza también por los que cubre
La soporosa piedra de la tumba,
Profunda sima adonde se derrumba
La turba de los hombres mil á mil:
Abismo en que se mezcla polvo á polvo,
Y pueblo á pueblo; cual se ve á la hoja
De que al añoso bosque Abril despoja,
Mezclar las suyas uno y otro Abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra
Donde segada en flor yace mi Lola,
Coronada de angélica aureola,
Do helado duerme cuanto fué mortal;
Donde cautivas almas piden preces
Que las restauren á su ser primero,
Y purguen las reliquias del grosero
Vaso, que las contuvo, terrenal.

Hija, cuando tú duermes, te sonríes,
Y cien apariciones peregrinas
Sacuden retozando tus cortinas;
Travieso enjambre, alegre, volador;
Y otra vez á la luz abres los ojos,
Al mismo tiempo que la aurora hermosa
Abre también sus párpados de rosa,
Y da á la tierra el deseado albor.

¡Pero esas pobres almas!.... ¡Si supieras
Qué sueño duermen!.... Su almohada es fría,
Duro su lecho: angélica armonía
No regocija nunca su prisión.
No es reposo el sudor que las abruma;
Para su noche no hay albor temprano;
Y la conciencia, velador gusano,
Les roe inexorable el corazón.

Una plegaria, un solo acento tuyo,
Hará que gocen pasajero alivio,
Y que de luz celeste un rayo tibio
Logre á su oscura estancia penetrar;
Que el atormentador remordimiento
Una tregua á sus víctimas conceda,
Y del aire, y el agua, y la arboleda,
Oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo, con pavor secreto
La sombra ves que de los cielos baja,
La nieve que las cúmbres amortaja,
Y del ocaso el tinte carmesí;
En las quejas del aura y de la fuente,

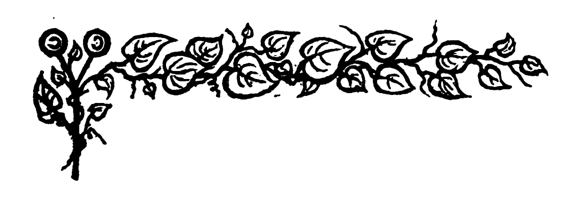
¿No te parece que una voz retiña,
Una doliente voz que dice: « *Niña*,
Cuando tú reces, ¿rezarás por mí? »

Es la voz de las almas. Á los muertos
Que oraciones alcanzan, no escarnece
El rebelado arcángel, y florece
Sobre su tumba perennal tapiz.
Mas ¡ay! á los que yacen olvidados
Cubre perpetuo horror, hierbas extrañas
Ciegan su sepultura: á sus entrañas
Árbol funesto enreda la raíz.

Y yo también (no dista mucho el día)
Huésped seré de la morada oscura,
Y el ruego invocaré de un alma pura,
Que á mi largo penar consuelo dé.
Y dulce entonces me será que vengas,
Y para mí la eterna paz implores,
Y en la desnuda losa esparzas flores,
Simple tributo de amorosa fe.

¿Perdonarás á mi enemiga estrella,
Si disipadas fueron una á una
Las que mecieron tu mullida cuna
Esperanzas de alegre porvenir?
Sí, le perdonarás; y mi memoria
Te arrancará una lágrima, un suspiro
Que llegue hasta mi lóbrego retiro
Y haga mi helado polvo rebullir.

1843.



Á OLIMPIO

I.

RECUERDAS, Olimpio, aquella
Única amistad constante,
Que no copió en su semblante
Las mudanzas de tu estrella?

¿Aquel amigo, consuelo
Que en la miseria ha dejado
Á tu corazón llagado
Por último bien el cielo?

Testigo de los azares
De la encarnizada lidia
En que te postró la envidia,
Que hoy te abruma de pesares;

Así te dijo;—y en tanto,
Una luz serena y clara
Desarrugaba tu cara,
Mojando la suya el llanto:

II.

«¿Eres tú aquel cuya gloria
Ensalzaron nobles plumas
Y miraban de reojo
Mil envidias taciturnas?

»Acatábante en silencio
Las gentes: la infancia ruda
Á escucharte se paraba,
Como la vejez caduca.

»Eras meteoro ardiente
Que en una noche profunda
Se lleva tras sí los ojos
Cuando por el cielo cruza.

»Y ahora, arrancada palma,
Doblas tu cabeza mustia:
No te da apoyo la tierra,
No das al aire verdura.

»¡Cuántas frentes á la sombra
Acostumbraba la tuya!
Y ahora, ¡qué de sonrisas
Irónicas te saludan!

»Ajado está el bello lustre
De tu blanca vestidura;
Los que galán te adoraron,
Andrajoso te hacen burla.

»La detracción en tu vida
Clavó sus garras impuras;
Es texto á malignas glosas
Tu reputación difunta;

»Y como helado cadáver,
Desfigurada, insepulta,
Sabandijas asquerosas
Por todas partes la surcan.

»Revelada por la llama
Que á tu memoria circunda,
Tu existencia es un terrero
Que cuantos pasan insultan:

»Y cien silbadoras flechas
Vienen á herirla una á una,
Que en tu corazón inerme
Hondas encarnan la punta.

»Y con festivos aplausos
Cuenta el vulgo las agudas
Heridas, y los dolores,
Y las ansias moribundas,

»Como suelen bandoleros,
Al ver la presa segura,
Contar monedas y joyas
Que reciente [illegible] enturbia.

»El alma, que de lo recto
Era un tiempo norma augusta,
Es ya como la taberna
Que por la noche relumbra;

»Á cuya reja se apiñan
Curiosos, por si se escucha
El canto de locas orgías
Ó de las riñas la bulla.

»Cortaron tus esperanzas,
Flor de que nadie se cura,
Manos crueles, y al suelo
Las dan en trizas menudas.

»Nadie te llora; tu suerte
Ningún corazón enluta;
Tu nombre es un epitafio
De desmoronada tumba.

»Y el que con dolor fingido
Alguna vez lo pronuncia,
Es como el que muestra escombros
De arruinada arquitectura,

»Que un tiempo adornaron jaspes
Y sustentaron columnas,
Y ya malezas la cubren,
Y vientos y aguas la injurian.

III.

»Mas ¿qué digo? En la miseria
Más elevado y sublime
Te muestras á quien la altura
De tus pensamientos mide.

»Tu existencia, combatiendo
Á los contrapuestos diques,
Suena como el oceano
Que asalta los arrecifes.

»Los que observaron de cerca
La lucha, vuelven y dicen
Que inclinándose á la margen
Vieron tremenda Caribdis;

»Mas puede ser que la vista,
Calando ese abismo horrible,
La perla de la inocencia
En lo más hondo divise.

»Turba los ojos la niebla
De que pareces vestirte;
Mas sobre ella un claro cielo
Serenas lumbres despide.

»¿Qué importa, al cabo, que el mundo
Contra tu entereza lidie,
Alzando nubes de polvo
Que cualquier soplo dirige?

»Para juzgar, ¿qué derecho
Qué título nos asiste?
¿Qué objeto no es un enigma
Para los ojos más linces?

»¿La certidumbre?.... ¡Insensatos,
Que imagináis tierra firme
La que celajes vistosos
En vuestro discurso fingen!

»Así puede asirla el juicio
Del hombre, como es posible
Á la mano asir el agua
Sin que presta se deslice.

a apenas, y al instante
y al pecho que gime,
diente labio, nada
ue la sed mitigue.

Es día? ¿Es noche? Los ojos
a absoluto distinguen:
a raiz lleva frutos,
odo fruto raíces.

» Apariencias nos fascinan,
a sombras densas contristen
a vista, ó ya luminosos
Colores la regocijen.

» Un objeto mismo á visos
Diferentes llora y ríe:
Por un lado, terso lustre;
Por el otro, oscuro tizne.

» La nube en que el marinero
Ve rota nave irse á pique,
Para el colono es un campo
Que doradas mieses rinde.

» ¿Quién habrá que los misterios
Del pecho humano escudriñe?
¿Quién que las trasformaciones
Varias de un alma adivine?

»Larva informe surca el lodo;
Y tal vez mañana, libre
Mariposa, alas de seda
Despliegue y aromas libe.

IV.

»Pero tú penas; ¿y cómo
Pudo ser que no penaras,
¡Oh víctima sin ventura
De persecución villana!

»¿Tú, á quien la calumnia muerde
Lo más sensible del alma?
¿Tú, en quien el sarcasmo agota
Sus flechas enherboladas?

»Herido león, huíste
Á la selva solitaria;
Y allí memorias acerbas
Te hacen más honda la llaga.

»Á ellas entregado vives;
¡Y ¡ay! cuántas veces te halla
La noche en la actitud misma
En que te halló la mañana!

»¡Dichoso, cuando á la sombra
En que tu pecho descansa
(La sombra, de los que piensan
Favorecida morada),

»Desde el alba hasta el ocaso,
Desde el ocaso hasta el alba,
Contemplando las facciones
Del valle y de la montaña;

»Atento al tapiz musgoso
Que las rocas engalana,
Al sosiego de los campos,
Ó al tumulto de las aguas;

»Á la lozana verdura
De hierbas jamás holladas,
Ó á la nieve que los montes
Empinados amortaja;

»Á la bostezante gruta
De tenebrosa garganta,
Y de verde cabellera,
Con florecida guirnalda;

»Ó á la mar, do las antorchas
Del mundo su curso acaban,
Que como un pecho viviente
Respirando sube y baja;

»Ó siguiendo con los ojos
Desde la arenosa playa,
Al ligero esquife, alegre
Depósito de esperanzas,

»Que las velas tiende, y huye,
Huye, y rompe la delgada
Hebra que ata el duro pecho
Del marinero á la patria;

»Sobre el risco, donde tantos
Dispersos rumores vagan;
Bajo la espesura umbrosa,
Donde ni el silencio calla:

»Á los ecos das un eco;
Á las confusas palabras
De místicas armonías
Vibra tu mente inspirada;

»Y concurres al inmenso
Coro que todo lo abraza,
Lo que remontado vuela,
Y lo que humilde se arrastra;

»Coro de infinitas voces
Que suspende y arrebata,
Y en que la naturaleza
Á todos los seres habla.

V.

»Consuélate, que algún día,
Y no distante quizás,
El imperio de las almas
Á la tuya volverá;

»Y ha de verse, ante los ojos
Más obcecados, brillar
Con nueva luz, de tu frente
La nativa majestad:

»Como joyel, á que el polvo
Deslustró la tersa faz,
Nuevamente acicalado
Para fiesta nupcïal.

»En vano tus enemigos
De la sátira mordaz
Contra tu pecho inocente
Aguzaron el puñal;

»Y divulgaron secretos
Fiados á la amistad,
Como quien derrama el agua
Sobre el camino real.

»En vano, en vano su furia
Humillada lanzarán
Contra tu nombre, á manera
De enhambrecido chacal.

»Que para saciar la rabia
De su apetito voraz,
Desgarra la última carne
Del hueso roído ya.

»Esos hombres que te ponen
Piedras en que tropezar
Y de asechanzas te cercan,
No, no prevalecerán.

»Pasarán, como vislumbres
Entre espeso matorral,
Que á merced del viento corren
Y no dejan huella atrás.

»Te detestarán, sin duda,
Con el rencor infernal
Que alimenta contra el cielo
El pecho de Satanás;

»Pero las voces de muerte,
Que como ardiente raudal
Salen de su boca impía,
Leve soplo extinguirá.

»Mira entre tanto con ojos
De generosa piedad
Á los que de un bajo instinto
Arrastra el poder fatal;

»Á los que en densa ignorancia
Sumidos, no ven rayar
Celeste albor, que ilumine
Su mísera ceguedad;

»Que llaman luz á la sombra;
Y bonanza al huracán,
Y andan á tientas, sin rumbo,
Sin ley, sin fe, sin altar;

»Al soberbio que levanta
Contra el débil el procaz
Estrépito del torrente,
Demolido el valladar;

»Á la mujer seductora,
Desamorada beldad,
Á quien la ronrisa, estudio,
Á quien es arte el mirar,

»Y en cuyo ropaje, suelto
Á los vientos, redes hay,
Redes, que prenden las almas
En dura cautividad.

» ambicioso que trepa
Sobr el ambicioso, á par
De la hiedra, que á sí misma
Entretejiéndose va;

» Á la turba lisonjera
Que rinde á cada deidad
Efímera, el torpe incienso
De su adoración venal;

» Y á declamadores vanos,
Que hacen ruído y no más,
Oráculos que atestiguan
La insensatez general.

» ¿Qué son contigo esos hombres
De un día, enjambre fugaz
De insectos que vió la aurora,
Y la tarde no verá?

» Ellos son viles, tú grande:
Es el interés su imán,
La gloria el tuyo: la guerra
Apetecen, tú la paz.

» Nada hay común á la suya
Y á tu carrera inmortal;
Ni se puede su alegría
Á tu dolor igualar.

» Que es sublime y grandïoso
Espectáculo el que da
La mano dispensadora
Que reparte el bien y el mal.

» Y alejando al genio el cebo
De lo vano y lo falaz,
Lo labra con el arado
Que se llama adversidad. »

VI.

¡Olimpio! un amigo fiel
Entonces te hablaba así,
Queriendo apartar de ti
La henchida copa de hiel.

Solo entre la turba larga
Que antes te halagó perjura,
Quiso de la desventura
Aligerarte la carga.

Y tú, si en tono más grave,
No de metal diferente,
Como el gran río á la fuente,
Como al esquife la nave,

Le hablaste;—y cruzó veloz
Una sombra tu semblante;
Y un tierno afecto un instante
Hizo vacilar tu voz.

VII.

«¡No me consueles, ni te aflijas! vivo
Pacífico y sereno,
Que sólo miro al mundo de las almas,
No á ese mundo terreno.

»Ni es tan perverso el hombre; la fortuna,
Liberal ó mezquina,
Tiñe en puro licor ó en turbias heces
La copa cristalina.

»Del estrecho teatro, que aprisiona
Tu pensamiento, el mío
Oye á lo lejos el rumor, y vuela
Á su libre albedrío.

»Si murmura la fuente, ó solitaria
Bulle una verde orilla,
Ó viene á mis oidos el arrullo
De amante tortolilla;

»Ó el esquilón de las exequias llora
En la torre sublime,
Ó de los sauces la colgante rama
Sobre las cruces gime;

»Paréceme que huello excelsa cumbre,
Á do conduce el viento,
De cuanto ser criado habita el orbe,
Una voz de lamento.

»Allí la pequeñez á la grandeza,
El barro al oro igualo;
Y exploro los arcanos del abismo,
Y el firmamento escalo.

»Cuando el humo lejano se levanta
De humilde choza, pienso
Que en el ara se exhala, do se quema
Á Dios devoto incienso;

»Y de dispersas luces por la noche
Sembrada la llanura,
El infinito espacio tachonado
De soles me figura.

»Contemplo allí de lejos cuanto puebla
La tierra, el mar profundo,
Y miro al hombre, misterioso mago,
Atravesar el mundo.

»Y como suele el pájaro á su pluma,
Me entrego al pensamiento;
Y entiendo qué es la vida, y lo que dice
Aquel doliente acento.

»¿Y quieres que murmure de mi suerte?
¿Cuál es el hombre, dime,
Á quien, parcial el cielo, de la carga
Universal exime?

»Yo, que lóbrega noche vivo ahora,
En mi denso horizonte
Conservo, cual rosada luz, que deja
La tarde en alto monte,

»La llama del honor, divina lumbre,
Que en apacible calma,
Todavía ilumina lo más alto,
Lo más puro del alma.

»Sin duda un tiempo—¿qué razón temprana
De este modo no yerra?—
Sueños dorados ví, cuales el hombre
Suele ver en la tierra.

»Ví alzarse mi existencia coronada
De visiones hermosas;
¡Mas qué! ¿debí juzgar que fuese eterna
La vida de las rosas?

»Las ilusiones que tocar pensaban
  Mis infantiles manos,
Disipó la razón, como disipa
  La aurora espectros vanos,

»Y digo ya á la dicha lo que dice
  Navegante que deja
El suelo patrio, á la querida orilla
  Que más y más se aleja.

»Señala Dios á todo ser que nace
  Su herencia de dolores,
Como, á la aurora, un amo á sus obreros
  Reparte las labores.

»¡Ánimo, pues! ¿Qué importa á un alma grande,
  Destello peregrino
De antorcha celestial, eso que el hombre
  Suele llamar destino?

»Ni elación en la frente generosa,
  Ni aparezca desmayo,
Ora brille á los ojos la serena
  Luz del día, ora el rayo.

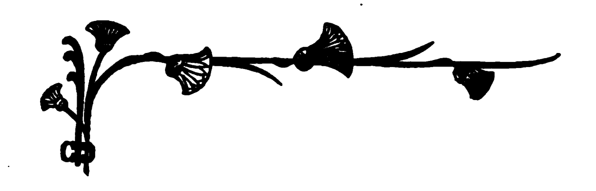
»Brame allá abajo la preñada nube
  Que tempestades mueve,
Y su tranquilidad conserve el alma,
  Cual la cumbre su nieve.

»Forceja en vano el rebelado orgullo
Contra la ley severa
(Necesidad ó expïación se llame)
Que al universo impera;

»Rueda fatal, que á todo lo criado
En movimiento eterno
Girando abruma, y de una mano sola
Reconoce el gobierno.»

1842.





LAS FANTASMAS

I.

Ah, qué de marchitas rosas
En su primera mañana!
¡Ah, qué de niñas donosas
Muertas en edad temprana!
Mezclados lleva el carro de la muerte
Al viejo, al niño, al delicado, al fuerte.

Forzoso es que el prado en flor
Rinda su alegre esperanza
Á la hoz del segador:
Es forzoso que la danza
En el gozo fugaz de los festines
Huelle los azahares y jazmines.

Que huyendo de valle en valle
Sus ondas la fuente apure;
Y que el relámpago estalle
Y un solo momento dure;
Y el vendabal que perdonó á la zarza
La fresca pompa del almendro esparza.

El giro fatal no cesa:
La aurora anuncia el ocaso:
En torno á espléndida mesa,
Jovial turba empina el vaso:
Unos apenas gustan, y ya salen;
Pocos hay que en el postre se regalen.

II.

¡Murieron, murieron mil!
La rosada, y la morena;
La de la forma gentil;
La de la voz de sirena;
La que ufana brilló; la que otro ornato
No usó jamás que el virginal recato.

Una, apoyada la frente
En la macilenta palma,
Mira al suelo tristemente;

Y al fin rompe al cuerpo el alma
Como el jilguero, cuando oyó el reclamo,
Quiebra, al tomar el vuelo, un débil ramo.

Otra en un nombre querido
Con loca fiebre delira;
Otra acaba, cual gemido,
Lánguido de eolia lira,
Que el viento pulsa; ó plácida fallece,
Cual sonriendo un niño se adormece.

¡Todas nacidas apenas,
Y ya cadáveres fríos!....
Palomas, de mimos llenas,
Y de hechiceros desvíos:
Primavera del mundo, apetecida
Gala de amor, encanto de la vida.

¿Y nada dejó la huesa?
¿Ni una voz? ¿ni una mirada?
¿Tanta llama, hecha pavesa?
¿Y tanta flor, deshojada?
¡Adiós! huyamos á la amiga sombra
De anciano bosque; pisaré la alfombra

De secas hojas, que crujan
Bajo mi pié vagaroso....
Fantasmas se me dibujan
Entre el ramaje frondoso;
Á incierta luz siguiendo voy su huella,
Y de sus ojos la vivaz centella.

¿He sido ya polvo yerto,
Y mi sombra despertó?
¿Como ellas estoy yo muerto?
¿Ó ellas vivas como yo?
Yo la mano les doy entre las ralas
Calles del bosque, ellas á mí sus alas.

Y á su forma vaga, etérea,
Mi pensamiento se amolda....
Á do, meciendo funérea
Colgadura el sauce entolda
Un blanco mármol, de tropel se lanzan;
Y en baja voz me dicen, ¡ven!.... y danzan

Vanse luego paso á paso
Por la selva, y de repente
Desparecen.... Yo repaso
La visión acá en mi mente,
Y lo que entre los hombres ver solía,
Reproduce otra vez la fantasía.

III.

¡Una entre todas!.... tan clara
La bella efigie, el semblante
Me recuerdo, que jurara

Estarla viendo delante;
Crespas madejas de oro su cabello;
Rosada faz, alabastrino cuello;

Albo seno, que palpita
Con inocentes suspiros;
Ojos que el júbilo agita,
Azules como zafiros,
Y la celeste diáfana aureola
Que en sus quince á las niñas arrebola.

Nunca en su pecho el ardor
De un liviano afecto cupo:
No supo jamás de amor,
Aunque inspirarlo sí supo.
Y si cuantos la ven la llaman bella,
Nadie al oído se lo dice á ella.

El baile fué su pasión,
Y costóle caro asaz:
Deslumbradora ilusión,
Que pasatiempo y solaz
Á todo pecho juvenil ofrece;
Pero el de Lola embriaga y enloquece.

Todavía, cuando pasa
Sobre su sepulcro alguna
Nube de cándida gasa,
Que hace fiestas á la luna,
Ó el mirto que lo cubre el viento mece,
Rebulle su ceniza y se estremece.

La circular se le envía,
Que para el baile la empeña;
Y si piensa en él de día,
En él á la noche sueña;
Vuélanle en derredor regocijadas
Visiones de danzantes, silfos y hadas;

Y la cercan plumas, blondas,
Canastillas y bandejas,
Mué de caprichosas ondas,
Crespón, de que las abejas
Pudieran hacerse alas; cintas, flores,
Tocas de formas mil, de mil colores.

IV.

Ya llega.... los elegantes
le hacen rueda: luce el rico
bordado; en los albos guantes
Se abre y cierra el abanico.
Ya da principio la anhelada fiesta;
Y sus cien voces desplegó la orquesta.

¡Qué ágil salta ó se desliza!
¡Qué movimiento agraciado!
Sus ojos, bajo la riza



Crencha del pelo dorado,
Brillan, como dos astros en la ceja
De luz, que el sol en el ocaso deja.

Todo en ella es'travesura,
Juego, donaire, alegría,
Inocencia.... En una oscura,
Solitaria galería,
Yo, que los grupos móviles miraba,
Á Lola pensativo contemplaba....

Pensativo.... caviloso....
Y triste no sé si diga:
En el baile bullicioso
El loco placer hostiga:
Enturbia el tedio la delicia, y rueda
Impuro polvo en túnicas de seda.

Lola en la festiva tropa
Va, viene; revuelve, gira:
¡Valsa! ¡cuadrilla! ¡galopa!
No descansa, no respira;
Seguir no es dado el fugitivo vuelo
Del lindo pié, que apenas toca el suelo.

Flautas, violines, violones,
Alegre canto, reflejos
De arañas y de blandones,
De lámparas y de espejos,
Flores, perfumes, joyas, tules, rasos,
Grato rumor de voces y de pasos:

Todo la exalta; la sala
Multiplica los sentidos;
No sabe el pié si resbala
Sobre cristales pulidos,
Ó sobre nube rápida se empine,
Ó en agitadas olas remoline.

V.

¡De día ya!.... ¡Cuánto tarda
La hora que al placer da fin!
Lola en el umbral aguarda
Por la capa de satín;
Y bajo la delgada mantellina,
Cuela alevosa el aura matutina.

¡Ah! ¡qué triste tornaboda!
Risas, placeres, ¡adiós!
¡Adiós, arreos de moda!
Al canto sigue la tos;
Al baile, ardor febril que la desvela,
Dolor que punza, y respirar que anhela.

Y á la fresca tez rosada
La cárdena sigue luego,
Y la pupila empañada



Á la pupila de fuego;
Murió.... ¡la alegre! ¡la gentil! ¡la pura!
¡La amada!.... el baile abrió su sepultura.

¡Murió!.... la muerte la arranca
Del abrazo maternal—
Último abrazo—y la blanca
Vestidura funeral
Le pone, en vez del traje de la fiesta,
Y es en un ataud donde la acuesta.

Un vaso de flores lleno
Guarda la escogida flor,
Que prendida llevó al seno,
Y aún conserva su color:
Cogióla en el jardín su mano hermosa,
Y se marchitará sobre su losa.

¡Pobre madre! ¡qué distante
De adivinar su fortuna,
Cuando la arrullaba infante,
Cuando la meció en la cuna,
Y con solicitud, con ansia tanta,
Miró crecer aquella tierna planta!

¿Para qué?.... Su amor, su Lola,
Cebo del gusano inmundo,
Amarilla, muda, sola,
En un retrete profundo
Duerme; y si en clara noche del invierno
Interrumpe la luna el sueño eterno,

Y á solemnizar la queda
Los difuntos se levantan,
Y en la apartada arboleda
Fúnebres endechas cantan;
En vez de madre, un descarnado y triste
Espectro al tocador de Lola asiste.

«Hora es,» dice: date prisa,
Y abriendo los pavorosos
Labios con yerta sonrisa,
Pasa los dedos nudosos
De la descomunal mano de hielo
Sobre las ondas del dorado pelo.

Y luego la besa ufano,
Y de mustia adormidera
La enguirnalda, y de la mano
La conduce á do la espera
Saltando entre las tumbas coro aerio,
Á la pálida luz del cementerio.

Y tras un alto laurel
La luna su faz recata,
Sirviéndole de dosel
Nubes con franjas de plata,
Que el iris de la noche en torno ciñe,
Y de colores opalinos tiñe.

VI.

¡Niñas! no el placer os tiente
Que víctima tanta inmola:
Mas tened, tened presente
Á la malograda Lola;
La compañera hermosa, amable, honesta,
Arrebatada al mundo en una fiesta.

Cercada estaba de amores,
Gracia, beldad, lozanía,
Y de todas estas flores
Una guirnalda tejía;
Y cuando en matizarla se divierte,
A esta dulce labor da fin la Muerte.

1842.





LOS DUENDES [1]

I.

No bulle
La selva:
El campo
No alienta.
Las luces
Postreras,
Despiden
Apenas
Destellos,
Que tiemblan.
La choza
Plebeya,
Que horcones
Sustentan;

[1] La idea general, algunos pensamientos, y el progresivo ascenso y descenso del metro, es todo lo que se ha tomado del original. La composición francesa se titula *Les Djinns*. *(El A.)*

La alcoba,
Que arrean
Cristales
Y sedas;
Al sueño
Se entregan.
Ya es todo
Tinieblas.
¡Oh noche
Serena!
¡Oh vida
Suspensa!
La muerte
Remedas.

II.

¿Qué ruído
Sordo nace?
Los cipreses
Colosales
Cabecean
En el valle,
Y en menuda
Nieve caen
Deshojados
Azahares.
¿Es el soplo

De los Andes,
Atizando
Los volcanes?
¿Es la tierra
Que en sus bases
De granito
Da balances?
No es la tierra;
No es el aire;
Son los duendes
Que ya salen.

III.

Por allá vienen;
¡Qué batahola!
Ora se apiñan
En densa tropa
Que hiende rápida
La parda atmósfera;
Y ora se esparcen,
Como las hojas
Ante la ráfaga
Devastadora.
Si chillan estos,
Aquellos roznan;
Si trotan unos,
Otros galopan.

De la cascada
Sobre las ondas,
Cuál se columpia,
Cuál cabriola.
Y un duende enano
De copa en copa,
Va dando brincos,
Y no las dobla.

IV.

¿Fantasmas acaso
La vista figura?
Como hinchadas olas
Que en roca desnuda
Se estrellan sonantes,
Y luego reculan
Con ronco murmullo,
Y otra vez insultan
Al risco, lanzando
Bramadora espuma;
Así van y vienen,
Y silban y zumban,
Y gritan que aturden.
El cielo se nubla;
El aire se llena
De sombras que asustan;
El viento retiñe;
Los montes retumban.

V.

Á casa me recojo;
Echemos el cerrojo.
¡Qué triste y amarilla
Arde mi lamparilla!
¡Oh Virgen del Carmelo!
Aleja, aleja el vuelo
De estos desoladores
Ángeles enemigos.
Que no talen mis flores,
Ni atizonen mis trigos.
Ahuyenta, Madre, ahuyenta
La chusma turbulenta;
Y te pondré en la falda
Olorosa guirnalda
De rosa, nardo y lirio,
Y haré que tu sagrario
Alumbre un blanco cirio
Por todo un octavario.

VI.

¡Cielos! ¡lo que cruje el techo!
¡Y lo que silba la puerta!
Es un turbïón deshecho!
De lejos oigo estallar

Los árboles de la huerta,
Como el pino en el hogar.
Si dura más el tropel,
No amanecerá mañana
Un cristal en la ventana
Ni una hoja en el verjel.

VII.

San Antón, no soy tu devoto,
Si no le pones luego coto
Á este diabólico alboroto.
¡Motín semeja, ó terremoto,
Ó hinchado torrente que ha roto
Los diques, y todo lo inunda!
¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué barahunda!
¿Qué significa, raza inmunda,
Esa aldabada furibunda?
El rayo del cielo os confunda,
Y otra vez os pele y os tunda,
Y en la caverna más profunda
Del inflamado abismo os hunda.

VIII.

¡Ni por esas! Parece que arroja
El infierno otro denso nublado,
Ó que el diablo al oirme se enoja,

Y empujando el ejército alado
El asalto acrecienta y aviva.
El tejado va á ser una criba:
Cada envión que recibe mi choza,
Yo no sé cómo no la destroza;
Á tamaña batalla no es mucho
Que retiemble y que toda se cimbre,
Cual si fuese de lienzo ó de mimbre....
¿Es el miedo? ¿Ó quién anda en la sala?....
Vade retro, perverso avechucho....
¡Ay! matóme la luz con el ala....

IX.

¡Funesta sombra! ¡Tenebroso espanto!....
Amedrentado el corazón palpita....
Y la legión de Lucifer en tanto,
Reforzando la trápala y la bulla,
Á un tiempo brama, gruñe, llora, grita,
Bufa, relincha, ronca, ladra, aulla;
Y asorda estrepitosa los oidos
Mezclando carcajadas y alaridos,
Voz de ira, voz de horror, y voz de duelo.
¡Qué fiero son de trompas y cornetas!
¡Qué arrastrar de cadenas por el suelo!
¡Qué destemplado chirrio de carretas!....
¡Ya escampa! Hasta la tierra se estremece,
Y según es el huracán, parece
Que á la casa y á mí, nos lleva al vuelo....
¡Perdido soy!.... ¡misericordia, cielo!

X.

¡Ah! Por fin en la iglesia vecina
Á sonar comenzó la campana....
Al furor, á la loca jarana,
Turbación sucedi[illegible]tina.
El tañido de aq[illegible]ampana
Á la hueste infer[illegible]hina,
Sobrecoge, atolondra, amilana,
Como en pecho abrumado de pena
Una luz de esperanza divina;
Como el sol en la densa neblina,
De los montes rizada [illegible]lena;
El tañido de aquella campana,
Que tan alto y sonoro domina,
Y se pierde en la selva lejana,
El tumulto en el aire serena.

XI.

¡Partieron! la sonante nota
Á la hueste infernal derrota.
Uno á otro apresura, excita,
Estrecha, empuja, precipita.
Huyó la fementida tropa:
No trota ya, sino galopa,
No galopa ya, sino vuela.
Por donde pasa la bandada,

Una sombra más atezada
Los montes y los valles vela,
Y el luto de la noche enluta.
Como de leña mal enjuta,
Que en el hogar chisporrotea,
De mil pupilas culebrea
Rojiza luz intermitente,
Que va señalando la ruta
De Satanás y de su gente.

XII.

Cesó, cesó la zozobra.
Á escape va la pandilla:
Y la tierra se recobra
De la grave pesadilla
De esta visita importuna;
Y la perezosa luna
Sale al fin, y el campo alegra.
Allá va la sombra negra;
Distante suena la grita
De la canalla maldita;
Como cuando ciñe un monte
De nubes el horizonte,
Y desde su oscuro seno
Rezonga lejano trueno:
Como cuando primavera
Tus nieves ha derretido
Gigantesca cordillera,
Y á lo lejos se oye el ruído

De impetuosa corriente
Que arrastra una selva entera,
Cubre el llano y corta el puente.

XIII.

Mas á ti, ¿qué fortuna,
Huerta mía, te cabe?
¿Respiras ya del grave
Afán? ¿Injuria alguna
Sufriste?.... ¡Cuánta asoma,
Entreabierta á la luna,
Nueva flor! ¡Cuánto aroma
De rosas y alelíes
El ambiente embalsama!
No hay una mustia rama;
No hay un doblado arbusto.
Parece que te ríes
De tu pasado susto.

XIV.

Sobre aquellos boldos
Que á un pelado risco
Guarnecen la falda
Al amortecido
Rayo de la luna
Van haciendo giros,
Enjambre parecen
De avispas, que el nido

Materno abandona,
Despojo de niños
Traviesos, y vuela
Errante y proscripto.

XV.

¡Desventurados!
Del patrio albergue
También vosotros
Gemís ausentes:
Vagar proscriptos
Os cupo en suerte....
¡Terrible fallo!....
¡Y eterno!.... ¡Pesen
Mis maldiciones
Blandas y leves
Sobre vosotros,
Míseros duendes!

XVI.

Hacia el cerro
Que distingue
Lo sombrío
De su tizne—
Padrón negro
De hechos tristes—
Vagarosas
Ondas finge

Parda nube,
Con matices
Colorados
Como el tinte
Que á la luna
Da el eclipse;
Y en la espira
Que describe,
Rastros deja
Carmesíes....
¿En qué abismos,
Infelice
Nubecilla,
Vas á hundirte?...
Ya los ojos
No la siguen;
Ya es un punto;
Ya no existe.

XVII.

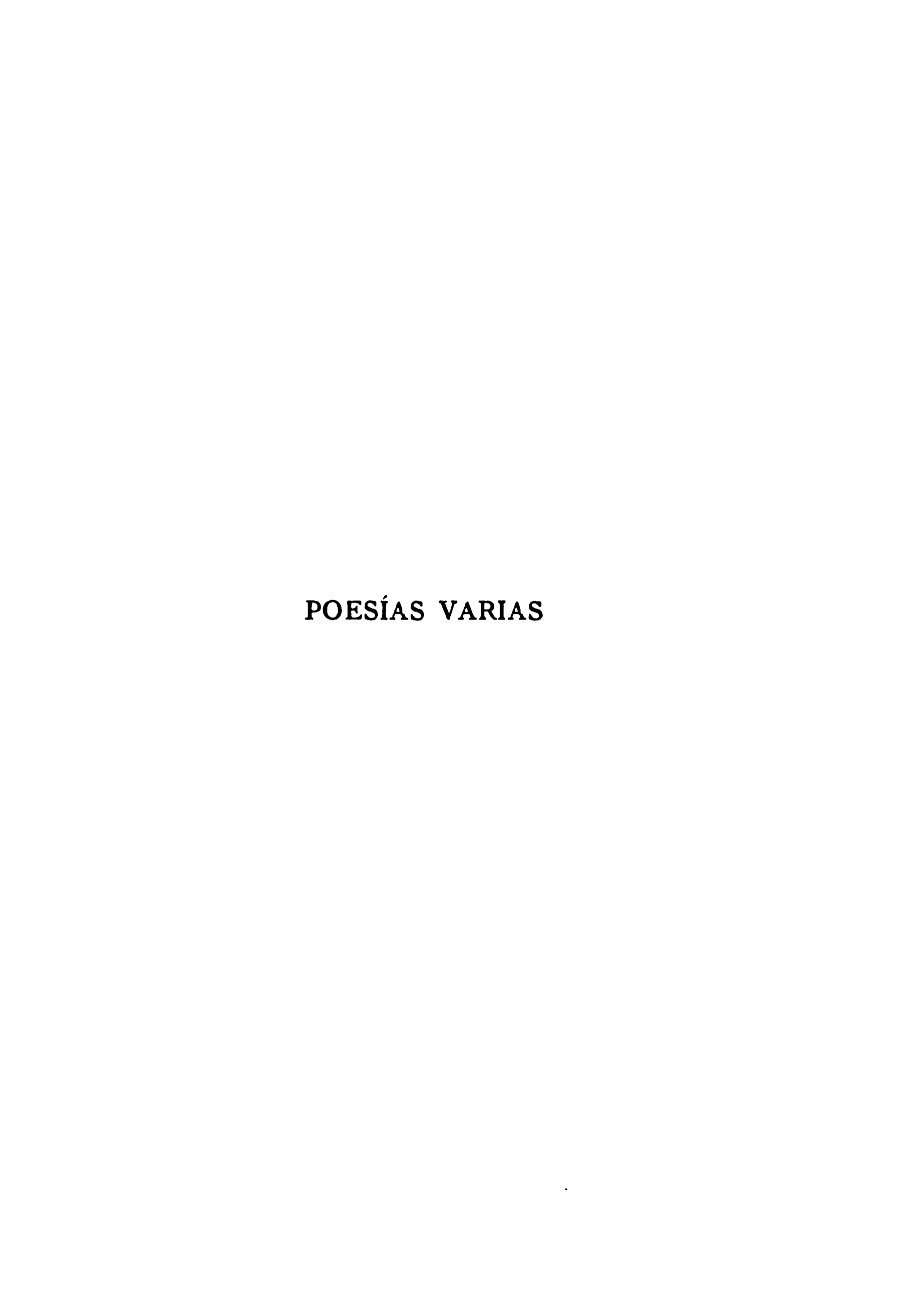
¡Qué calma
Tranquila!
Tras leve
Cortina
De gasa
Pajiza,
La luna
Dormita.
Al sueño
Rendidas,



Las flores
Se inclinan.
El viento
No silba,
Ni el aura
Suspira.
Tú sola
Vigilas;
Tú siempre
Caminas,
Y al centro
Gravitas,
¡Oh fuente
Querida!
Ya turbia;
Ya limpia;
Ya en calles,
Que lilas
Y adelfas
Tapizan;
Ya en zarzas
Y espinas:
¡Tal corre
La vida!

1843.





POESÍAS VARIAS





FRAGMENTO DE «LOS JARDINES»

DE DELILLE

Ya de la primavera el blando aliento
Á rejuvenecer el mundo torna,
Trayendo alegre música á la selva,
Flores al campo y á Favonio aromas.
¿Á qué nuevo cantar templo la lira?
¡Ah! cuando el largo luto se despoja
La tierra; cuando el valle y la montaña,
El prado humilde y la floresta hojosa,
Todo de amor y de esperanza ríe,
Mi voz también tu imperio reconozca,
¡Genial Abril! Cante otro las batallas,
Y abra al valor los fastos de la gloria;
Pinte el fulmíneo carro de Mavorte,
Ó ensangriente sus manos con la copa
Del fratricida Atreo; los jardines
Prefiero yo, las dádivas de Flora.
Yo diré cómo el arte gracias nuevas
Da al césped, á la flor, la áspera roca,

Al parlero cristal, y en la animada
Tabla del suelo luces mezcla y sombras;
Sabe sitio elegir, y perspectiva;
Uno el designio y varia hace la forma;
Llama al hábil cincel, llama á la noble
Arquitectura, y con sus bellas obras
Decora la mansión del hombre, y hace
Á la naturaleza más hermosa.

Tú que con el vigor juntas la gracia,
Cuando el verso didáctico sazonas,
¡Musa! si de Lucrecio en los acentos,
De las lecciones áridas la tosca
Austeridad puliste; si su ilustre
Rival, merced á ti, supo al idioma
Del cielo hacer la esteva y el cayado
Digna materia; ven, y un tema adorna
Menos severo, y que á Virgilio mismo
Pudo tentar [1]; mas no la vana pompa
Busquemos de prestados ornamentos:
Ven, y teje á mi frente con mis propias
Flores guirnalda, y cual temprano rayo,
Que el horizonte de celajes dora,
Alguna parte alcanzará á mi estilo
De los colores que á mi asunto sobran.

Vió del arte inocente que celebro,
El antiguo universo la primera
Infancia; y desde el tiempo que al colono

[1] Alusión á los versos 116 y siguientes del libro IV de *Las Geórgicas*.

El duro suelo avasalló la reja
Fué á la recreación dada una parte
Feliz de su dominio, estancia amena
De plantas escogidas, que halagaban
Los ojos y el olfato á competencia.
En rústicos vergeles se complace
El simple lujo de Feacia [1]: eleva
Al aire Babilonia sus pensiles;
Y cuando Roma al orbe dió cadenas,
En parques que cautivas adornaban
Las maravillas de las artes griegas,
Iban los orgullosos vencedores
Á deponer el rayo de la guerra.
El saber habitaba los jardines
Un día, y entre verdes alamedas
Pudo con sobrecejo menos grave
Comunicarse á la pulida Atenas.
El venturoso Edén y el Eliseo
Que el cielo dió por cuna á la inocencia
Y á la virtud por premio, ¿eran acaso
Jaspeados palacios? Bosques eran,
Lozanos bosques, y risueñas fuentes,
Y alegres prados de mullida hierba,
Do inaccesible el hombre á los cuidados
En paz vivía y bienandanza eterna.

Tú que á Natura pides que en el campo
Simple se muestre á par que amable y bella,
No á gran precio la insultes, que el ingenio

[1] Isla en que reinaba Alcinoo, cuyos jardines describe Homero en la *Odisea*, libro VII.

Te manda prodigar, no la riqueza.
Elegante un jardín, más que ostentoso,
Un ancho cuadro á nuestra vista ofrezca.
Sé pintor: la campiña y sus matices,
La luz del sol, las sombras de la selva,
El giro de los cielos que varía
De las horas y meses la librea,
De las colinas el ropaje verde,
La alfombra del Abril en la pradera,
Musgosas rocas, árboles copados,
Y fugitivas aguas, tal la tela,
Tales son tus pinceles, tus colores.
Naturaleza es tuya, y á tu experta
Mano, para que formas nuevas críes,
Todas las formas da de la materia.

Mas antes de plantar, antes que toque
El corvo arado el seno de la tierra,
Á la naturaleza observa, estudia,
Por modelo la toma y por maestra.
¿No ves aparecer, vagando acaso
Por apartado sitio, inculta escena
Que te hace el paso suspender, y el alma
En blandas fantasías embelesa?
Copie el pincel, si puede, sus aspectos;
Á hermosear el campo, el campo enseña.

También los sitios notarás, que el gusto
Inteligente ornó, y en lo escogido
Escogerás de nuevo. Ya la noble
Pompa de Chantillí, que favorito
Albergue fué á cien héroes, te convida;

Bel-Œil, que á lo campestre une lo rico;
Navarra, en que la sombra se complace
Del Grande Enrique, y Tívoli florido,
Cuyas amables formas á la Francia
Hicieron divisar de un nuevo estilo
El modelo primero, como suele
Tímido recatando el botoncillo
Su delicado seno todavía,
Dar de la alegre primavera aviso.
Chanteloup, que te ufanas del destierro
De tu señor; Montreuil, cuyo recinto
Las Gracias solazándose trazaron;
Auteuil, Rincy, Limours, ¡qué de atractivos
Á la vista ofrecéis! ¡Cuán dulcemente
Me pierdo en vuestros verdes laberintos!

De aguas rico y de prados y de selvas,
Ostenta el alemán nuevos prodigios.
¿Quién á Rhinberg ignora, en que reposo
Halla el valor, las artes domicilio;
Rhinberg, que se retrata en los cristales
De un lago inmenso? ¿Á quién no es conocido
Postdam, que ya en la paz y ya en la guerra
Dominó de la Europa los destinos,
Mansión de la victoria; Bellavista,
Por do las ondas corren sin ruido
Del río que á la juncia de sus trenzas
Supo enlazar el ramo de Gradivo;
Casel, de sus cascadas orgulloso,
De sus llanos Gosow? Jamás han visto
Campiñas, montes, valles, aguas, bosques,
Tan deleitosa variedad de sitios.

Los campos de los Césares te llaman,
Donde te muestra bajo mil aspectos
La señora del mundo su ruina,
Y entre despedazados monumentos
Engañada la vista se figura,
En lugar de un jardín, ver un museo.
Piramidales árboles alternan
Con mármoles, palacios, bronces, templos,
Sepulcros, urnas, en que errar parece
De Roma antigua el imperial espectro.

De su Aranjuez ufana está la Iberia
Y del lujo real de San Lorenzo.
¿Y quién no ama tu fresca lozanía,
Fastuoso Pardo? No el mezquino juego
Ostentas tú de contrahechas fuentes
Que solaz á la vista pasajero
Muestran, y brevemente fatigadas
Triste dejan la selva, y mudo el eco:
Mas sin cesar las aguas resonando
Vivifican tus parques altaneros,
Y en bóvedas, en arcos, en columnas,
Lanzándose animosas, dan al viento
Frescura eterna; y de las patrias cumbres
Igualan el nivel; sitio soberbio,
En que un Borbón la Francia reprodujo,
Y emuló la grandeza de su abuelo.

El Bátavo á su vez, hijo del arte,
En vistosos jardines mudó el cieno
De su anegada patria; mas produce
Hastío allí á la vista el nimio esmero

En peregrinas flores: y esparcidos
Boscajes dan insípido ornamento
Á uniformes llanuras, en que el rudo
Ceño de las montañas echo menos.
Empero tus canales, la abundancia
De tus orillas, los movibles lejos
En que el ganado anima la dehesa,
La barca el agua, y el molino el viento;
Tus cabañas, Batavia, tus cortijos,
Tales son tus jardines verdaderos.

Los líquenes, los musgos, la robusta
Verdura de los pinos, vencedora
De los hielos polares, casi solos
El largo invierno al Moscovita adornan.
¿Mas qué resiste al arte? Crudas nieves
El erizado polo en vano acopia:
El fuego vence al aire, y da Vulcano
En templos de cristal hospicio á Flora.

Fantásticas bellezas ama el Chino,
Contrastes pintorescos ambiciona:
De porcelana sus paredes cubre;
Matices vivos, peregrinas formas
Complácese en juntar; pero las gracias
De lo sencillo y natural ignora.

¿Diré de los jardines otomanos
El voluptuoso lujo, en que se gozan
Las hijas del Oriente? Allí prodiga
Las rosas el amor y los aromas;
En mármoles y jaspes bulle el agua,

Y toldos de jazmines le hacen sombra:
El céfiro suspira entre azahares,
Y pabellones de cendal tremola.

Mas ya, Inglaterra, á tus orillas vuelo,
Á quien Bacón, á quien los dulces cantos
De Milton y de Pope el no sabido
Arte de los jardines enseñaron.
Cayeron á su voz los terraplenes
De viejos parques: del nivel esclavos
No fueron ya más tiempo los jardines;
Que, como al pueblo, hiciste libre al campo,
Y con la libertad un nuevo estilo
Apareció en tus bosques y en tus prados.
¡Qué leda muchedumbre de verjeles,
De hermosas vistas, de hechiceros cuadros,
En su camino tortuoso mira
Aquel altivo río, que en mil naos
Acarreando sin cesar á Londres
El tributo del mundo, al Oceano
Leyes parece dar, rey del comercio,
Y por urna tener la de los hados!

Park-Place, ¿á quién no agradan tus boscajes,
Más que el vano esplendor de los palacios?
¡Y los tuyos, Leasow, dulce morada
De Shenston, que aún respiras los encantos
De amor y de las musas! Lo elegante
De tus rurales gracias, Hayley, ¡cuánto
Enamora la vista! Bowton, Foxley,
Que sóis, á vuestros dueños imitando,
Amigos y diversos, el buen gusto

De sí mismo hizo alarde al dibujaros.
Ni á tí tampoco olvidarán mis versos,
Chiswick, que unidos gozas los milagros
De la naturaleza y de las artes;
En quien no sé si más deleita el blando
Verdor de la floresta, ó si la noble
Arquitectura que trazó Paladio,
Ó los vivientes lienzos, que á tu sala
Dió el flamenco pincel y el italiano.

Los sitios dije que imitarse pueden:
También peligros hay que cauto evites;
No de servil imitación llevado,
Al suelo quieras dar lo que resiste;
Obsérvale antes bien; consulta al Genio
Que mora en él, y adoración le rinde.
No impunemente violará sus leyes
El que sin gusto mezcle, alce, derribe;
Que por desatender osado artista
Lo que el local rehusa y lo que pide,
Fantástico parece en las del Sena
Lo que es bello en las márgenes del Tibre.
Descubre perspicaz y diestro adopta
Lo que el terreno de su grado admite.
El arte entonces, mientras copia, inventa:
Es la naturaleza, y la corrige.
Así Berghém, así creó el Pusino:
Sus diseños estudia y sus matices;
Y lo que debe al campo la pintura,
Vuélvalo agradecida á los jardines.

Contempla, pues, el vario aspecto y varia

Índole de la tierra, ya sublime,
Ya entre rudos contrastes caprichosa,
Ya con modestas gracias bella y simple.
Hubo un tiempo funesto, en que tirano
Violentó el arte al suelo, y el declive
Que en blandas lomas recreó la vista,
Cambiar osó por explanadas tristes.
Hoy no menos despótico presume
Montes crear y valles do no existen.
Ambos extremos huye. En ancho llano
Hacer reir la montañuela humilde
Que á pintoresca aspira, y de alta sierra
combatir la aspereza, ¿de qué sirve?

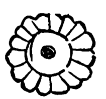
¿Quieres lugar propicio á tus trabajos?
No anivelado campo solicites,
No fragosa montaña, mas la leve
Desigualdad que sin orgullo ríe,
Do sin rudeza se levanta el suelo,
Sin uniformidad es apacible.
¿Andas? El horizonte ande contigo:
Ora se alce la tierra, ora se humille;
Aquí se estreche, y más allá se extienda;
Y á cada paso un nuevo aspecto admires.
Oscuro agrimensor, en el retiro
Del gabinete, helados trozos forme,
Y jardines geométricos describa;
Tú al sitio mismo ve. Valles y montes,
Sombras y lejos al papel traslada:
Obstáculos prevé, medios escoge:
De la dificultad nace el milagro,
Y da belleza el arte á lo disforme.

¿Cuál tan áspero suelo y tan esquivo
Su divino poder no reconoce?
¿Desnudo está? Frondosos bosques cubran
Su desnudez. ¿Tupido acaso? Dome
La inútil pompa de la tierra el hacha.
¿Húmedo? En vasto lago se transforme,
Ó en limpio estanque las impuras ondas,
Ó el campo bulliciosas alborocen.

¿Árido en fin? Explora, tienta, excava,
No desesperes: ya el cristal que esconden
Secretas venas, va á brotar. Al modo
Que cuando á largo afán mi ingenio pobre
Se rinde exhausto, y la difícil rima
Fatiga en balde ingratos pormenores,
Brilla un feliz concepto de improviso,
Y numeroso el verso y fácil corre.
Nuevos cuidados restan, arte nuevo,
Empeño superior. Poco es que logres
Embelesar los ojos: habla al alma.
¿Los misteriosos vínculos conoces
Entre lo inanimado y lo sensible?
¿Percibes de las aguas, de las flores,
De los boscajes la elocuencia oculta?
¿La muda voz de los desiertos oyes?
Repite sus acentos. En tus obras
Lo bello hechice y lo sublime asombre:
Pasa de lo risueño á lo severo:
Muéstrate fuerte y dulce, simple y noble,
Triste y alegre; y varïado el tono
Al varïar del gusto se acomode.
Haz que vaya el pintor á su paleta

Bajo tus mirtos á buscar colores:
Allí, de sacra inspiración turbado
Cante el poeta, el sabio filosofe:
Y en sus dulces memorias el dichoso,
Y en su llorar el infeliz se goce.
. . . .
. . . .

1827.





EPÍSTOLA Á OLMEDO

Es fuerza que te diga, caro Olmedo,
Que del dulce solaz destituído
De tu tierna amistad, vivir no puedo.

¡Mal haya ese París tan divertido,
Con todas sus famosas fruslerías,
Que á soledad me tienen reducido!

Mal rayo abrase, amén, sus Tullerías,
Y mala peste en sus teatros haga
Sonar, en vez de amores, letanías,

Y, cual suele el palacio de una maga
Á la virtud de superior conjuro,
Toda esa pompa en humo se deshaga;

Y tú al abrir los ojos, no en oscuro
Aposento entre sábanas fragantes
Te encuentres blando alumno de Epicuro,

Sino cual paladín de los que errantes
De yermo en yermo, abandonando el nido
Patrio, iban á caza de gigantes,

Te halles al raso, á tu sabor tendido,
Rodeado de cardos y de jaras,
Cantándote una rana á cada oído.

Y suspirando entonces por las caras
Ondas del Guayas (Guayaquil un día,
Antes que al héroe de Junín cantaras),

Digas: «¡Oh venturosa patria mía!
¿Quién me trajo á vivir do todo es hecho
De antojos, de embeleco y de falsía?

»Á Londres de esta vez me voy derecho,
Donde, aunque no me aguarda el bien amante
De mi Virginia, mi paterno techo,

»Me aguarda amigo fiel, veraz, constante,
Que al verme sentirá más alegría
Que la que él me descubra en el semblante.

»Con él esperaré que llegue el día
De dar la vuelta á mi nativo suelo
Y á los abrazos de la esposa mía.

»Y mientras tanto bien me otorga el cielo,
¡Oh musas! ¡Oh amistad! á mis pesares
En vuestros goces hallaré consuelo.»

¡Ven, ven, ingrato Olmedo! Así los mares
Favorables te allanen su ancha espalda
Cuando á tu bella patria retornares,

Y cuando fresca rosa la esmeralda
Matiza de sus campos florecidos,
Guayaquil entreteja á tu guirnalda;

Y á recibirte salgan los queridos
Amigos con cantares de alegría,
Por cien voces y ciento repetidos.

Ven, y de nuestra dulce poesía
Al apacible delicioso culto
Vuelva ya tu inspirada fantasía.

Otro se goce en el feroz tumulto
De la batalla, y la sangrienta gloria,
Á la llorosa humanidad insulto.

Otro encomiende á la tenaz memoria
De antiguos y modernos la doctrina,
De absurdos y verdades pepitoria.

Mientras otro que ciego te imagina
En sólidos objetos ocupado,
Y también á su modo desatina,

Intereses calcula desvelado
Y por telas del Támesis ó el Indo
Cambia el metal de nuestro suelo amado:

Te manda el cielo que el laurel del Pindo
Trasplantes á los climas de Occidente
Do crece el ananás y el tamarindo;

Do en nieves rebozado alza la frente
El jayán de los Andes, y la vía
Abre ya á nuevos hados nueva gente.

¡Feliz, oh Musa, el que miraste pía
Cuando á la nueva luz recién nacido
Los tiernezuelos párpados abría!

No ciega nunca el pecho embebecido
En la visión de la ideal belleza,
De incesantes contiendas el ruído.

El niño Amor la lira le adereza,
Y díctanle cantares inocentes
Virtud, humanidad, naturaleza.

Oye el vano bullicio de esa gente
Desventurada, á quien la paz irrita;
Y se aduerme al susurro de la fuente,

Ó por mejor decir un mundo habita
Suyo, donde más bello el suelo y rico
La edad feliz del oro resucita;

Donde no se conoce esteva ó pico,
Y vive mansa gente en leda holgura
Vistiendo aún el pastoral pellico,

Ni halló jamás cabida la perjura
Fe, la codicia ó la ambición tirana
Que nacida al imperio se figura,

Ni á la plebe deslumbra, insulsa y vana,
De la extranjera seda el atavío,
Con que tal vez el crimen se engalana;

Ni se obedece á intruso poderío,
Que ora promulga leyes y ora anula,
Siendo la ley suprema su albedrío;

Ni al patriotismo el interés simula
Que hoy á la libertad himnos entona
Y mañana al poder sumiso adula,

Ni victorioso capitán pregona
Lides que por la patria ha sustentado
Y en galardón le pide una corona.

¡Oh! ¡Cuánto de este mundo afortunado
El fango inmundo en que yacemos dista,
Para destierro á la virtud criado!

Huyamos de él, huyamos do á la vista
No ponga horror y asombro tanta escena
Que al bien nacido corazón contrista.

¿Ves cómo en nuestra patria desenfrena
Sus fuerzas la ambición, y al cuello exento
forjando está otra vez servil cadena?

¿No gimes de mirar cuál lleva el viento
Tantos ardientes votos, sangre tanta,
Cuadros llenos de horror y asolamiento,

Campos de destrucción que al orbe espanta,
Miseria, y luto, y orfandad llorosa
Que en vano al cielo su clamor levanta?

Como el niño inocente que la hermosa
Fábrica ve del iris, que á la esfera
Sube esmaltado de jacinto y rosa,

Y en su demanda va por la pradera,
Y cuando cree llegar, y á la encantada
Aparición poner la mano espera,

Huye el prestigio aéreo, y la burlada
Vista lo busca por el aire puro,
Y su error reconoce avergonzada;

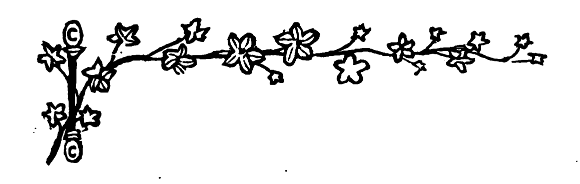
Así yo á nuestra patria me figuro
Que en pos del bien que imaginó se lanza,
Y cuando cree que aquel feliz futuro

De paz y gloria y libertad alcanza,
Su ilusión se deshace en un momento
Y ve que es un delirio su esperanza;

Fingido bien que ansioso el pensamiento
Pensaba asir, y aéreo espectro apaña,
Luz á los ojos y á las manos viento!
. . . .

1827.





EL INCENDIO DE LA COMPAÑÍA

CANTO ELEGÍACO

I.

SANTA Casa de oración,
Templo de la Compañía,
Que á plegaria y á sermón
Llamas de noche y de día
La devota población:

¿Qué esplendor, qué luz es esta
Que sobre ti se derrama?
No es luz de nocturna fiesta;
Es devastadora llama;
Es una pira funesta.

Ni es sonido de alegría
El que por los aires corre:
Ayes son esos que envía
Envuelta en humo tu torre:
Son gemidos de agonía [1].

Jamás con furor tan ciego
Prendió escondida centella:
Vióse breve lumbre; y luego
Á grande altura descuella
Una cúpula de fuego.

Raudo volcán se me antoja,
Que aglomera nube á nube
De humareda parda y roja,
Y ya hasta los cielos sube,
Y encendida lava arroja.

Cual león que descuartiza
Descuidada presa hambriento,
Tal, encrespado se eriza,
Tal ruge el fiero elemento,
Que te reduce á ceniza.

Aunque el pueblo te circunde
Á socorrerte anhelante,
Rápido el incendio cunde,
Y hasta el cerro más distante
Terrífica luz difunde;

[1] El toque á fuego en las campanas de la iglesia incendia

Y en cuanto la vista abraza,
Tiñen medrosos reflejos
Toda calle y toda plaza,
Y, áun contemplados de lejos,
Espanto son y amenaza.

Una visión gigantéa
Que negras alas agita,
En lo alto revolotea:
Soplando, el incendio irrita,
Y sacude humosa tea.

¿Será aquel ángel, al pozo
De perdición derrocado,
Á quien la miseria es gozo?
Sobre su rostro eclipsado
Vislumbra horrendo alborozo.

Ya del techo, alta diadema
De fuego, lluvia desciende
Ardiente, que alumbra y quema
La vasta nave, y se extiende
Con voracidad extrema.

¡Virgen! si compadecida
Te halló siempre el ruego humano,
Detén la fiera avenida:
Tiende el manto soberano
Sobre tu mansión querida;

Sobre tu bella morada,
Donde con ardientes votos
Has sido siempre invocada;
Donde mil labios devotos
Te llamaron abogada.

Y tú, ¿puedes tolerar
Que así las llamas te ultrajen,
Santo Arcángel titular [1]?
¿Se cebarán en tu imagen?
¿Harán pavesas tu altar?

Nada aplaca su furor:
La destrucción es completa:
Arde todo en derredor:
Aun á su Dios no respeta
El fuego consumidor.

II.

Y á ti también te devora,
Centinela vocinglero,
Atalaya veladora,
Que has contado un siglo entero
Á la ciudad, hora á hora.

[1] La iglesia de la Compañía tuvo el título de San Miguel Arcángel.

Diste las nueve, y prendida
Estabas viendo la hoguera
En que iba á espirar tu vida:
Fué aquella tu voz postrera,
Y tu última despedida.

Cuando sellaba tu suerte
Ese fatídico acento,
¿Quién imaginó perderte,
Y que en las olas del viento
Iba la voz de la muerte?

Paréceme que decías:
«¡Adiós, patria! El cielo ordena
Que no más las notas mías
Desenvuelvan la cadena
De tus horas y tus días.

»Mil y mil formas miré
Nacer al aura del mundo,
Y florecer á mi pié,
Y descender al profundo
Abismo de lo que fué.

»Yo te vi en tu edad primera
Dormida esclava, Santiago,
Sin que en tu pecho latiera
Un sentimiento presago
De tu suerte venidera.

»Y te vi del largo sueño
Despertar altiva, ardiente,
Y oponer al torvo ceño
De los tiranos, la frente
De quien no conoce dueño.

»Vi sobre el pendón hispano
Alzarse el de tres colores;
Suceder á un yermo un llano
Rico de frutos y flores;
Y al esclavo el ciudadano.

»¡Santiago, adiós! Ya no más
El aviso diligente
De tu heraldo fiel oirás,
Que los sordos pasos cuente
Que hacia tu sepulcro das.

»¡Adiós! Llegó mi hora aciaga,
Como llegará la tuya.
No hay cosa que no deshaga
El tiempo, y no la destruya:
Áun á los imperios traga.»

III.

El ángel que guarda y vela
Á nuestra patria naciente,
Ya que el incendio encarcela,
Mustio, la mano en la frente,
Al empíreo coro vuela.

Sacióse en el templo santo
El fuego: cesó el bullicio:
Duerme la ciudad, y en tanto
En torno al trunco edificio
Reina silencioso espanto.

Realza una opaca y fea
Lumbre el horror y el asombro:
Frío norte el humo ondea:
Algún denegrido escombro
Acá y allá centellea.

Entre la vasta ruína
Tal vez despierta y se encumbra
Llamarada repentina,
Que fantástica relumbra
Y todo el templo ilumina;

Mas otra vez se adormece,
Y solamente la luna,
Cuando entre nubes parece,
Sobre el arco y la coluna
Luminosa resplandece.

Y con pasmado estupor
Reciben nave y capilla
Este tan nuevo esplendor.—
Lámpara sola que brilla
Ante el Arca del Señor.

Y ya, si no es el graznido
De infelice ave nocturna
Que busca en vano su nido,
Ó del aura taciturna
Algún lánguido gemido,

Ó las alertas vecinas,
Ó anunciadora campana
De las preces matutinas,
Ó la lluvia que profana
Las venerables ruínas,

Y bate la alta muralla
Y los sacros pavimentos,
Triste campo de batalla
De encontrados elementos,
Todo duerme, todo calla.

IV.

Cuando, á vista de un estrago,
Dolorido el pecho vibra,
¿ Hay un sentimiento vago
Que nos alienta, una fibra
Que halla en el dolor halago?

¿ Es un instinto divino,
Que cuando rompe y cancela
La fortuna un peregrino
Monumento, nos revela
Más elevado destino?

¿Ó con no usada energía
Despierta en tu seno el alma
Y bulle la fantasía,
Noche oscura, muerta Calma,
Solemne Melancolía?

Yo no sé, en verdad, qué sea
Lo que entonces la trasporta:
Absorbida en una idea,
Los terrenos lazos corta
Y libremente vaguea.

Y no es un descolorido
Bosquejo lo que elabora,
Que al pensamiento embebido
El *antes* se vuelve *ahora*,
Y la memoria, sentido.

Las antiguas tradiciones
Toman colores reales,
Y quebrantan las prisiones
De las arcas sepulcrales
Difuntas generaciones.

¿Qué nuevo rumor se advierte?
¿Qué insólito murmurar?
¿Qué voz turba de esta suerte
El silencio secular
De ese asilo de la muerte?

En sus lechos se incorporan
Las heladas osamentas:
De los nichos en que moran
Bajan sombras macilentas:
Negras ropas las decoran.

Grima me da, cuando miro
La procesión, que la grada
Monta del hondo retiro,
Y en dos filas ordenada
Hace en torno un lento giro.

Va á su cabeza un anciano [1]:
Una blanca mitra deja
Asomar su pelo cano.
Cantan, y el canto semeja
Sordo murmullo lejano.

Mueven el labio, y después
Desmayados ecos gimen:
La luna pasa al través
De sus cuerpos; y no imprimen
Huella en el polvo sus piés.

No, no es cosa de este mundo,
Ni es lustre de ojos humanos,
El de aquel mirar profundo:
Sendas hachas en sus manos
Dan un brillo moribundo.

Y cuando atender se quiere
Á lo que en el aire zumba
Y en tristes cadencias muere,
Se oye el cantar de la tumba,
El lúgubre *Miserere*.

«El brazo airado detén,
Muestra benigno el semblante,
Sumo Autor de todo bien,

[1] El obispo D. Juan Melgarejo, sepultado en el cementerio de la Compañía.

ı que otra vez levante
muros Jurusalén [1].»

V.

r rora,
más
La visión se a,
Y al fin, como e gas,
Por el aire se eva a.

Sobre la gran cordillera
Sube el primer sol de Junio,
Y apresura (cual si huyera
De ver tamaño infortunio)
Entre nubes su carrera.

¡Ah! Lo que ayer parecía
Fábrica eterna, ¿quién pudo
Adivinar que hoy sería
Tostados leños, desnudo
Paredón, ceniza fría?

[1] Benigne fac, Domine, in bona voluntate tua Sion, ut ædificentur muri, Ierusalem. *(Psalm.* L, 19.)

Entre el pavor y el respeto
Contempla el vulgo curioso
(¡Horrible y mísero objeto!)
De lo que fué templo hermoso
El mutilado esqueleto.

No brilla la antorcha clara;
No arde el incienso suave;
Polvo inmundo afea el ara....
Mas ¿por qué en lo menos grave
El pensamiento se para?

El Tabernáculo Santo....
Tu rostro en la tierra humilla,
¡Jerusalén! rasga el manto;
Por tu pálida mejilla
Hilo á hilo corra el llanto.

Prendió llama, llama insana,
El Señor, y dió al olvido
La fiesta de la semana;
Y su tienda ha demolido,
Y desechó su peana [1].

Callan, ¡ay! eternamente
La iglesia, la torre, el coro;
Calló el rezo penitente;

[1] Non est recordatus scabelli pedum suorum, etc. (Ierem., *Thren.*, II, 1, 2, 3, 6.) *(El A.)*

Calló el repique sonoro;
Calló el púlpito elocuente.

La voz del himno ha cesado:
Duelo cubre y confusión
Al Sagrario desolado;
Y la hija de Sïon
Es un cadáver tiznado.

1841.





EL CAMPO

—

FRAGMENTO

Al campo! ¡Al campo! La ciudad me enoja.
Esas tristes paredes do refleja
La luz solar, intensa, ardiente, roja,
No quiero ver ni del balcón la reja,
Donde una flor cautiva se deshoja,
É inclinándose lánguida, semeja
Suspirar por la alegre compañía
De sus hermanas en la selva umbría.

¡Al campo! digo yo como Tancredo;
Mas no, en verdad, al campo de batalla
Donde el tronar del bronce infunde miedo
Y el zumbar de la bala y la metralla;
Ni al campo donde el bárbaro denuedo
De un falso honor, teutónica antigualla,
Dos pechos pone á dos contrarias puntas
Por ofensas reales ó presuntas.

Sino al campo que alegra fuente pura
Con el rumor de su cristal parlero;
Y de la selva á la hospital verdura,
De paz y holganza asilo verdadero;
Do el aura entre los árboles murmura
Y la diuca revuela y el jilguero;
Y de trémulos iris coronada
Salta del monte al valle la cascada.

Á la colina, que al rayar la aurora
La ciudad nebulosa me descubre,
Mientras el suelo en derredor colora
De azules lirios genïal Octubre;
Do fresco baño, el río, y mugidora
Vaca me ofrece su repleta ubre,
Ó salgo envuelto en poncho campesino
Á respirar el aire matutino.

Á la animada trilla y al rodeo,
De fuerza y de valor muestra bizarra;
Del pensamiento al vago devaneo
Bajo el toldo frondoso de la parra;
Al bullicioso rancho, al vapuleo,
Al canto alegre, á la locuaz guitarra,
Cuando chocan caballos pecho á pecho,
Y en los horcones se estremece el techo.

Pláceme ver en la llanura al guazo
Que, al hombro el poncho, rápido galopa,
Ó con certero pulso arroja el lazo
Sobre la res que elige de la tropa.

Pláceme ver paciendo en el ribazo,
Que una niebla gentil tal vez arropa,
La grey lanuda, y por los valles huecos
De su ronco balido oir los ecos.

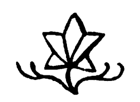
Pláceme penetrar quebrada umbrosa,
Y dando suelta al pensamiento mío,
Fijar la vista en la corriente undosa
Con que apacible se desliza el río,
Á cuyo murmurar visión hermosa
Arroba el alma en dulce desvarío,
Visión de alegres días que corrieron
Sobre mi vida, y para siempre huyeron.

Y se desvanecieron cual la cinta
De aéreo iris que en la azul esfera
Deshace el viento, ó cual la varia tinta
Que, cuando el sol termina su carrera,
Blanco vellón ó vagas nubes pinta,
Ó cumbres de nevada cordillera,
Y el soplo de la noche las destiñe,
Y parda franja al horizonte tiñe.

Viéralos otra vez, aquellos días,
Aquellos campos, encantada estancia,
Templo de las alegres fantasías
Á que dió culto mi inocente infancia;
Selvas que el sol no agosta, á que las frías
Escarchas ni áun embotan la fragancia;
Cielo.... ¿más claro acaso?.... No, sombrío,
Nebuloso tal vez.... ¡Así era el mío!

Naturaleza da una madre sola
Y da una sola patria.... En vano, en vano
Se adopta nueva tierra: no se enrola
El corazón más que una vez. La mano
Ajenos estandartes enarbola....
Te llama extraña gente ciudadano....
¡Qué importa! ¡No prescriben los derechos
Del patrio nido en los humanos pechos!

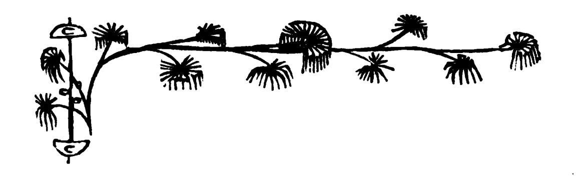
¡Al campo! ¡Al campo! Allí la peregrina
Planta, que floreciendo en el destierro,
Suspira por su valle ó su colina,
Simpatiza conmigo; el río, el cerro
Me engaña un breve instante y me alucina,
Y no me avisa ingrata voz que yerro;
Ni disipando el linsojero hechizo,
Oigo á nadie decir *¡Advenedizo!*



VERSOS ESCRITOS EN ÁLBUMES

Y POESÍAS LIGERAS





EN EL ÁLBUM

DE LA

SEÑORA DOÑA ENRIQUETA PINTO DE BULNES

Á plantar mis versos van
En este bello jardín
Una flor: no es tulipán;
No es diamela; es un jazmín:
El jazmín del Tucumán;

El que su tapiz ameno
Tendió á Enriqueta en su cuna,
Y vino de aromas lleno,
Imagen de su fortuna,
Al suelo feliz chileno.

Me encanta, flor peregrina,
Esa tu actitud modesta;
El que te ve se imagina
Ver una joven honesta,
Que el rostro á la tierra inclina.

Bella flor, y ¿á qué pincel
Debiste tu nieve hermosa?
Á tu lado, en el vergel,
Vulgar parece la rosa,
Y presumido el clavel.

Esa nítida blancura
Con que la vista recreas,
Sin duda te dió natura
Para que símbolo seas
De un alma inocente y pura;

De una alma en cuyo recinto
No ardió peligrosa llama,
Y que, por nativo instinto,
Sólo nobles hechos ama;
Cual la de Enriqueta Pinto....

Mas, Enriqueta, tú quieres
La verdad en un ropaje
Más natural, y prefieres
Sus acentos al lenguaje
De que gustan las mujeres.

Te enfadan alegorías;
Desprecias vanas ficciones;
Niña aún, te divertías
En instructivas lecciones,
No en frívolas poesías.

Dejemos los oropeles
Á labios engañadores
De almibarados donceles:
Otras niñas buscan flores;
Á ti te agradan laureles.

Oye, pues, querida mía,
La voz ingenua, sincera,
Que en fe de su amor te envía
Un alma que considera
Suya propia tu alegría.

¡Con qué júbilo afectuoso
Contemplo esa unión felice,
Nudo santo y amoroso,
Que tantos bienes predice
Á la esposa y al esposo!

¡Quiera fecundarla el cielo
Con renuevos que den gloria
Y grandeza al patrio suelo,
Y le acuerden la memoria
Ó del padre ó del abuelo!

Y cual corre fuente pura
Entre lirios y azahares,
Así corra la ventura
Siempre exenta de pesares
De tu existencia futura.

Ó si la dicha terrena
Tasa el Autor soberano
De la vida; si Él ordena
Que des al destino humano
Tu contribución de pena,

Hija, esposa y madre, amor
En ti consuelos derrame,
Y te vuelva la interior
Serenidad, y embalsame
Las heridas del dolor.

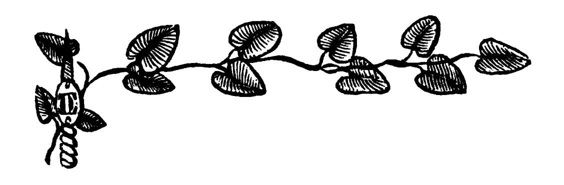
Y perdona, niña, á un viejo,
Que como triste graznido
De buho, en nupcial festejo
Te hace oir el desabrido
Duro acento del consejo.

Vanidad y afectación
Jamás tu candor empañen;
Y en toda voz, toda acción,
Como suelen, te acompañen
Cordura y moderación;

Que en la fortuna más alta
Es el mérito modesto
Oro que á la seda esmalta;
Y en un envidiado puesto
Con más esplendor resalta.







EN EL ÁLBUM

DE LA

SEÑORITA DOÑA MERCEDES MUÑOZ

La joven beldad que quiera
Ceñir su frente de flores,
Pídalas á la pradera,
Cuando de varios colores
La esmalta la primavera.

Mas no vaya al bosque yerto
Que el crudo invierno despoja,
Árido y triste desierto,
Do apenas de mustia hoja
Está algún ramo cubierto.

¿Ves aquel árbol que escrita
Lleva en sí la edad inerte
Que lo postra y debilita?
¿Qué don pudiera ofrecerte?....
Una guirnalda marchita.

Pero en ese tronco exhausto
Que sin sombra y sin verdor
Es del tiempo estrago infausto,
Puede tal vez el amor
Encender un holocausto;

No aquel amor, niño ciego,
Que de centellas armado,
Para turbar el sosiego
De un corazón descuidado
Prende en tus ojos su fuego;

Sino aquel que en poesía
Pintan sin alas ni redes,
Misteriosa simpatía,
Blando cariño, Mercedes,
Que arrastra tu alma á la mía;

Que con poder halagüeño
Me aficiona á la dulzura
De ese humor jovial, risueño,
Que trasparenta la pura
Felicidad de su dueño.

Sí: me arrastra, y me enamora
La hija tierna y tierna hermana,
Y la amiga encantadora,
Que en su juventud temprana
Tantas prendas atesora.

No le ha dado el cielo en vano
Ese admirado talento
Que vierte, bajo tu mano,
Alma, vida y sentimiento
Sobre las teclas del piano;

Porque cuando con la grata
Magia de acordados sones
Los sentidos arrebata,
Las amables emociones
De tu alma bella retrata.

Mas al estro que me excita
Debo ya tener la rienda....
Falta el papel, Mercedita....
Acepta la humilde ofrenda
De esta guirnalda marchita.

1848.





AL BIOBÍO

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORA DOÑA DELFINA PINTO DE ROSAS

QUIÉN pudiera, Biobío,
Pasar la existencia entera
En un boscaje sombrío
De tu encantada ribera!

Una cabaña pajiza,
Donde viese tu onda pura,
Que callada se desliza
Entre frondosa verdura;

Donde, en vez del movimiento
De políticos vaivenes,
Susurrar oyese el viento,
Entre robles y maitenes,

Y escuchase la alborada
Que en no aprendida armonía,
Canta el ave en la enramada
Saludando al nuevo día;

Una pajiza cabaña,
En que gozase el reposo
De la paz que nunca engaña,
Ni envidiado ni envidioso;

Más grata en verdad me fuera
Que una confusa Babel,
Donde en pos de una quimera
Corren todos en tropel;

Do deslealtad y falsía
Cercan el trémulo altar
Que á los ídolos de un día
Alza el aura popular.

¡Oh feliz, oh dulce calma,
Paraíso de la tierra!
¿Vale más que tú la palma
Del saber ó de la guerra?

Verdad, no lisonja, quiero.
Verdad sencilla, desnuda;
No el aplauso vocinglero
Que á la fortuna saluda;

Quiero en mis postreros años
Decir á ese bien fingido:
¡Adiós! no más desengaños;
Á los que olvidan, olvido.

Otros en loco tumulto
Llamen dicha al frenesí;
Yo en el rincón más oculto
Quiero vivir para mí.

Pero ¿á dónde en arrebato
Impensado me extravío?
Para otro asunto más grato
Te invocaba, Biobío.

Por tus verdes campos gira
Una amable forastera,
Y los aromas respira
Que embalsaman tu ribera.

Cerca de ti su mansión
Tiene la bella Delfina;
La de noble corazón,
La de gracia peregrina.

Yo la vi pimpollo hermoso,
Que con su beldad temprana
Tuvo á Santiago orgulloso,
En su primera mañana.

Vila en cerrado vergel
Joven planta, que atesora
Lozano brillo, y con él
Á los vientos enamora.

Vino tormenta sañuda,
Como la que en duro embate
Al verde bosque desnuda,
Y hermosa arboleda abate.

Casi (¡ay Dios!) su primavera
La vió morir, y agostada
La tuvo la Parca fiera,
Y la lloré malograda.

Pero al modo que se eleva,
Cuando el huracán se calma,
Con vigor y vida nueva,
Una destrozada palma,

Volvió mi Delfina así,
Á beber el aura pura;
Y correr las Gracias vi
Á retocar su hermosura.

Hija la he visto amorosa
En la morada paterna,
Y luego adorada esposa,
Y madre ya, dulce y tierna;

Y siempre cabal modelo
De amabilidad serena,
Ángel bajado del cielo
Á nuestra mansión terrena.

Tal es la beldad que ahora
Gozas, orgulloso río,
Y la que Mapocho llora
En ajeno poderío.

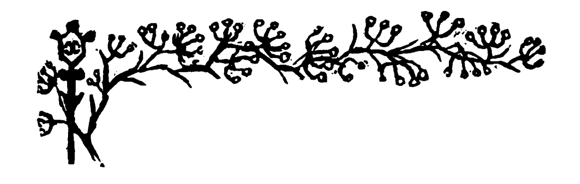
Que te desveles por ella
Te ruego: en diario tributo
Ríndele la flor más bella
Y el más sazonado fruto.

Al llevarla el blando ambiente
Del jazmín y el azahar,
De su viejo amigo ausente
Hazla el nombre recordar.

Pero no con lazo eterno
Presumas que la encadenes:
La llama el hogar paterno;
Prestado tesoro tienes.

Y harás de la deuda pago,
Y volveremos á verla,
Y se gozará Santiago
En su enajenada perla.





DIÁLOGO

ENTRE LA AMABLE ISIDORA Y UN POETA DEL SIGLO PASADO.

(En el álbum de la señora doña Isidora Zegers de Hunecus.)

POETA.

AQUEL tributo que mi pobre ingenio
Ha ofrecido, Isidora, consagrarte....

ISIDORA.

Me lo has hecho aguardar todo un trienio;
Y pudiera mandarte
Que fueras con tu música á otra parte.

Pero con una condición lo admito:
Que tenga de lo nuevo y lo bonito.

POETA.

¿De lo bonito y de lo nuevo sólo?
Á tus influjos me encomiendo, Apolo,
Para salir de este terrible aprieto:
Inspírame un soneto,
Que el fino gusto de Isidora apruebe

ISIDORA.

¿Sonetos en el siglo diez y nueve

POETA.

Un romancito, pues, en asonante....

ISIDORA.

Es cosa de poeta principiante,
Que el oído desgarra,
Y merece cantarse con guitarra.

POETA.

Pero si no sé más, querida mía.
¿Cómo de tan estéril fantasía
Creaciones hermosas
Podrán salir? No da el espino rosas.

ISIDORA.

Todo cuanto me digas es en vano.
En estas hojas, con tu propia mano,
Algo que á los lectores interese,
Algo que de ponerse digno sea,
Después de estas dos *emes* y esta *ese* [1],
Has de escribir: lo exijo.

POETA.

¡ Fuerte empeño !
Mas aguarda: una idea
Me ocurre de improviso.
Fingiré que dormido en blando sueño
Se presenta á mi vista un paraíso,
Donde....

ISIDORA.

Toma la pluma, pues, y al caso.

EL POETA, *escribiendo y declamando.*

«Sobre la verde falda
Del erguido Parnaso,
Guiaba yo mi vacilante paso,
Tejiéndote, Isidora, una guirnalda,
Cuando de ninfas majestuoso coro,

[1] M (ercedes) M (arín) de S (olar).

Sueltos sobre la espalda
Alabastrina, los cabellos de oro,
Coronadas de flores,
Con ropas que robaron sus colores
Á la primera luz de la mañana,
Con cítaras de etérea melodía
Que arroba en dulce rapto el alma humana....

ISIDORA.

¡Jesús! ¡Qué altisonante algarabía!
Amigo mío, en lengua castellana
Esa se llama entrada de pavana.
¿No ves que tus poéticos primores
Son estrujadas flores
De que cualquiera nene
En este siglo innovador se mofa?
Apostaré que en la siguiente estrofa
Vas á beber las aguas de Hipocrene.
Guía, por Dios, tu vacilante paso
Lo más lejos que puedas del Parnaso.

POETA.

Eso yo lo sabré, sin que lo mandes;
Mas si te place, hagamos una cosa.
Dame un asunto tú, no de los grandes
Que pidan alto ingenio, estilo fuerte,
Inspiración fogosa,
Sino sencillo, fácil, en que acierte,
No á idealizar angélica armonía
(Eso á tu voz divina sólo es dado),

No á contentar tu gusto delicado,
Á que dan cuatro idiomas alimento
(¿Cupiera en mí tan alto pensamiento?)
Sino á probar lo que conmigo vales.
Pues dócil á tu imperio soberano,
Tomo otra vez con atrevida mano
La lira, que en las ramas funerales
De sauces lloradores, monumento
De una temprana tumba [1] colgué un día;
Juré que nunca más la tocaría;
Quebrantaré por tí mi juramento.
En suma, sólo pido
Que tú me des el tema.

ISIDORA.

Concedido.

POETA.

¿Cuál es?

ISIDORA.

Amor.

POETA.

¡Jesús!

[1] La de su hijo D. Francisco Bello. *(El Ed.)*

ISIDORA.

¿Qué es lo que temes?
¿Pido yo por ventura que en las aras
Del ciego dios, profano incienso quemes?
¿Pido que á lo Petrarca ó lo Macías
Le entones quejumbrosas elegías?
Comprendo bien que ajeno lo estimaras
De ti y de mí; mas, dime, ¿qué tendría
La propuesta materia
De impropia ni de ingrata
Para la cosquillosa fantasía
De la más zahareña mojigata
Que allí vertida viese alguna seria
Máxima de moral filosofía?

POETA.

¿Conque un sermón en verso?.... ¡Linda cosa
Por cierto para el álbum de una hermosa!

ISIDORA.

Sai che là corre il mondo, ove più versi
Di sue dolcezze il lusinghier Parnaso;
E che il vero condito in molli versi
I più schivi, allettando, ha persuaso [1].

[1] Tasso, *G.* 1, 3.

POETA.

¡ Basta! Me rindo al Tasso;
Me rindo á tí. Permite solamente
Que hurtada inspiración mi verso aliente.

(El poeta traduciendo del italiano [1].)

LA CÓRTE DE AMOR.

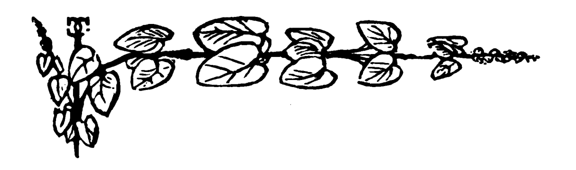
Solemne audiencia un día
Daba el Amor : servía
Capricho de portero,
Y á dama ó caballero
Que de su gusto era,
Fácil entrada, abría;
Con los demás hacía
De diversa manera.
Vestida entró de gala
Juventud en la sala,
Y ocupó la testera;
Entraron Risa y Juego,
Y se salieron luego.
La Gracia á la Hermosura
Llevaba de la mano,
Y le alcanzó Ventura.
Llega con gesto ufano
Necedad, y se engríe

[1] GERARDO DE ROSSI, *L'Anticamera d'amore.*

Porque el Amor se ríe.
Mas ya del Chisme aleve
Se oye el susurro leve,
Y van tras él llegando,
En bullicioso bando,
Sospechas y Recelos
Y pendencieros Celos.
La Lisonja apercibe
Su más meliflua charla,
Y gran placer recibe
Amor al escucharla.
Triscaban la Alegría
Y la Coquetería,
Y con semblante huraño
Acecha el Desengaño.
Va el Rendimiento tímido
Que áun del desdén se paga,
Y la Traición, que pérfida
Á los que vende halaga.
Fe, Modestia, Inocencia,
Lograron corta audiencia,
Y avergonzadas salen
De ver cuán poco valen.
La Locura no falta
Que de Cupido era
Antigua consejera,
Y tiene allí vara alta.
Querellas y Suspiros
Hacen variados giros,
Y mézclanse en la danza
Consuelo y Esperanza.

Falta entre tanta gente
La Razón solamente,
Porque el ugier Capricho,
Que era un perverso bicho,
No estaba en armonía
Con la señora mía,
Y anunciarla rehusa
Con una y otra excusa.
Al cabo fué preciso.
«La Razón allá afuera
(Dice) su turno espera;
Y si le dáis permiso,
Hablar con vos querría
Antes que se haga tarde.»
Responde Amor: «Que aguarde,
Ó que vuelva otro día.»





EN EL ÁLBUM

DE LA

SEÑORA DOÑA JOSEFA REYES DE GARAMENDIA.

Amable Pepa, en esa edad florida,
Risueña, encantadora,
Es la vida
Una aurora
Cuyo esplendor ninguna nube empaña:
Cuando todo es verdor de primavera
En montaña
Y pradera,
Y todo alrededor es poesía,
Y todo pensamiento, fantasía,
Todo suspiro, amor, bellos reflejos
De esperanzas alegres á lo lejos
Doran el porvenir; el alma crea

De la belleza la divina idea
En los objetos que la mente acopia,
Y hace del mundo una encantada utopia.

Mas para aquel que como yo lo vea
Desde el confín opuesto
Del opaco horizonte, consumida
En afanes, dolores, desengaños,
Cuando es un breve resto
Lo que falta á la suma de los años,
Es una sombra pálida la vida,
Una tarde fugaz, descolorida,
Do del pasado entre la niebla oscura,
Lo que esperanza fué, placer, ventura,
Todo ya se deslustra y desencanta,
Y en lívidos espectros se levanta.

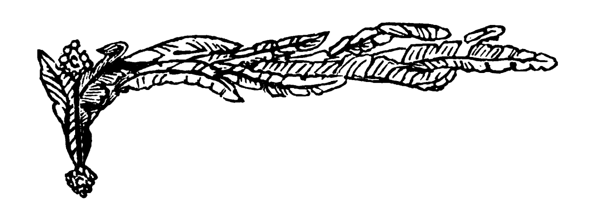
Soy como el caminante fatigado
Que va cruzando con medrosa planta
El bosque, verde ayer, hoy deshojado,
Cuando el lucero su fanal suspende
Entre nublados, y la noche tiende
Su negro manto. ¡ Qué de penas graves
Mi corazón aquejan,
Qué de pérdidas lloro, tú lo sabes,
Y la huella profunda ves que dejan
El dolor y los años juntamente
En mi marchita frente!
¿Será, pues, Pepa hermosa, lo que escribe
El que esta vida de amargura vive,
Digno de ti, poético homenaje?
¿Dará el sauce que cuelga su ramaje

Sobre las tumbas, bella flor ni fruto
Ó canto alegre la mansión del luto?

Pero áun en este mísero desierto,
Á la alegría, á la esperanza muerto,
Halaga entre malezas y entre abrojos
Algún objeto los cansados ojos,
Alguna rosa que embalsama el aura
Y el falleciente espíritu restaura:
La tierna madre, la leal esposa,
Que guarda su entereza generosa,
Y en este siglo de licencia y crimen
En que las leyes conculcadas gimen
Y el modesto pudor se vitupera
Como tosco resabio de otra era,
Del vicio la influencia pestilente
No contamina su virtud severa;
Como la sombra de la nube oscura
Pasa veloz sobre la fuente pura,
Y no le enturbia su onda trasparente;
Esa madre y esposa,
De que yo admiro en ti noble modelo,
Es del desierto la nativa rosa
Con que embellece alguna vez el cielo,
Para ejemplo fecundo
Y para adorno de tu sexo, al mundo.







EL VINO Y EL AMOR

Hijo alado
De Dïone,
No me riñas,
No te enojes,
Si te digo
Que los goces
No me tientan
De esos pobres
Que mantienes
En prisiones?

Hechiceros
¿Quién lo niega?

Son los ojos
De Filena;
Pero mira
Cómo el néctar
Delicioso
De Madera
En la copa
Centellea.

Tú prometes
Bienandanza;
Mas, ¿lo cumples?
¡Buena alhaja!
De los necios
Que sonsacas,
Unos llevan
Calabazas,
Otros viven
De esperanzas:
Cuál se queja
De inconstancia,
Cuál en celos
¡Ay! se abrasa.
¡Baco alegre!
Tú no engañas.

Hace el vino
Maravillas;
Esperanzas
Vivifica;



Da al cobarde
Valentía;
Á los rudos,
¡Cómo inspira!
Aunque gruña
La avaricia,
Tú le rompes
La alcancía;
Y otra cosa,
Que á tu lima
No hay secretos
Que resistan.

Los amantes
Infelices
Por las selvas
Y jardines
Andan siempre
De escondite;
Cabizbajos
Lloran, gimen;
Mas ¡cuán otro
Quien te sirve!
Dios amable
De las vides,
Compañeros
Apercibe
Que en su gozo
Participen;
Cantan, beben,
Bullen, ríen.

—Mas Filena,
¿No te mueve?
—Niño alado,
Vete, vete.
—Sus miradas
Inocentes,
Sus amables
Esquiveces....
—¿No te marchas,
Alcahuete?....
—Sus mejillas,
Que parecen
Frescas rosas
Entre nieves....
—Cupidillo,
No me tientes.

—Sola ahora
Por la calle
Se pasea
De los sauces,
Y las sombras
De la tarde
Van cundiendo,
Por el valle;
Y la sigue
Cierto amante
Que maquina
Desbancarte.
—¿Tirsi acaso?
—Tú lo has dicho.

—Oye, ¡aguarda!
Ya te sigo.
Compañeros,
Me retiro.
¡Vuelo á verte,
Dueño mío!







DIÁLOGO

—

TIRSI.

QUISIERA amarte; pero....

CLORI.

¿Pero qué?

TIRSI.

¿Quieres que te lo diga?

CLORI.

¿Por qué no?

TIRSI.

¿Y si te enojas?

CLORI.

No me enojaré.

TIRSI.

Pues bien....

CLORI.

Acaba, pronto, dimeló.

TIRSI.

Quisiera amarte, Clori; pero sé....

CLORI.

¿Qué sabes, Tirsi?

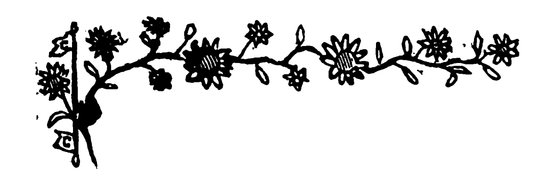
TIRSI.

Que á otro enamorado
El domingo pasado
Juraste eterna fe.

CLORI.

No importa; á ti también la juraré.





EL TABACO

—

EPIGRAMA.

Epigrama me titulo;
No soy enigma, ni quiero;
No me precio de difícil,
Porque repugna á mi genio.

Tres partes iguales forman
Mi todo, ni más ni menos:
Y de dos en dos unidas
Hacen seis pares completos.

Es el un par de gallinas;
Otro un divertido juego;
Al otro el celeste Olimpo
Le dió lugar en su seno.

Otro es cómplice inocente
Del estrago carnicero
Que al hombre más fuerte postra
Y alcanza al ave en su vuelo.

Otro en edades pasadas
Fué defensivo ornamento
Que el feudal barón llevaba
Al combate y al torneo.

El otro, en fin, elegante,
Estrafalario ó modesto,
Es gala del tocador
Y atavío del enfermo.

Y con todo lo que digo,
Soy un tirano hechicero,
Un encanto indefinible,
Un delicioso embeleso.

Me buscan ricos y pobres,
Eclesiásticos y legos,
El que huelga, el que trabaja,
El estudiante, el zopenco.

Sólo (¡ay triste!) las hermosas
Me miran con vilipendio;
Si bien algunas conmigo
Se solazan en secreto.

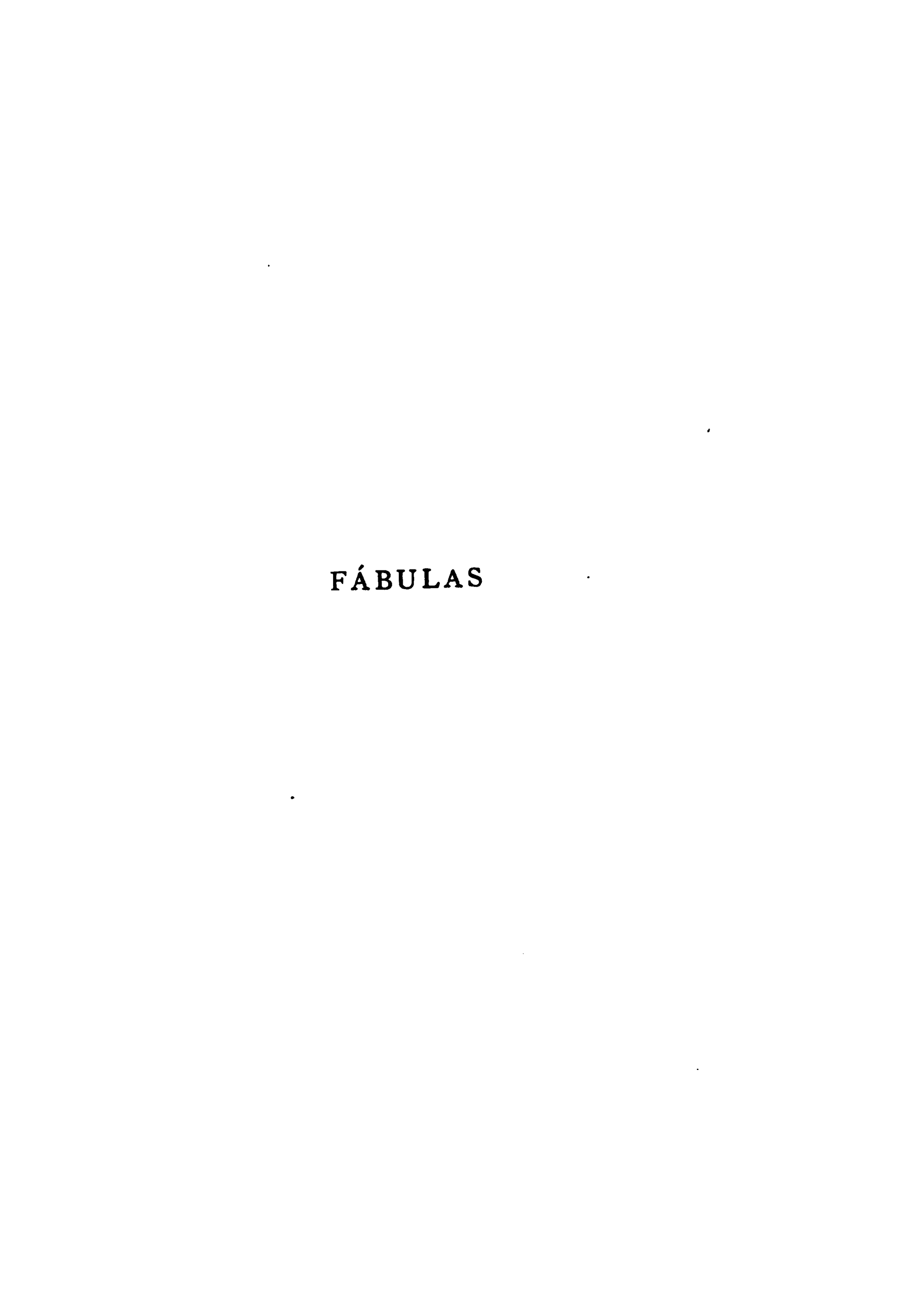
¡Oh! tú que contemplas
Con ojo sereno,
Hollado, insepulto,
Mi frío esqueleto,

Llévale, te pido,
Á su mausoleo
De metal dorado
Ó de vidrio terso;

Y por epitafio
Ponle este letrero,
En grata memoria
De dichas que fueron:

«¡Me dió el sér la tierra,
Me da vida el fuego,
Y entre vagos giros
En el aire muero!»





FÁBULAS



LA COMETA

Por la región del viento
Una bella cometa se encumbraba,
Y ufana de mirarse á tanta altura
Sobre el terreno asiento,
Que habita el hombre y el servil jumento,
De esta manera entre sí misma hablaba:

«¿Por qué la libertad y la soltura,
Dada á toda volátil criatura,
Esta cuerda maldita
Tan sin razón me quita?
¡Ah! ¡Qué feliz estado fuera el mío,
Si espaciarme pudiese á mi albedrío

Por esa esfera luminosa y vaga
Del aire, imprescriptible patrimonio
De lo volante, en brazos de Favonio,
Que amoroso me halaga;
Y, ya á guisa del águila altanera
Al sol me remontase, ya rastrera
Girase, como suelto pajarillo,
De jardín en jardín, de prado en prado,
Entre el nardo, la rosa y el tomillo
¿Á qué el instinto volador me es dado,
Si he de vivir encadenada al suelo,
Juguete de un imbécil tiranuelo
Que, según se le antoja,
Ó me tira la rienda ó me la afloja?
¡Pluguiese á Dios viniera
Una ráfaga fiera
Que os hiciese pedazos,
Ignominiosos lazos!»

Oyó el Tonante el temerario voto;
Viene bufando el Noto:
La cuerda silba, estalla.... ¡adiós, cometa!
La pobrecilla da una voltereta;
Cabecea, ya á un lado,
Ya al otro; y mal su grado,
Entre las risotadas y clamores
De los espectadores,
Que celebran su mísero destino,
De cabeza fué á dar en un espino.

De esta pandorga, tú, vulgo insensato,
Eres vivo retrato,

Cuando á la santa Ley que al vicio enfrena
Llamas servil cadena,
Y en licenciosa libertad, venturas
Y glorias te figuras.

1846.







EL HOMBRE, EL CABALLO Y EL TORO

Á un Caballo dió un Toro tal cornada,
Que en todo un mes no estuvo para nada.
Restablecido y fuerte,
Quiere vengar su afrenta con la muerte
De su enemigo; pero como duda
Si contra el asta fiera, puntiaguda,
Arma serán sus cascos poderosa,
Al hombre pide ayuda.

«De mil amores,» dice el hombre. «¿Hay cosa
Más noble y digna del valor humano,
Que defender al flaco y desvalido,
Y dar castigo á un ofensor villano?
Llévame á cuestas tú, que eres fornido;
Yo le mato, y negocio concluído.»

Apercibidos van á maravilla
Los aliados; lleva el Hombre lanza;
Riendas el buen Rocín, y freno, y silla,
Y en el bruto feroz toman venganza.

«Gracias por tu benévola asistencia,»
Dice el corcel: «me vuelvo á mi querencia;
Desátame la cincha, y Dios te guarde.
—¿Cómo es eso? ¿Tamaño beneficio
Pagas así?— Yo no pensé....—Ya es tarde
Para pensar; estás á mi servicio;
Y quieras ó no quieras,
En él has de vivir hasta que mueras.»

Pueblos americanos,
Si jamás olvidáis que sóis hermanos,
Y á la patria común, madre querida,
Ensangrentáis en duelo fratricida,
¡Ah! no invoquéis, por Dios, de gente extraña
El costoso favor, falaz, precario,
Más de temer que la enemiga saña.
¿Ignoráis cuál ha sido su costumbre?
Demandar por salario
Tributo eterno y dura servidumbre.





LAS OVEJAS

—

Líbranos de la fiera tiranía
De los humanos, Jove omnipotente
(Una oveja decía
Entregando el vellón á la tijera);
Que en nuestra pobre gente
Hace el pastor más daño
En la semana, que en el mes ó el año
La garra de los tigres nos hiciera.
Vengan, Padre común de los vivientes,
Los veranos ardientes;
Venga el invierno frío,
Y danos por albergue el bosque umbrío,
Dejándonos vivir independientes,
Donde jamás oigamos la zampoña

Aborrecida, que nos da la roña,
Ni veamos armado
Del maldito cayado
Al hombre destructor que nos maltrata,
Y nos trasquila, y ciento á ciento mata.
Suelta la liebre pace
De lo que gusta, y va donde le place,
Sin zagal, sin redil y sin cencerro;
Y las tristes ovejas (¡duro caso!),
Si hemos de dar un paso,
Tenemos que pedir licencia al perro.
Viste y abriga al hombre nuestra lana;
El carnero es su vianda cuotidiana;
Y cuando airado envías á la tierra,
Por sus delitos, hambre, peste ó guerra,
¿Quién ha visto que corra sangre humana
En tus altares? No: la oveja sola
Para aplacar tu cólera se inmola.
Él lo peca, y nosotras lo pagamos.
¿Y es razón que sujetas al gobierno
De esta malvada raza, Dios eterno,
Para siempre vivamos?
¿Qué te costaba darnos, si ordenabas
Que fuésemos esclavas,
Menos crueles amos?
Que matanza á matanza y robo á robo,
Harto más fiera es el pastor que el lobo.»

Mientras que así se queja
La sin ventura oveja
La monda piel fregándose en la grama,
Y el vulgo de inocentes baladores

¡ Vivan los lobos! clama
Y *¡mueran los pastores!*
Y en súbito rebato
Cunde el pronunciamiento de hato en hato,
El senado ovejuno
« ¡ Ah! dice: todo es uno [1]. »

[1] Originariamente el autor puso á esta fábula el siguiente final :

....de hato en hato,
Un carnero de enhiesta cornamenta,
Que hace muy poca cuenta
Del bochinche ovejuno,
« Callad, molondros, dice, todo es uno. »
¿ Cuál es la moraleja
De esa ficción ? quizás pregunte alguno.
América querida, á tí se deja.





LA ARDILLA, EL DOGO Y EL ZORRO

—

(Asunto tomado de Florián.)

FÁBULA PARA EL ÁLBUM DE UNA HIJA

MADAMA Ardilla con un Dogo fiero,
Compadre antiguo suyo y compañero,
Salió al campo una tarde á solazarse.
Entretenidos iban en gustosa
Conversación, y hubieron de alejarse
Tanto, que encapotada y tempestuosa
Los sorprendió la noche á gran distancia
De su común estancia.
Otra posada no se les presenta
Que una alta encina, añosa, corpulenta:
El hueco tronco ofrece albergue y cama
Á nuestro Dogo: la ligera Ardilla
Se sube de tres brincos á una rama,
Y lo mejor que puede se acuclilla.

Danse las buenas noches, y dormidos
Quedaron luego. Á lo que yo barrunto,
Eran las doce en punto,
Hora propicia al robo y al pillaje,
Cuando aportaba por aquel paraje
Uno de los ladrones foragidos
De más renombre. Un Zorro veterano,
Terror de todo el campo comarcano
En leguas veinte ó treinta á la redonda.
En torno al árbol ronda,
Alza el hocico hambriento
De palpitante carne, atisba, husmea,
Y ve á la Ardilla en su elevado asiento:
Ya en su imaginación la saborea,
Y la boca se lame,
Y la cola menea;
Mas ¿cómo podrá ser que á tanta altura,
Si no le nacen alas se encarame?
Iba casi á decir: «No está madura,»
Cuando le ocurre una famosa idea.
—Bella señora mía,
Vuesa merced perdone—le decía—
Si interrumpo su plácido reposo.
Después de tanto afán, cuando el consuelo
De hallarla me concede al fin el cielo,
No puedo contener el delicioso
Júbilo que de mi alma se apodera.
¿No me conoce usted? Su buena madre
Hermana fué de mi difunto padre.
Tengo el honor de ser su primo hermano.
¡Ay! en su hora postrera
El venerable anciano

Me encomendó que luego en busca fuera
De su sobrina, y la mitad le diera
De la hacenduela escasa
Que al salir de esta vida
Nos ha dejado. Á mi paterna casa
Sea usted, pues, mil veces bien venida,
Y déjeme servirla en el viaje
De escudero y de paje.
¿Qué es lo que duda usted? ¿Qué la detiene,
Que de una vez no viene
Á colmar mi ventura, en lazo estrecho
Juntando el suyo á mi amoroso pecho?
Ella, que por lo visto era ladina
Á par que vivaracha y pizpireta,
Y al instante adivina
La artificiosa treta,
Así responde al elocuente Zorro:
—Fineza tanta, mi querido primo,
Y el liberal socorro
Del piadoso difunto,
Que en paz descanse, como debo estimo.
Bajar quisiera al punto;
Pero, ya véis.... ¡Mi sexo!.... Á la entrevista
Es menester que asista,
Si lo tenéis á bien, un deudo caro,
Que de mis años tiernos fué el amparo;
Es persona discreta,
Á quién podéis tratar sin etiqueta,
Y que holgará de conoceros. Vive
En ese cuarto bajo;
Llamadle.—Don Marrajo,
Dándose el parabién de su fortuna,

Que le depara, según él concibe,
Dos presas en vez de una,
Con la mayor frescura y desahogo
Fué en efecto, y llamó. Pero la suerte
Se vuelve azar. Despierta airado el Dogo,
Se abalanza, le atrapa y le da muerte.

—

Esta sencilla historia nos advierte
Á un tiempo, hija querida,
Tres importantes cosas:
De un seductor las artes alevosas,
De la maldad el triste paradero,
Y lo que vale en lances de la vida
La acertada elección de un compañero.

1858.



POESÍAS FESTIVAS Y SATÍRICAS



EL PROSCRITO

(Fragmentos de una leyenda inédita.)

I.

LA FAMILIA

Keep thy smooth words and juggling homilies
For those that know thee not.

(Lord Byron.)

I.

Ante la reja está de un locutorio
De monjas, á la hora de completas
(No digo la ciudad ni el territorio,
Por evitar hablillas indiscretas),
La mujer del anciano don Gregorio
De Azagra, caballero de pesetas
Pocas, pero de alcurnia rancia, ilustre
Á quien ni áun la pobreza empaña el lustre.

II.

Que dió espanto á las huestes agarenas
Un don Gómez de Azagra con la espada,
Y añicos hizo él solo tres docenas
De moros en la Vega de Granada;
Y que su sangre corre por las venas
De don Gregorio, en cuya dilatada
Prosapia no encontró jamás indicio
Judaico que tiznar, el Santo Oficio;

III.

Ni cayó de traición la mancha fea,
Ni hubo sectario alguno de Mahoma,
Ni abuelo con raíces en Guinea,
Ni, en fin, más fe que la de Cristo y Roma;
Claramente verá todo el que lea
(Donde se lo permita la carcoma)
La iluminada ejecutoria antigua
Que contra malas lenguas lo atestigua.

IV.

Cuenta en sus bienes el señor de Azagra
Dos minas *broceadas;* vasta hacienda
De campo, que le rinde renta magra;
Y vieja casa de capaz vivienda,
Do la vida le endulza y le avinagra
Alternativamente la leyenda,
El mate, la tertulia un corto rato,
Los acreedores, la mujer y el *flato.*

V.

Era también de esclarecida cuna
Su mujer doña Elvira de Hinojosa;
Y aunque en el matrimonio la fortuna
De su marido no medró gran cosa,
Fué una santa mujer sin duda alguna;
Y como tan austera, escrupulosa
Y timorata que es, ciertas cosillas
Que en don Gregorio ve le hacen cosquillas.

VI.

Á la tertulia sin cesar combate,
Porque se viene tardes y mañanas
Á beberle la aloja y chocolate,
Gastando el tiempo en pláticas profanas.
Dice que su marido es un petate,
Y algunas veces le llamó Juan Lanas:
Quiere que todo, en fin, se le someta,
Y trata á don Gregorio *á la baqueta*.

VII.

Cosa muy natural seguramente
En tan alta virtud; ni pudo menos
La que abrasada en santo celo, siente
Aún más que sus pecados los ajenos.
Y lo peor de todo es que el pariente,
Cuando estalla en relámpagos y truenos
Su bendita mujer, vira de bordo,
Toma la capa, ó calla y se hace el sordo.

VIII.

De esta feliz matrimonial coyunda
Tuvo Azagra hijos dos: perdió el primero,
Y le vive Isabel, prole segunda,
Que ya su corazón ocupa entero.
No ha vuelto la señora á ser fecunda:
Y como la Isabel de Enero á Enero
En aquel monasterio se lo pasa,
No hay más que Elvira y don Gregorio en casa.

IX.

De lo que dejo dicho se colige
Que la tal Isabel es la heroína
De mi leyenda, y de rigor se exige
Que la retrate. Cabellera fina,
Rizada sin que el arte la ensortije,
Negra; rosado cutis, coralina
Boca con marfilada dentadura:
Espalda, cuello y brazos, nieve pura.

X.

De beldad envidiados caracteres,
Isabel, en tu patria menos raros,
Madre de donosísimas mujeres,
De hombres valientes y de ingenios claros.
Pero en el talle esbelto única eres,
Y en esos ojos, de su fuego avaros,
Fuego amoroso, y juntamente esquivo,
En tus tímidos párpados cautivo.

XI.

Edúcase la niña en el convento,
Sin ver ni la ciudad, ni la paterna
Casa jamás. El crítico momento
De pronunciar su despedida eterna
Del mundo va á llegar ; y el pensamiento
(En que arrullada fué desde la tierna
Infancia) de celeste desposorio,
Á toda la familia es ya notorio.

XII.

Quiere su madre, y quiere fray Facundo
Su confesor, que tome luego el velo;
Y ella, á quien el recinto del profundo
Retiro en que ha vivido es, bajo el cielo,
El universo todo; ella que el mundo
Recuerda como un sueño vago, al celo
Del confesor y á la materna instancia,
Cede sin aparente repugnancia.

XIII.

Bien que á las veces este sueño vago
La muestra un no sé qué dorado, hermoso,
Que hace en el alma excitador halago,
Muy diferente del claustral reposo.
Quisiera ver el valle, el río, le lago,
La montaña elevada, el mar undoso,
Y en libertad triscar por la pradera,
Con alguna querida compañera.

XIV.

Objetos que no ha visto y se figura
Aún más bellos acaso que la propia
Naturaleza; pues la infiel pintura
De la imaginación, partes acopia
Que unidas no se ven; y es toda pura,
Es toda bella y diáfana la utopia
De joven alma, que su forma aeria
Y su albor virginal da á la materia.

XV.

«¿Este claustro ha de ser depositario
De mi existencia toda?» Isabel mira
El silencioso, umbrío, solitario
Recinto; y sin saber por qué suspira.
«¿Viviré, como vive mi canario,
Que sin cesar de un lado al otro gira
De su prisión, y sin cesar se roza
Contra las rejas?» Isabel solloza.

XVI.

Pero este triste pensamiento pasa
Como en el cielo fugitiva nube,
Como el agua sutil que un lago rasa,
Y á su nivel de nuevo el alma sube.
Por lo que fray Facundo se propasa
Á declarar que no es razón se incube
Con tan superfluo empeño en esa idea,
Pues la niña consiente y lo desea.

XVII.

Que de su inclinación sale garante,
En cuanto puede serlo el juicio humano;
Pero que el corazón es inconstante;
El juvenil espíritu liviano;
Y perder no se debe un solo instante
En cumplir un designio tan cristiano,
Poniendo un muro indestructible, eterno,
Entre el alma inocente y el infierno.

XVIII.

«Esto (concluye) es lo que pide el caso,
No aburrir con sermones á la niña»—
«Eso es lo que repite á cada paso,»—
Elvira dice y maliciosa guiña.—
«Estoy (responde Azagra) un poco escaso;
Pero con la primera plata-piña....»
Mirando á su mujer medroso calla:
La doña Elvira por un tris estalla.

XIX.

Sólo el respeto al padre la modera.
«¿Qué plata-piña?» dice. «Cuánta han dado
Tus minas, perdurable sangradera
Del dinero, en este año ni el pasado
Ni en seis años atrás? Si la primera
Plata-piña es el fondo destinado
Para que mi Isabel pronuncie el voto,
¿Por qué no decir claro: *no la doto?*

XX.

«Si no han dado, darán.» Aquí el enojo
De doña Elvira iba á soltar el dique,
Y Azagra echaba á su sombrero el ojo,
Pues no sabe qué alegue ó qué replique,
Cuando el padre, advirtiendo por el rojo
Color de doña Elvira, que está á pique
De reventar la concentrada bilis,
«Mi don Gregorio, en eso está el busilis»

XXI.

(Dice con una flema, una cachaza
Admirable): «En que den. Pero yo pienso
Que podemos hallar alguna traza....
Algún arbitrio.... verbigracia, un censo
Sobre la hacienda.» Doña Elvira abraza
La indicación con un placer inmenso:
«Ya se ve: ¿por qué no?»—«Si acaso el fundo
No está gravado,» (agrega fray Facundo;

XXII.

Y una mirada esploratoria lanza,
Como que algún obstáculo presuma);
«Y si lo está, con una buena fianza
Podemos á interés buscar la suma.
Mi compadre don Álvaro Carranza....»—
«Al que en sus garras pilla lo despluma,»
Responde Azagra. «No se piense en eso;
Un dos por ciento, padre, es un exceso.»—

XXIII.

«Su tertulio de usted don Agapito....»
Repone el fraile. Elvira refunfuña:
«No le puedo tragar: es un bendito,
Que come, bebe, pita, el mate empuña,
Y sorbe, y charla, y no le importa un pito
Que la señora de la casa gruña.
Sólo el mirarle (Dios me lo perdone,
Pero no está en mi mano), me indispone.»

XXIV.

«Caridad.»—«Y su tema favorito
Es toma el fraile y daca la beata.»—
«Hereje (dice el padre); un sambenito
Le viniera de perlas. ¡Democrata!
¡Francmasón! Pero al fin don Agapito
Es hombre servicial y tiene plata.
Ocurramos á él: sé que le sobra:
Hará á lo menos esa buena obra.»

XXV.

Ellos, por más que don Gregorio tienta
Medios para salir de un compromiso
Que á su cariño paternal violenta
(Pues en su corazón está indeciso,
Y si accede al monjío, lo aparenta,
Por amor á la paz), quiso ó no quiso,
Acuerdan apelar al contertulio,
Y hacer la fiesta en el cercano Julio.

XXVI.

La precedente discusión pasaba
En la mañana misma de aquel día
En que, como antes dije, Elvira hablaba
Por entre la enrejada celosía
Á las amigas monjas : se trataba
De la pobre Isabel.... Mas todavía
No le llega su turno al locutorio,
Que tiene la palabra don Gregorio.

XXVII.

Acabo de decir que consentía
Por el bien de la paz en el monjío.
Áun cuando el primogénito vivía
(Que pereció cautivo al filo impío
De cuchilla araucana), lo tenía
Por un desacordado desvarío;
Bien que pacato, tímido, indolente,
Nunca lo contradijo abiertamente.

XXVIII.

De lo que procedió que, poco á poco
Y sin sentirlo, á indisoluble empeño
Se viese encadenado. «¿Estaba loco,
Decía, ó de mí mismo no era dueño?
¿Cómo ya el concertado plan revoco?
¡Maldita dejadez! ¡fatal beleño,
Que á todos los caprichos me sujeta
De ajena voluntad! Soy un trompeta....

XXIX.

«¿Qué digo? un padre bárbaro, inhumano,
Que ve inmolar esa inocente niña
Á un celo iluso, que á interés mundano
Sirve tal vez, ó á infame socaliña,
Y no osa alzar la voz, meter la mano,
Porque su ama y señora no le riña,
Y no regañe el necio conciliábulo,
Que la da en su delirio apoyo y pábulo.

XXX.

«¡No, por Dios! no he de ser yo quien permita
Se sacrifique así, se eche una losa
Sepulcral á mi pobre Isabelita:
No será que me arranquen mi amorosa,
Mi cándida, mi tierna palomita.
Sin duda tronará mi santa esposa....
Que truene. El corro ladrará.... Que ladre;
Quiero ser hombre al fin, quiero ser padre.

XXXI.

»Pero si ella ama el claustro, si la encanta
El claustro, como afirma el fraile seria
Y gravemente (y nadie tiene tanta
Proporción de juzgar en la materia),
¿Debo yo de esa senda pura y santa
Extraviarla, hundirla en la miseria
Y corrupción del mundo?—No lo creo,
Porque una cosa dicen y otra veo.

XXXII.

»Ella es verdad que salta y juega y ríe;
Mas ¿quién no juega y salta en años quince?
Nadie de tales síntomas se fíe,
Que de tener se precie un ojo lince.
El que la observe, el que en su rostro espíe,
Ora el sollozo ahogado, ora el esguince,
Verá que en sus adentros Isabela
Contra ese pensamiento se rebela.

XXXIII.

»De cierto tiempo acá se me figura
Que pensativa y lánguida la miro.
Cuando oye hablar de profesión futura,
Escápasele á hurto algún suspiro.
Y si su madre la elocuencia apura
Pintando las delicias del retiro,
Vuelve á un lado los ojos, ó impaciente
Suele tocar asunto diferente.

XXXIV.

»¡Cuántas veces en mí clava la vista,
Y luego melancólica la baja!
No se queja, es verdad; no habla; no chista:
Mete ella misma el cuello en la mortaja;
En vez de que la esquive ó la resista,
Á las que se la ponen agasaja:
Así va el corderillo al matadero,
Y le lame la mano al carnicero.

XXXV.

»¿Y yo he de consentirlo? Si viviera
Mi malogrado Enrique, ese consuelo,
Ese apoyo, ese báculo tuviera
En mi vejez.... mas ¿cómo, santo cielo,
Cómo dejar me quiten mi postrera,
Mi única prenda? Á tí, mi Dios, apelo:
Tú con las fuerzas los deberes mides,
Y sacrificio tanto no me pides.»

XXXVI.

El buen señor los sesos se devana,
Y no ve cómo salga del apuro.
Á una mujer tan necia y casquivana
Hacer la guerra cara á cara es duro.
Su inconquistable genio le amilana:
Á la sordina es mucho más seguro.
Un instrumento fácil y expedito
Se le presenta; y es don Agapito.

XXXVII.

Don Agapito Heredia, el tertuliano
De cuyo filantrópico bolsillo
Iba á salir la dote: buen cristiano,
Si los hay; aunque amigo del tresillo,
Mas que del ejercicio cotidiano,
Y nada afecto á gente de cerquillo;
Injusta prevención, que no me admira
Le tenga en mal olor con doña Elvira;

XXXVIII.

Pero á lo que maquina don Gregorio
Circunstancia en extremo favorable;
Pues el proyecto Heredia hará ilusorio,
Ó al menos por lo pronto impracticable,
Con un *no* terminante y perentorio,
Cuando con él la pretensión se entable;
Para lo cual hablarle piensa al punto
Con la reserva propia del asunto.

XXXIX.

En el suceso don Gregorio fía
Haciendo entre los dos aquel enjuague.
Y si más adelante otra crujía
Sobreviniese que á Isabel amague,
«Con esta industria no hay temor, decía,
Porque mientras la dote no se pague
(Que no se pagará *volente Deo)*,
Pensar en el monjío es devaneo.»

XL.

Mientras que así discurre el caball ero
Y el vaporoso espíritu refresca
Dulce esperanza, desvolvió el yesquero;
Suena la piedra herida, arde la yesca;
Y ya ondeante nube de ligero
Humo el cigarro esparce, que la gresca
De pensamientos agitados calma,
Y en deliciosa paz aduerme el alma.

XLI.

Si no estuviera yo de prisa ahora
(Que á la mujer de nuestro don Gregorio—
Por lo menos hará su media hora—
Á la reja dejé del locutorio),
Gustoso templaría la sonora
Lira para cantar á mi auditorio,
Tabaco amado, compañero mío,
Tu blando inexplicable poderío.

XLII.

Ya el cigarro te exhale, ó ya circules
En largos tubos ó enroscadas pipas,
Ó en polvo las narices estimules,
Tú los cuidados, tú el pesar disipas.
¿Á príncipes, magnates ó gandules
Una incomodidad ralla las tripas?
¿Abruma la fatiga? ¿Enfada el ocio?
Tú eres del alma cordïal socrocio.

XLIII.

Despejas tú la embarazada cholla
Del sabio, y le solazas las vigilias;
Más vívidos sus cuadros desarrolla
El pensamiento cuando tú le auxilias;
Y si el poeta alguna vez se atolla,
Le acorres tú; la rima le concilias
Que á sus esfuerzos se resiste ingrata,
Y en fácil verso el numen se desata.

XLIV.

Mas ahora es forzoso que se trate
De don Gregorio, que discurre y pita,
Pita y discurre; y luego pide un mate—
«¡Un mate!»—El buen señor se desgañita,
Y el mate no parece. «¡Cunefate!
¡Serafina! ¡Tomasa! ¡Margarita!
Es de perder el juicio, ¡Dios eterno!
¡Qué criados! ¡qué casa! ¡qué gobierno!»

XLV.

Viene por fin el mate.—«¿Y doña Elvira?»—
«Salió»—Gregorio pone el gesto grave,
Sorbe, y á la pared atento mira.—
«Y Margarita, ¿dónde está?»—«¡Quién sabe!»
«Toma; y no más.»—El mozo se retira—
«¡Cierra esa puerta, bestia!»—«¿La echo llave?»
«¡Bruto! ¿quieres aquí tenerme preso?
Júntala sólo, y márchate, camueso.»

XLVI.

Tras esto don Gregorio se reclina,
Y echa antes de comer su larga siesta.
Despierta: pita: sorbe; Serafina
Viene á decir que está la mesa puesta.
Comen. Un guachalomo, una gallina,
Porotos, charqui, un pavo tal cual fiesta
Es, con su buen por qué de ají y de grasa,
Lo que da la despensa de la casa.

XLVII.

Un rato Azagra está meditabundo;
Y ya que el buche con un trago enfría
De lagrimilla, «¡Es mucho fray Facundo!»
(Dice como entre veras é ironía);
«¡Qué talento de fraile! y ¡qué rotundo,
Qué colorado está! Por vida mía,
Que tiene harta razón Su Reverencia,
Para decir que engorda la abstinencia.»

XLVIII.

Dudando si lo que oye es befa ó loa,
Dice la dama con mirar perplejo:
«Aunque al siervo de Dios la envidia roa,
Es hombre de virtud y de consejo.»—
«Y do el siervo de Dios pone la proa,»
Responde en tono socarrón el viejo,
«No hay cosa que al esfuerzo no sucumba
De su elocuencia.» Impertinente zumba;

XLIX.

Y de que el buen señor se arrepintiera
En otras circunstancias. Ni al presente
Osara tanto Azagra, si no fuera
Que al recordar su treta, el pecho siente
Bullir de gozo. Elvira no se altera:
«Resuella por la herida mi pariente,»
Dice á su sayo, y calla.—«Fué un bonito
Recurso el de la bolsa de Agapito.»

L.

Prosigue Azagra: «Es franco caballero;
Tengo de su amistad más de una prueba;
Y prestará gustoso su dinero,
Cuando tan santo fin la cosa lleva.
Hija, mañana mismo hablarle quiero.» —
«Nuestra Señora sus entrañas mueva,
Y nuestro pensamiento ponga en planta;»
Contesta doña Elvira, y se levanta.

LI.

Don Gregorio tomó sombrero y capa,
Doña Elvira la saya y la mantilla.
Ella se va á las monjas; él se escapa
Al tajamar á donde la pandilla
De tertulianos al pasar le atrapa:
Se habla de independencia y de malilla;
Y de Marcó del Pont y de la España,
Y de cera, polvillo y telaraña.
....
....
....
....

A.





EL CÓNDOR Y EL POETA[1]

DIÁLOGO

POETA.

Escucha, amigo Cóndor, mi exorcismo;
Obedece á la voz del mago Mitre,
Que ha convertido en trípode el pupitre:
Apréstate á una espléndida misión.

---

[1] En 1848 el general argentino D. Bartolomé Mitre recitó en el patio del palacio de la Moneda de Santiago, en una fiesta nacional, la siguiente composición. De ella hizo el Sr. Bello la ingeniosa crítica contenida en este diálogo, en el cual censura algunos de los principales defectos que suelen afear la moderna poesía americana.

He aquí la composición del Sr. Mitre:

AL CÓNDOR DE CHILE.

Tú que en las nubes tienes aéreo nido,
Tiende tu vuelo, Cóndor atrevido,
Que sustentas de Chile el paladión;

CÓNDOR.

¡Poeta audaz que de mi aéreo nido
En el silencio lóbrego derramas
Cántico misterioso! ¿Á qué me llamas?
Yo sostengo de Chile el paladión.

POETA.

No importa; es caso urgente, es una empresa
Digna de ti, de tu encumbrado vuelo,
Y de tus uñas: subirás al cielo,
Escalarás la vasta esfera azul.

CÓNDOR.

¿Y qué será del paladión en tanto
Cuya custodia la nación me fia?

POETA.

Puedes encomendarlo por un día
Á las fieles pezuñas del Huemul.

Sigue del sol la luminosa huella,
Roba cual Prometeo otra centella
Para incendiar con ella á la nación.

Para incendiarla en alto patriotismo,
Para animar la antorcha del civismo,
Para encender al pueblo en la virtud,
Para templar los tibios corazones,
Para quemar los últimos girones
Del manto de la torpe esclavitud.

Extiende, extiende pronto el ala grave,
Como la parda vela de la nave

CONDOR.

Pero el camino del Olimpo ignoro....

POETA.

Mientes: tú hurtaste al cielo, ave altanera,
En pro de nuestros padres, la primera
Chispa de libertad que en Chile ardió.

CONDOR.

¡ Falaz leyenda ! ¡ Apócrifa patraña !
Robaba entonces yo por valle y cumbre,
Según mi antigua natural costumbre;
Monarca de los buitres era yo.
Años después, llamáronme, y conmigo
Vino esa pobre, tímida alimaña,
De los andinos valles ermitaña;
Y el paladión nos dieron á guardar.

Cuando siente bramar la tempestad ;
Vuela y trae en los ojos la centella
Que en ochocientos diez, fulgente y bella,
La antorcha reanimó de libertad.

Tú sabes ya el camino, ave altanera :
Fuiste de nuestros padres mensajera
Para pedir á Dios chispa inmortal
Con que incendiar de alarma los cañones,
Y derretir los férreos eslabones
De la dura cadena colonial.

Tú los viste lanzarse á la pelea,

Mal concertada yunta, que algún día,
Recordando los hábitos de marras,
Estuve á punto de esgrimir las garras,
Y atroz huemulicidio ejecutar.

POETA.

¡Oh mente de los hombres adivina!
¡Oh inspiración profética! No sabes,
Alado monstruo, espanto de las aves,
El oculto misterio de esa unión.
¡Junto á la mansa paz atroz instinto
De pillaje y de sangre! Incauto el uno,
Audaz el otro en tentador ayuno,
Y de la patria en medio el paladión!
Tremendo porvenir, yo te adivino,
Pero no tiemblo. Es fuerza te abras paso
De la ilustrada Europa al rudo ocaso;
Está en el libro del destino así.
Sus últimos destellos da la antorcha
Que el hijo de Japeto trajo al mundo;

Blandir la espada, sacudir la tea,
Vencer, morir, y alzarse como el león;
Mientras que tú, cruzando las esferas,
Dabas aire, de Chile á las banderas,
Y fuego, del patriota al corazón.

Tú los viste en la noche tempestuosa,
Guiados por tu pupila luminosa,
Cual por la estrella el navegante audaz,
Escalar de los Andes las montañas,
Esculpiendo en su cima las hazañas
Que realizaron con vigor tenaz.

Suceda al viejo faro moribundo
Joven tizón, ardiente, baladí.

CONDOR.

No sé, poeta, interpretar enigmas;
No entiendo de tizones ni de faro:
Deja los circunloquios y habla claro:
¿De qué se trata? Explícate una vez.

POETA.

De aquel fuego sagrado que trajiste
(Niégaslo en vano) á un ínclito caudillo,
Apenas queda agonizante brillo;
Nos viene encima infausta lobreguez.
Renovarlo es preciso.

CONDOR.

¿Cómo?

Allí también reverberó tu lumbre,
Cuando bajó rodando de la cumbre
Desmelenado el iracundo león,
Á par que retumbaba en la eminencia
El grito atronador de independencia,
Que repetía el mundo de Colón.

Desde entonces tu lumbre se ha eclipsado,
El corazón del pueblo se ha enfriado,
Y ha muerto el patrio fuego en el altar.
¡Fuego necesitamos! Danos fuego,
Que nuestros ojos abundante riego
De libertad al árbol sabrán dar.

POETA.

Debes
Seguir del sol la luminosa huella,
Sorprenderle, robarle una centella,
Metértela en los ojos, y escapar.

CONDOR.

Muy bien; me guardo el fuego en las pupi
Cual si fueran volcánicas cavernas.
¿Y qué haré luego de mis dos linternas?

POETA.

¡Quiero á Chile con ellas incendiar!

CONDOR.

¿Incendiarlo? ¿Estás loco? ¿De eso tratas?

Haz por los hijos lo que en otros días
Hiciste por sus padres, cuando hendías
Las esferas con ímpetu veloz,
Para traer la centella salvadora
Que de ese sol, que el universo adora,
Brotó, y en tus pupilas puso Dios.

Las alas tiende y sube hasta los cielos,
Cual si fueras á traer á tus hijuelos
El alimento que la vida da;
Y mientras bajas desde el alta esfera,
Nuestra voz de Setiembre á la bandera
Con himno popular saludará.



POETA.

Incendiarlo pretendo en patriotismo;
Abrasarlo, molondro, no es lo mismo:
Quiero hacer una inmensa fundición.
  Quiero llamas que cundan pavorosas,
Descomunales llamas, llamas grandes,
Que derritan la nieve de los Andes
Y la de tanto helado corazón.
  ¿Abrasar? ¡Linda flema!—¿Es tiempo ahora
De contentarse con mezquinas brasas
Que den pálida luz, chispas escasas
Como para el abrigo de un desván?
  No, señor: vasto incendio, llamas, llamas
Que unas sobre las otras se encaramen,
Y levantando rojas crestas bramen,
Y les sirva de fuelle un huracán.
  Despacha, pues; arranca; desarrolla
El raudo vuelo; tiende el ala grave,
Como la parda vela de la nave

  Y cuando traigas la centella ardiente
Que del cobarde el corazón caliente
Y nos llene de aliento varonil,
¡Oh Cóndor! danos sombra con tus alas,
Mientras que en el espíritu que exhalas
Impregnemos la túnica viril.

  Condúcenos después á la victoria;
Traza con luz la senda de la gloria
Que nos lleve sin sangre á la igualdad;
Toma luego en tu pico oliva y palma,
Y arrancando la chispa de nuestra alma
Vuélvesela á ese sol de libertad.

Cuando silba en la jarcia el vendabal.
  Vuela, vuela, plumífero pirata;
Recuerda tu nativa felonía;
Asalta de improviso al rey del día
En su carroza de oro y de cristal.

CONDOR.

  Ya te obedezco, y tiendo, como mandas,
El ala; aunque eso de tenerla un ave
No ligera ni leve, sino grave,
Para tanto volar no es lo mejor.
  Y si de más á más tenderla debo,
Como la parda vela el navegante
Cuando oye la tormenta resonante
Que amenazando silba, peor que peor.
  Que no despliega entonces el velamen,
Antes amaina el cauto marinero,
Y aguanta á palo seco el choque fiero,
Si salvar piensa al mísero bajel.
  Así lo vi mil veces, revolando
Entre las nubes negras, cuando hinchaba
La mar del Sur sus ondas, y bregaba
Contra la tempestad el timonel.

POETA.

  No lo entiendes: la nave del Estado
Es la que yo pintaba; y la maniobra
Á que apelamos hoy, cuando zozobra,
No es amainar, estúpido ladrón.

CONDOR.

¿Pues qué ha de hacer entonçes el piloto?

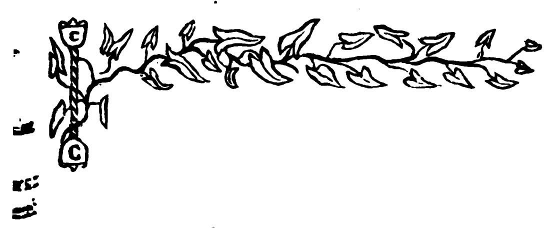
POETA.

Según doctrina de moderna escuela,
Debe correr fortuna á toda vela,
Sin bitácora, sonda ni timón.
Si tú leyeras, avechucho idiota,
Gacetas nacionales y extranjeras,
La ignorancia en que vives conocieras:
Todo ha cambiado entre los hombres ya.
Altos descubrimientos reservados
Tuvo el destino al siglo diez y nueve:
Hoy en cualquiera charco un niño bebe
Más que en un hondo río su papá.
¡Oh siglo de los siglos! ¡Cuál machacas
En tu almirez decrépitas ideas!
¡Qué de fantasmagorias coloreas
En el vapor del vino y del café!
¡No era lástima ver encandilarse
Los hombres estudiándose á sí mismos,
Y tras mil embrollados silogismos
Salir con *sólo sé que nada sé!*
¡Ea, pues! ¡Á la empresa, bate el ala,
Y apercibe también las corvas uñas,
Y guárdate de mí si refunfuñas,
Lobo rapaz ingerto de avestruz.

CONDOR, *volando.*

Ama áun el buitre robador su nido;
Chile, á traerte voy, no la centella
Que incendiando devora, sino aquella
Que da calor vital y hermosa luz.





Á LA NOTICIA

DE

LA MUERTE DE MAC GREGOR

SONETO

Lleno de susto un pobre cabecilla
Leyendo estaba en oficial Gaceta,
Cómo ya no hay lugar que no someta
El poder invencible de Castilla.

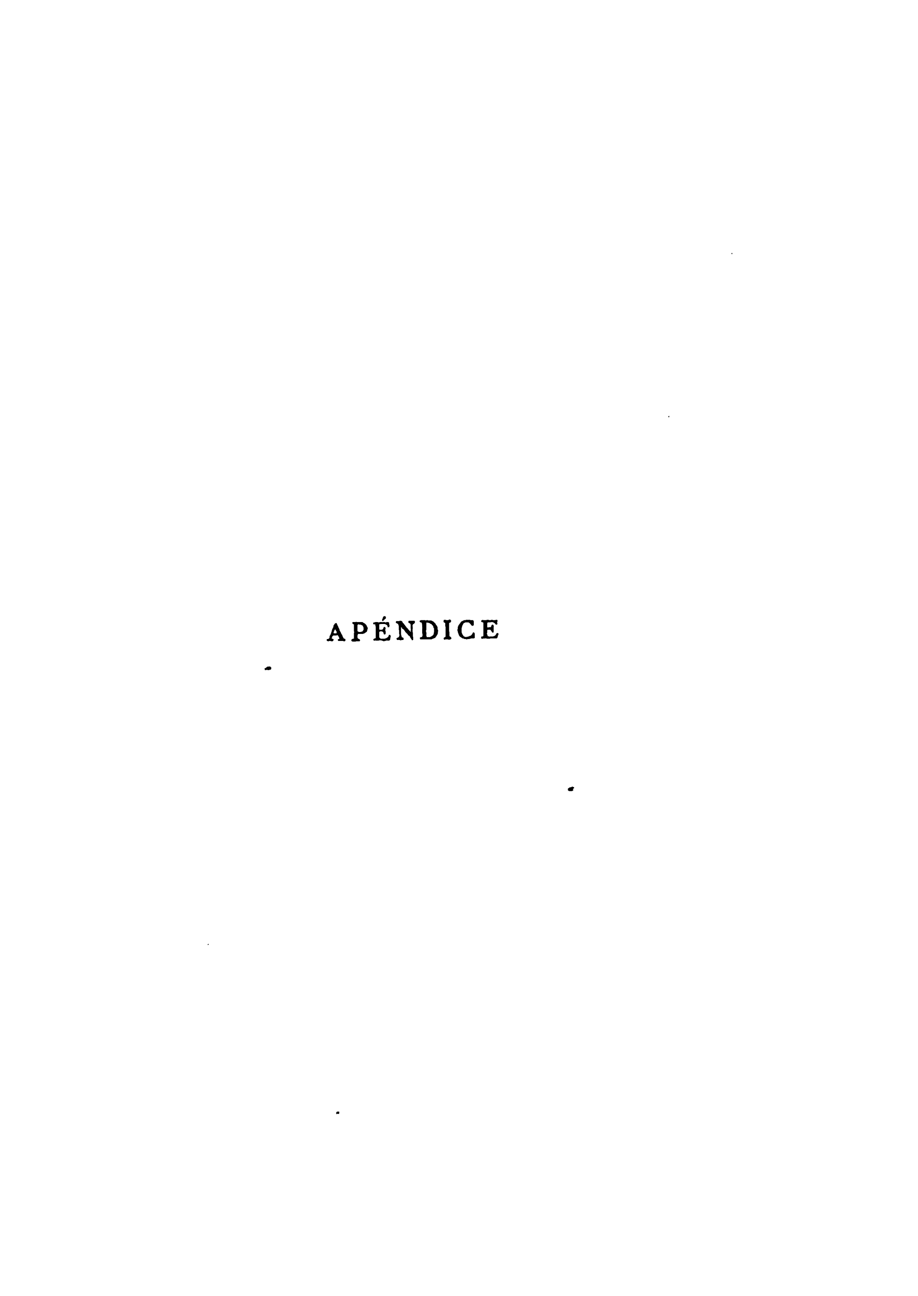
De insurgentes no queda ni semilla;
Á todos destripó la bayoneta,
Y el funesto catálogo completa
Su propio nombre en letra bastardilla.

De cómo fué batido, preso y muerto,
Y cómo me le hicieron picadillo,
Dos y tres veces repasó la historia;

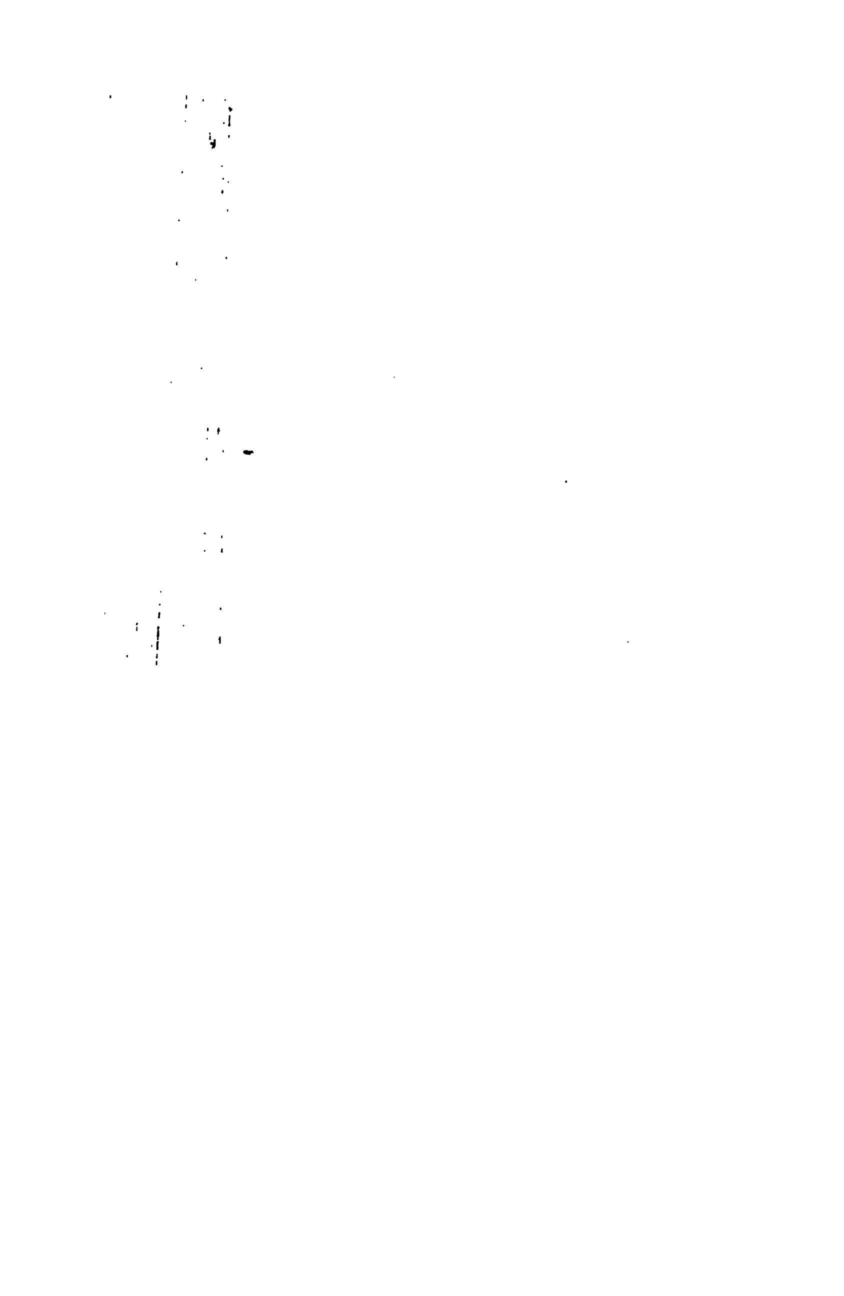
Tanto, que al fin, teniéndolo por cierto
Exclamó compungido el pobrecillo:
¿Conque es así? ¡Pues Dios me tenga en g

Londres, 1819.





APÉNDICE





MIS DESEOS

—

SONETO

(Inédito.)

Hoc erat in votis, etc.

Sabes, rubia, qué gracia solicito
Cuando de ofrenda cubro los altares?
No ricos muebles, no soberbios lares,
Ni una mesa que adule al apetito.

De Aragua á las orillas un distrito
Que me tribute fáciles manjares,
Do vecino á mis rústicos hogares
Entre peñascos corra un arroyito.

Para acogerme en el calor estivo,
Que tenga una arboleda también quiero,
Do crezca junto al sauce el coco altivo.

¡Felice yo si en este albergue muero,
Y al exhalar mi aliento fugitivo,
Sello en tus labios el adiós postrero!





Á LA VACUNA

I.

POEMA EN ACCIÓN DE GRACIAS AL REY DE LAS ESPAÑAS POR LA PROPAGACIÓN DE LA VACUNA EN SUS DOMINIOS, DEDICADO AL SR. D. MANUEL DE GUEVARA VASCONCELOS, PRESIDENTE GOBERNADOR Y CAPITÁN GENERAL DE LAS PROVINCIAS DE VENEZUELA.

(Inédito.)

VASCONCELOS ilustre, en cuyas manos
El gran monarca del imperio Ibero
Las peligrosas riendas deposita
De una parte preciosa de sus pueblos:
Tú que, de la corona asegurando
En tus vastas provincias los derechos,
Nuestra paz estableces, nuestra dicha
Sobre inmobles y sólidos cimientos:
Íris afortunado que las negras
Nubes que oscurecían nuestro cielo

Con sabias providencias ahuyentaste,
El orden, la quietud restituyendo;
Órgano respetable, que al remoto
Habitador de este ignorado suelo
Con largueza benéfica trasmites
El influjo feliz del solio regio:
Digno representante del gran Carlos,
Recibe en nombre suyo el justo incienso
De gratitud, que á su persona augusta
Tributa la ternura de los pueblos:
Y pueda por tu medio levantarse
Nuestra unánime voz al trono excelso
Donde cual númen bienhechor derrama
Toda especie de bien sobre su imperio:
Sí, Venezuela exenta del horrible
Azote destructor, que en otro tiempo
Sus hijos devoraba, es quien te envía
Por mi tímido labio sus acentos.

¿Venezuela? Me engaño. Cuantos moran
Desde la costa donde el mar soberbio
De Magallanes brama enfurecido
Hasta el lejano polo contrapuesto;
Y desde aquellas islas venturosas
Que ven precipitarse al rubio Febo
Sobre las ondas, hasta las opuestas
Filipinas que ven su nacimiento,
De ternura igualmente poseidos
Sé que unirán gustosos á los ecos
De mi musa los suyos, pregonando
Beneficencia tanta al universo.
Tal siempre ha sido del monarca hispano

El cuidadoso paternal desvelo
Desde que las riberas de ambas Indias
La española bandera conocieron.

Muchas regiones, bajo los auspicios
Españoles produce el hondo seno
Del mar, y en breve tiempo las adornan
Leyes, industria, población, comercio.
El piloto que un tiempo las hercúleas
Columnas vió con religioso miedo,
Aprende nuevas rutas, y las artes
Del antiguo traslada al mundo nuevo.
Este mar vasto donde vela alguna
No vieron nunca flamear los vientos;
Este mar donde solas tantos siglos
Las borrascas reinaron ó el silencio,
Vino á ser el canal que trasladando
Los dones de la tierra y los efectos
De la fértil industria, mil riquezas
Derramó sobre entrambos hemisferios.

Un pueblo inteligente y numeroso
El lugar ocupó de los desiertos,
Y los verjeles de Pomona y Flora
Á las zarzas incultas sucedieron.
No más allí con sanguinarios ritos
El nombre se ultrajó del Sér Supremo,
Ni las inanimadas producciones
Del cincel, le usurparon nuestro incienso:
Con el nombre español por todas partes
La luz se difundió del Evangelio,
Y fué con los pendones de Castilla

La cruz plantada en el indiano suelo.
Parecía completa la grande obra
De la real ternura: en lisonjero
Descanso las nacientes poblaciones
Bendecían la mano de su dueño.
Cuando aquel fiero azote, aquella horrible
Plaga exterminadora que del centro
De la abrasada Etiopia trasmitida
Funestó los confines europeos,
Á las nuevas Colonias trajo el llanto
Y la desolación: en breve tiempo
Todo se daña y vicia; un gas impuro
La región misma inficionó del viento;
Respirar no se pudo impunemente;
Y este diáfano flúido en que elementos
De salud y existencia hallaron siempre
El hombre, el bruto, el ave y el insecto,
En cuyo seno bienhechor extrae
La planta misma diario nutrimento,
Corrompióse, y en vez de dones tales,
Nos trasmitió mortífero veneno.
Viéronse de repente señalados
De hedionda lepra los humanos cuerpos,
Y las ciudades todas y los campos
De disformes cadáveres cubiertos.
No: la muerte á sus víctimas infaustas
Jamás grabó tan horroroso sello;
Jamás tan degradados de su noble
Belleza primitiva descendieron
Al oscuro recinto del sepulcro,
Humanidad, tus venerables restos:
La tierra las entrañas parecía

Con repugnancia abrir para esconderlos.
De la marina costa á las ciudades,
De los poblados pasa á los desiertos
La mortandad, y con fatal presteza
Devora hogares, aniquila pueblos.

El palacio igualmente que la choza
Se ve de luto fúnebre cubierto,
Perece con la madre el tierno niño,
Con el caduco anciano los mancebos.
Las civiles funciones se interrumpen,
El ciudadano deja los infectos
Muros; nada se ve, nada se escucha
Sino terror, tristeza, ayes, lamentos.
¡Qué de despojos lleva ante su carro
Tisífone! ¡Qué número estupendo
De víctimas arrastran á las hoyas
La desesperación y el desaliento!
¡Cuántos á manos mueren del más duro
Desamparo! Los nudos más estrechos
Se rompen ya: la esposa huye al esposo,
El hijo al padre y el esclavo al dueño.
¡Qué mucho si las leyes autorizan
Tan dura división!.... Tristes degredos,
Hablad vosotros; sed á las edades
Futuras asombroso monumento,
Del mayor sacrificio que las leyes
Por la pública dicha prescribieron.
Vosotros que en desorden espantoso
Mezclados presentáis helados cuerpos;
Y vivientes que luchan con la Parca,
En cuyo seno oscuro, digno asiento

Hallaron la miseria y los gemidos;
Mal segura prisión donde el esfuerzo
Humano, encarcelar quiso el contagio,
Donde es delito el santo ministerio
De la piedad, y culpa el acercarse
Á recoger los últimos alientos
De un labio moribundo, donde falta
Al enfermo infelice hasta el consuelo
De esperar que á los huesos de sus padres
Se junten en el túmulo sus huesos.
Tú también contemplaste horrorizada
De aquella fiera plaga los efectos;
Tú, mar devoradora, donde ejercen
La tempestad y los airados Euros
Imperio tan atroz: donde amenaza
Aliado con los otros tu elemento
Cada instante un naufragio; entonces diste
Nuevo asunto al pavor del marinero.
Entonces diste á la severa Parca
Duplicados tributos. De su seno
Las apestadas naves vomitaron
Asquerosos cadáveres cubiertos
De contagiosa podre. El desamparo
Hizo allí más terrible, más acerbo
El mortal golpe: en vano solicita
Evitar en la tierra tan funesto
Azote el navegante: en vano pide
El saludable asilo de los puertos,
Y reclamando va por todas partes
De la hospitalidad los santos fueros:
Las asustadas costas le rechazan;
Pero corramos finalmente el velo

Á tan tristes objetos, y su imagen
Del polvo del olvido no saquemos,
Sino para que en cánticos perennes
Bendigan nuestros labios al Eterno
Que ya nos ve propicio, y al gran Carlos,
De sus beneficencias instrumento.

Suprema Providencia, al fin llegaron
Á tu morada los llorosos ecos
Del hombre consternado, y levantaste
De su cerviz tu brazo justiciero:
Admirable y pasmosa en tus recursos
Tú diste al hombre medicina, hiriendo
De contagiosa plaga los rebaños;
Tú nos abriste manantiales nuevos
De salud en las llagas, y estampaste
En nuestra carne un milagroso sello
Que las negras viruelas respetaron.
Gésner es quien encuentra bajo el techo
De los pastores tan precioso hallazgo.
Él publicó gozoso al universo
La feliz nueva, y Carlos distribuye
Á la tierra la dádiva del cielo.

Carlos manda, y al punto una gloriosa
Expedición difunde en sus inmensos
Dominios el salubre beneficio
De aquel grande y feliz descubrimiento.
Él abre de su Erario los tesoros,
Y estimulado con el alto ejemplo
De la regia piedad se vigoriza
De los cuerpos patrióticos el celo.

Él escoge ilustrados profesores
Y un sabio director, que al desempeño
De tan honroso cargo contribuyen
Con sus afanes, luces y talento.
¡Ilustre expedición! La más ilustre
De cuantas al asombro de los tiempos
Guardó la humanidad reconocida,
Y cuyos salutíferos efectos
Á la edad más remota propagados,
Medirá con guarismos el ingenio,
Cuando pueda del Ponto las arenas
Ó las estrellas numerar del cielo.
Que de polvo se cubran para siempre
Estos tristes anales, donde advierto
Sobre humanas cenizas erigidos
De una bárbara gloria los trofeos.

Expedición famosa, tú desluces,
Tú sepultas en lóbrego silencio
Aquellas melancólicas hazañas,
Que la ambición y el fausto sugirieron;
Tú, mientras que guerreros batallones
En sangre van sus pasos imprimiendo,
Y sobre estragos y ruïna corren
Á coronarse de un laurel funesto,
Ahuyentas á la Parca de nosotros
Á costa de fatigas y desvelos;
Y en galardón recibes de tus penas
El llanto agradecido de los pueblos.
Con destrucción, cadáveres y luto
Marcan su infausta huella los guerreros,
Y tú bajo tus piés, por todas partes,

La alegría derramas y el consuelo.
Á tu vista los hórridos sepulcros
Cierran sus negras fauces, y sintiendo
Tus influjos, vivientes nuevos brota
Con abundancia inagotable el suelo;
Tú, mientras la ambición cruza las aguas
Para llevar su nombre á los extremos
De nuestro globo, sin pavor arrostras
La cólera del mar y de los vientos,
Por llevar á los pueblos más lejanos
Que el sol alumbra, los favores regios,
Y la carga más rica nos conduces
Que jamás nuestras costas recibieron.
La agricultura ya de nuevos brazos
Los beneficios siente, y á los bellos
Días del siglo de oro nos traslada:
Ya no teme esta tierra que el comercio
Entre sus ricos dones le conduzca
El mayor de los males europeos,
Y á los bajeles extranjeros abre
Con presuroso júbilo sus puertos.
Ya no temen en cambio de sus frutos
Llevar los labradores hasta el centro
De sus chozas pacíficas la peste,
Ni el aire ciudadano les da miedo.
Ya con seguridad la madre amante
La tierna prole aprieta contra el pecho,
Sin temer que le roben las viruelas
De su solicitud el caro objeto.
Ya la hermosura goza el homenaje
Que el amor le tributa, sin recelo
De que el contagio destructor, ajando

Sus atractivos, le arrebate el cetro.
Reconocidos á tan altas muestras
De la regia bondad, nuestros acentos
De gratitud á los remotos días
De la prosperidad trasmitiremos.
Entonces, cuando el viejo á quien agobia
El peso de la edad pinte á sus nietos
Aquel terrible mal de las viruelas
Y en su frente arrugada muestre impresos
Con señal indeleble los estragos
De tan fiero contagio, dirán ellos:
«Las virüelas, cuyo sólo nombre
Con tanto horror pronuncias, ¿qué se han hecho?»
Y les responderá con las mejillas
Inundadas con lágrimas de afecto:
«Carlos el Bienhechor, aquella plaga
Desterró para siempre de sus pueblos.»
¡Sí, Carlos Bienhechor! Este es el nombre
Con que ha de conocerte el Universo,
El que te da Caracas, y el que un día
Sancionará la humanidad y el tiempo.
De nuestro labio acéptale gustoso
Con la expresión unánime que hacemos
Á tu persona y á la augusta Luisa
De eterna fe, de amor y rendimiento.
Y tú que del ejército dispones
En admirables leyes el arreglo
Y el complicado cuerpo organizando
De la milicia, adquieres nombre eterno:
Tú, por quien de la paz los beneficios
Disfruta alegre el español imperio,
Y á cuya frente vencedora, honroso

Lauro los cuerpos lusitanos dieron;
Tú, que teniendo ya derechos tantos
Á nuestro amor, al público respeto
Y á la futura admiración, añades
Á tu gloriosa fama timbres nuevos,
Protegiendo, animando la perpetua
Propagación de aquel descubrimiento,
Grande y sabio Godoy, tú también tienes
Un lugar distinguido en nuestro pecho.
Y á ti Balmis, á ti que abandonando
El clima patrio vienes como genio
Tutelar de salud sobre tus pasos
Una vital semilla difundiendo,
¿Qué recompensa más preciosa y dulce
Podemos darte? ¿Qué más digno premio
Á tus nobles tareas que la tierna
Aclamación de agradecidos pueblos
Que á ti se precipitan? ¡Oh, cuál suena
En sus bocas tu nombre!.... Quiera el cielo,
De cuyas gracias eres á los hombres
Dispensador, cumplir tan justos ruegos;
Tus años igualar á tantas vidas
Como á la Parca roban tus desvelos,
Y sobre ti sus bienes derramando
Con largueza colmar nuestros deseos.







VENEZUELA CONSOLADA

(Inédito.)

PERSONAS.

VENEZUELA.—EL TIEMPO.—NEPTUNO.

El teatro representa un bosque de árboles del país.

ESCENA PRIMERA.

(Venezuela aparece en actitud de tristeza.)

VENEZUELA.

Errante pasajero,
¿Dime en qué triste sitio
Contemplaron tus ojos
Un dolor semejante al dolor mío?
Tú, que en mejores días
Viste el hermoso brillo
Con que Naturaleza
Ostentó su poder en mis dominios:

Hoy á los dolorosos
Accesos con que explico
Al Universo todo
Mis desventuras, une tus gemidos...
Afortunados días
De gozo y regocijo,
Estación de abundancias,
Alegre imagen del dorado siglo.
¡Qué pronto en noche oscura
Os habéis convertido!
¡Qué tenebrosa sombra
Sucede á vuestro lustre primitivo!

ESCENA II.

DICHA, EL TIEMPO.

EL TIEMPO.

Desusados clamores
En el feliz recinto
De Venezuela escucho:
Antes todo era cánticos festivos;
Mas ya no se percibe
El acorde sonido
De gratos instrumentos
Ni de danzas alegres el bullicio.
Por todas partes oigo
Sólo quejosos gritos
Y lastimeros ayes,
Pavor, tristeza, anuncia cuanto miro
Deliciosas provincias,
Frondoso y verde hospicio

De la rica Amaltea,
¿Qué se hicieron, decidme, los corrillos
De zagalas, alcores
De pastores festivos,
Que hacían á la tierra
Envidiar vuestro júbilo continuo?
Pero sobre la alfombra
De este prado mullido,
Á Venezuela misma,
Si no me engaña la aprehensión, diviso.
Venezuela es sin duda....
Y su rostro abatido,
Sus inmóviles ojos
De profunda tristeza dan indicios.
Diosa de estos confines,
¿Qué funestos motivos
Á tan fatal extremo
De aflicción y dolor te han compelido?
¿No eres tú Venezuela?
¿Falta acaso á tus hijos
Del español Monarca
La amorosa tutela y patrocinio?

VENEZUELA.

Si por ventura guardas
¡Oh Tiempo! en tus archivos
La historia de infortunios
Que puedan compararse con los míos;
Si tan lúgubre escena
Vieron jamás los siglos,
Condena entonces, Tiempo,
El extremo de angustia en que me miro.

Las atroces viruelas,
Azote vengativo
De los cielos airados,
Ejercen su furor sobre mis hijos.
La atmósfera preñada
De vapores malignos,
Propaga á todas partes
Con presteza terrible el exterminio.
En las casas y calles,
Y sobre el sacro quicio
De los templos, se miran
Cadáveres sin número esparcidos.
Del enfermo infelice,
Huyen despavoridos
Cuantos en su semblante
Ven de la peste el negro distintivo.
¡Qué lúgubres objetos!
Aquél deja al recinto
De sus lares impuros
Una familia, y busca en los pajizos
Campesinos albergues
Un saludable asilo;
Más allá, separado
Del seno de la madre el tierno niño,
Y al degredo por manos
Extrañas conducido,
El maternal socorro
Implora en vano con agudos gritos.
espira el anciano
equeño alivio
cierre siquiera
llecientes párpados el hijo.

Allí noto que arrojan
Al hoyo confundidos
En espantosa mezcla
Con cadáveres yertos cuerpos vivos.
¿Pues cómo, cuando escenas
Tan tristes examino,
Te admiras de que acuda
Llanto á los ojos y á la voz quejido?

EL TIEMPO.

No, Venezuela, nunca
Más fundado motivo
Las lágrimas tuvieron
Que el que tienen las tuyas: desde el sitio
De brillantez y gloria
Á que los beneficios
Del trono te ensalzaron,
Hoy te despeña al más profundo abismo
De horrores y miserias,
Ese contagio impío
Que tus hijos devora,
Esas viruelas cuyo agudo filo
Por todas partes lleva
El luto, el exterminio,
Y en soledades vastas
Deja sus territorios convertidos.
Llora, pues, tu miseria,
Llora tu lustre antiguo
Y tus pasadas glorias,
De que estaba envidioso el cielo mismo.
Laméntate en buen hora;
Á tu dolor crecido,

Venezuela, no puedo
Yo mismo, siendo el Tiempo, dar alivio,
   Y así.... Pero ¿qué escucho?
(Se oye música alegre.)

VENEZUELA.

¿Sueño, cielos?

TIEMPO.

¿Deliro?

VENEZUELA.

¿No siento alegres voces?

TIEMPO.

¿Regocijados sones no percibo?

CORO.

   Recobra tu alegría, Venezuela,
Pues en tu dicha el cuarto Carlos vela.

UNA VOZ.

¡Á las próvidas leyes
Del mejor de los reyes
   Debías la riqueza, la cultura,
La paz apetecida!
Hoy la salud, la vida,
Dádivas son también de su ternura.

CORO.

   Recobra tu alegría, Venezuela,
Pues en tu dicha el cuarto Carlos vela.

VENEZUELA.

¿No sabremos decir de dónde vienen
Tan gozosos acentos?

TIEMPO.

Apartando
Los enramados árboles, camina
Hacia nosotros, con ligero paso,
Un incógnito Numen. Su cabello
Húmedas gotas vierte, y coronado
Está de algas marinas; pero juzgo
Reconocerle ya, pues en las manos
Conduce el gran tridente.

ESCENA III.

DICHOS, NEPTUNO.

NEPTUNO.

Mi venida
Es á daros consuelo. Cese el llanto.
La queja interrumpid. Yo soy el Numen
Á quien presta obediencia el mar salado;
Neptuno soy, que....

VENEZUELA (Con espanto).

Vete de mis ojos;
Para siempre, retírate. El amargo
Conflicto en que me miras, ¿de quién vino,
Sino de ti? Mi doloroso estado
Otra causa no tiene que tú sólo;
Al dulce abrigo del monarca hispano,

Venturosa y pacífica vivía,
Las plagas y los males ignorando
Que al resto de la tierra desolaban.
Su nombre augusto en inmortales cantos
Bendecir, celebrar sus beneficios
Era la ocupación, era el cuidado
Que el cielo me imponía. Los favores
Gozaba alegre de su regia mano,
Cuando en infaustas naves me trajiste
De las viruelas el atroz contagio.
¿Cómo pretendes, pues, que Venezuela
Sin turbación te mire y sin espanto?

NEPTUNO.

Tus lágrimas enjuga, Venezuela:
Los cielos de tu pena se apiadaron:
Ya no verás á tus dichosos hijos
Con tan horrenda plaga señalados;
Ya Carlos de tus pueblos la destierra
Para siempre.

VENEZUELA.

¡Qué dices! ¿Puede acaso
El humano poder?....

NEPTUNO.

Escucha atenta
Los beneficios de tu augusto Carlos.
Y tú, Tiempo, conserva en tus archivos
empre el más grande y señalado
que jamás vieron los siglos
que su carrera comenzaron.

En la fértil provincia de Glocester,
Á la orilla del Támesis Britano,
Aparecieron de repente heridos
De contagiosa plaga los rebaños.
Á los cuerpos pasó de los pastores
El nuevo mal, y cuando los humanos
El número juzgaban de las pestes
Por la divina cólera aumentado,
Notaron con asombro que venía
En aquel salutífero contagio
Encubierto un feliz preservativo
Que las negras viruelas respetaron:
Gesner tuvo la dicha de observarle,
Y de su territorio en pocos años
Desterró felizmente las viruelas,
El contagio vacuno propagando.
¿Qué acogida imaginas que daría
La ternura benévola de Carlos
Al gran descubrimiento que liberta
Á sus queridos pueblos del estrago
De las negras viruelas? Al momento
Escoge profesores ilustrados
Y un sabio director cuyas fatigas
Llevan hasta los puertos más lejanos
De sus dominios el precioso flúido
Que de viruela libra á los hermanos.
Sí, Venezuela; alégrate; tus playas
Reciben hoy el venturoso hallazgo
De Gesner, que te envía como muestra
De su regia bondad tu soberano.
Hallazgo que tus hijos te asegura,
Que de vivientes llena los poblados,

Que libra de temores la belleza
Y, dando á la cultura nuevos brazos
Para que en tus confines amanezcan
Días alegres, puros, sin nublados,
El gozo te dará con la abundancia
Y la felicidad con el descanso.

VENEZUELA.

¡Oh gran Dios! ¿Conque al fin las tristes quejas
De Venezuela á tu mansión llegaron?
¿Conque nos miras ya compadecido?
Al Eterno cantad regocijados
Himnos, ¡oh pueblos! que debéis la vida
Y la salud á su potente brazo:
Que resuene su nombre en las eternas
Bóvedas, y después que el holocausto
De gratitud ante su trono excelso
Hayáis humildemente tributado,
Haced también sinceras expresiones
De reconocimiento al Soberano.
Del más cumplido gozo dad señales,
Y publicad en otro alegre canto
La gran ventura de que sóis deudores
Á su paterno, cuidadoso amparo.

TIEMPO.

¿Y nosotros qué hacemos, que en tal día
Todos nuestros esfuerzos no juntamos
Para solemnizar el beneficio
Que recibe este pueblo de sus manos?
Á ti, Neptuno, el cetro de los mares
Los supremos destinos entregaron.

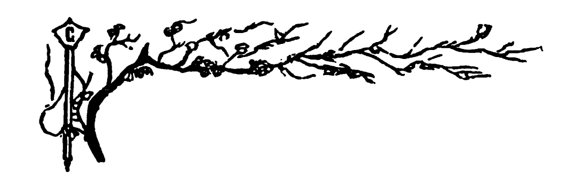
Pomona enriqueció de bellos frutos
Venezuela, tu clima afortunado;
Y yo, que soy el Tiempo, á mi capricho
Rijo las estaciones y los años.
¿Por qué nuestras funciones reuniendo
Suceso tan feliz no celebramos?

NEPTUNO.

Tienes razón: aguarda. Roncos vientos
Que subleváis con vuestro soplo airado
Las bramadoras ondas, tempestades,
Furiosos huracanes, sosegaos,
Y en el imperio todo de las aguas,
La dulce calma reine y el descanso:
Respetad este día venturoso,
Y donde quiera que miréis las naos
De la dichosa expedición que trae
Tantos bienes al suelo americano,
Callad y respetadla.—Habitadores
De los marinos, húmedos palacios,
Rubias Nereidas que de frescas ovas
Lleváis vuestro cabello coronado,
Formad alegres danzas; y vosotras,
Blancas sirenas que adormís cantando
Al navegante, haciendo que le sea
Grato el morir, dulcísimo el naufragio,
Entonad himnos nuevos, y acompañen
Los roncos caracoles vuestro canto,
Los móviles Tritones difundiendo
Alegres ecos por el vasto espacio.

Te ofrezco derramar sobre estos pueblos,
Que tus leyes respetan prosternados,
Fecundidad, riqueza y lozanía,
Dorados frutos, nutritivos granos.
Yo te juro también que con perenne
Aclamación repetirán sus labios:
«¡Viva el digno Monarca que nos libra
De las viruelas! ¡Viva el cuarto Carlos!»
Hombre, mujer, infante,
Todo mortal que pise
Estos confines, cante
Á Carlos Bienhechor;
Publique Venezuela
Que quien de nuestro clima
Lanzó la atroz viruela,
Fué su paterno amor. (Se repite.)





HIMNO DE COLOMBIA

CANCIÓN MILITAR

DEDICADA

Á S. E. EL LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR

I.

OTRA vez con cadenas y muerte
Amenaza el tirano español;
Colombianos, volad á las armas,
Repeled, repeled la opresión.
Suene ya la trompeta guerrera,
Y responda tronando el cañón;
De la patria seguid la divisa
Que os señala el camino de honor.

CORO.

Suena ya la trompeta guerrera
Y responde tronando el cañón;
Ya la patria arboló su divisa,
Que nos muestra el camino de honor

II.

¿Qué patriota de nobles ideas
Apetece la torpe inacción?
¿Quién aprecia el reposo entre grillos?
Ciudadanos, morir es mejor.
¡Libertad, haz que dulce resuene
De Colombia á los hijos tu voz!
Que jamás uno solo se afrente
Prefiriendo la vida al honor.

CORO.

Libertad ¡oh, cuán dulce que suena
De Colombia á los hijos tu voz!
No será que uno solo se afrente
Prefiriendo la vida al honor.

III.

De la patria es la luz que miramos,
De la patria la vida es un don;
Verteremos por ella la sangre,
Por un bárbaro déspota no.
Libertad es la vida del alma;
Servidumbre hace vil al varón;
Defender á un tirano es oprobio;
Perecer por la patria es honor.

CORO.

Libertad es la vida del alma;
Servidumbre hace vil al varón;

Defender á un tirano es oprobio;
Perecer por la patria es honor.

IV.

Defended este suelo sagrado
Que crecer vuestra infancia miró;
En que yacen cenizas heroicas,
En que reina una libre nación.
Recordad tantas prendas queridas:
De la esposa el abrazo de amor,
De los hijos el beso inocente,
De los padres la herencia de honor.

CORO.

Defendamos la patria querida,
Que nos guarda las prendas de amor;
Defendamos los caros hogares;
Conservemos la herencia de honor.

V.

Recordad los patriotas ilustres
Que cobarde crueldad inmoló;
¿No escucháis que apellidan venganza?....
Embestid á esa turba feroz.
Recordad del Araure los campos
Que el valor colombiano ilustró;
Á Junín, Boyacá y Ayacucho,
Monumentos eternos de honor.

CORO.

Recordemos de Araure los campos
Que el valor colombiano ilustró;
Á Junín, Boyacá y Ayacucho,
Monumentos eternos de honor.

VI.

¿Véis llegar las legiones venales
Que conduce á la lid la ambición?
Contra pechos de libres patriotas
Impotente será su furor.
Atacad: una fe mercenaria
Poco da que temer al valor;
¡Por victoria hallarán escarmiento,
Por botín llevarán deshonor!

CORO.

Avanzad, oh legiones venales,
Que conduce á la lid la ambición;
Por victoria hallaréis escarmiento,
Por botín llevaréis deshonor.





Á LA SEÑORA

DOÑA JULIA CODECIDO DE MORA

SUPLICA EL AUTOR

QUE SE SIRVA ESCRIBIR ESTOS VERSOS EN SU ÁLBUM

Si es humilde homenaje, si es tardío,
Encantadora Julia, el que te envío,
Perdona á la aflicción, perdona al duelo
En que abrumó mi corazón el cielo.

Tú supiste la causa de mi lloro,
Y también la lloraste, lo aseguro;
Que, de cuanto es amable, y tierno, y puro,
Tu pecho es el santuario y el tesoro.

Como tu padre en ti se goza y place,
Tal me gozaba yo, tal me placía
En la que ahora helado polvo yace,
Presa inmatura de la Parca impía.

Tú sabes qué celajes de esperanza,
Tal vez á un padre el porvenir figura;
Celajes ¡ay! de aérea lontananza
Que vi tornarse luego en sombra oscura.

Pues, en ese horizonte arrebolado,
Hoy á mis ojos noche opaca y triste,
Verte me parecía, y á tu lado
La que para su padre ya no existe.

Creíla á conocerte destinada,
Y si permites, Julia, que lo diga,
Creíla, de tus prendas adornada,
Merecedora de llamarte amiga.

No quiso que lo fuese, concederme
El cielo; á mi ternura arrebatóla
Y á tu cariño; muda, yerta, sola,
Mi hija querida en el sepulcro duerme.

Que así tu tierno corazón lastime,
Perdona. ¿Puede dar dulces acentos
Un alma que en dolor profundo gime?
De ayes sólo es capaz y de lamentos.

Colgué en un árbol mustio de la selva
Mi destemplada lira envuelta en luto;
Y si me pides que á pulsarla vuelva,
¿Cómo negarte, Julia, este tributo?

¡Feliz, si la memoria que grabada
Llevo, le vale, y Julia lo recibe,
Y el nombre de mi Anita malograda,
Que pongo en él, tu bella mano escribe;

Y en este libro en que, con larga vena,
Derrama sus halagos poesía,
Le da lugar, y lúgubre elegía
Entre armoniosos cantos no disuena!

Sí, le darás lugar; no el que se debe
Al noble ingenio, al inspirado numen
(Tanto mis toscos versos no presumen),
Sino, en secreta hoja, espacio breve.

Así tal vez en un recinto ameno,
Brillan á competencia Arte y Natura;
El aire está de mil aromas lleno;
Onda argentina acá y allá murmura.

Entre marmoreos arcos se divisa
Bello pensil de espléndidos colores;
Y en torno de la Ninfa que lo pisa,
Brotan del suelo enamoradas flores;

Y en una parte solitaria, inculta;
Do apenas lleva el aura silenciosa
Ecos lejanos, débiles, oculta
Un sauce llorador funérea losa.

1852.





CANCIÓN

Á

LA DISOLUCIÓN DE COLOMBIA

DEJA, Discordia bárbara, el terreno
Que el pueblo de Colón á servidumbre
Redimió vencedor; y allá vomita,
Aborrecida furia, tu veneno,
Y esa tu tea, á cuya triste lumbre
El tierno pecho maternal palpita,
Allá tan solo agita
Donde jamás fué oido
De libertad el nombre,
Y donde el cuello dobla, encallecido
Bajo indigna cadena, el hombre al hombre.

¿El que la ley ató sagrado nudo
Que se dignaron bendecir los cielos
En tanta heróica lid desde los llanos

Que baña el Orinoco hasta el desnudo
Remoto Potosí, romperán celos
Indignos de patriotas y de hermanos?
¿De labios colombianos
Saldrá la voz impía :
Colombia fué? ¿Y el santo
Título abjuraremos que alegría
Al nuevo mundo dió y á Iberia espanto?

¡Ah! No será, ni en corazones cabe
Que enamoró la gloria, tanta mengua;
Ó si pudo el valor desatentado
Culpa, un momento, consentir tan grave,
Honor lo contradijo, y de la lengua
Volvió la voz al pecho horrorizado;
Que no en vano regado
Con la sangre habrá sido
De víctimas sin cuento
El altar do en mil votos repetido
Se oyó de unión eterna el juramento.

¿Qué acento pudo á la postrada España
Más alegre sonar? Miradla el luto
Mudar gozosa en púrpura fulgente.
Ya en su delirio la visión apaña
Del cetro antiguo, y el servil tributo
Demanda con usura al occidente.
Brilla en la cana frente
El orgullo altanero,
Cual súbito revive,
Cuando iba el rayo á despedir postrero,
La tibia luz que pábulo recibe.

«¿Es este el pueblo desdeñoso, esquivo
(Con irrisión dirá), que oprobio estima
Mis leyes, y mi nombre vituperio?
No de tener el corazón altivo
De sus padres blasone: no le anima
Alma capaz de libertad é imperio.
En largo cautiverio
Degeneraron: falta,
Para llevar á cabo
Una empresa tan alta,
Generosa virtud al que fué esclavo.

«¿Véislos violar el pacto, fementidos,
Jurado apenas? ¿Véislos ya la espada
Contra sí revolver? El ebrio sueño
Desvanecióse: en breve, en breve uncidos
Pedirán ser á la coyunda usada,
Y de la voz se acordarán del dueño.»
—¡Ciego error! ¡vano empeño!
Si dejada el torrente
Su natural costumbre
Arrastrare sus ondas á la fuente,
Querrá volver el libre á servidumbre.

Mas, ¡oh vosotros! ¿dejaréis que *infame*
La causa que os unió, maldad tamaña?
¿Falta al acero empleo? ¿No hay tirano
Que herencia suya vuestro suelo llame?
¿Vengóse ya la sangre que lo baña?
¿Los rumbos olvidó del Oceano
El pabellón hispano?....
¿Qué digo? Á vuestra vista
Las barras y leones

En arreo desplega de conquista,
Y guía á nueva lid nuevas legiones.

Sí, que de Cuba en la vecina playa
(Merced á los furores parricidas
Que en común daño alimentáis y afrenta)
Os amenaza Iberia, os atalaya,
Y de combates mil las esparcidas
Reliquias apellida, y junta, y cuenta.
De allí la seña ostenta
Á la traición aleve,
Que callada vigila
Entre vosotros, y las tramas mueve
De oculto fraude; y ya el puñal afila.

¿Y en míseras contiendas distraídos
La pública salud tenéis en nada?
¿Queréis que de humo y polvo en nube densa
El bronce tronador dé á los oídos
Súbito aviso de enemiga entrada,
Para acudir á la común defensa?
¡Cuán otro el que así piensa
De los que libertaron
De los incas la cuna,
Y al carro de Colombia encadenaron
En distantes batallas la fortuna!

Mirad, mirad en cuál congoja y duelo
Á la Patria sumís, que la unión santa
Con voz llorosa invoca y suplicante.
La dulce Patria, en que la luz del cielo
Visteis primera, y do la débil planta

Estampó el primer paso vacilante;
La que os sustenta, amante
Y liberal nodriza;
La que en su seno encierra
De tanto ilustre mártir la ceniza,
¿Teatro haréis de abominable guerra?

¡Guerra entre hermanos, fiera guerra, impía,
Do el valor frenesí, do la lid crimen,
Y áun el vencer ignominioso fuera!
¡Ah, no! Volved en vos; y aquel, que un día
Amor de patria, aquellas os animen
Con que humillásteis la arrogancia ibera,
Virtud sublime, austera,
Y ardiente sed de fama,
Y fe de limpio brillo;
Una es la senda á que la patria os llama,
Uno el intento sea, uno el caudillo.



El dia 29 de Noviembre de 1881,
centésimo aniversario
del nacimiento del autor,
se tiró este último pliego
en la imprenta de
Antonio Pérez Dubrull,
en Madrid.





ÍNDICE.

VERSOS ESCRITOS EN ÁLBUMES Y POESÍAS LIGERAS.

FÁBULAS.

POESÍAS FESTIVAS Y SATÍRICAS.

APÉNDICE.





SUSCRITORES Á LOS EJEMPLARES DE LUJO.

PAPEL CHINA.

Núm. *I.*—Sr. D. Leon Medina.
II.—Sr. D. José de Fontagud Gargollo.

PAPEL WHATMAN.

Letra *A.*—Excmo. Sr. Marqués de Vallejo.

PAPEL TURKEY-MILL.

b.—Sr. Vizconde de Bétera.
c.—Excmo. Sr. D. Bonifacio Cortés Llanos.
l.—Sr. D. José de Fontagud Gargollo.
y.—Sr. Conde de Santiago.

PAPEL DE HILO ESPAÑOL.

Núm. 1.—M. Murillo.
2.—Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.
3.—Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.
4.—Sr. D. José Enrique Serrano y Morales.
5.—Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié.
6.—Sr. D. Luis González Burgos.

8.—Sr. D. José María Octavio de Toledo.
9.—Sr. D. Manuel María de Peralta.
10.—Sr. D. Leocadio López.
11.—Sr. Marqués de Viluma.
12.—Sr. D. Manuel Cerdá.
13.—Excmo. Sr. D. Salvador Albacete.
14.—Sr. D. Galo de Zayas Celís.
15.—Sr. D. Donato Guio.
16.—Excmo. Sr. Marqués de la Fuensanta del Valle.
17.—Sr. Marqués de Cerralbo.
18.—Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares.
19.—D. Juan Llordach.
20.—D. Juan Llordach.
21.—D. Fernando Fe.
22.—D. José Vivés Cisca.
23.—D. Mariano Goyeneche.
24.—D. Miguel Olamendi.
26.—D. Augusto Pecoul.
27.—Sr. D. Fernando Fernández de Velasco.
28.—D. Carlos Bally-Baillière.
30.—Sr. D. Otto Harrassowitz.
34.—Sr. D. Miguel Olamendi.
35.—Sr. D. Miguel Olamendi.
38.—Sr. Conde de Isla Fernandez.
41.—Mr. Alfred Morel-Fatio.
42.—Sr. D. Toribio Saldaña.
43.—Excmo. Sr. Conde de Peñaranda de Bracamonte.
45.—Sr. D. Manuel Marañón y Gómez Acebo.





COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS.

OBRAS PUBLICADAS.

ROMANCERO ESPIRITUAL del Maestro Valdivielso.—Un tomo con el retrato del Autor, 120 grabados de adorno y un Prólogo del R. P. Miguel Mir, 4 pesetas.—Ejemplares de tiradas especiales, á 6, 10, 25, 30 y 250 pesetas. —Encuadernaciones de lujo, á 5 y 30 pesetas.

TEATRO de D. Adelardo López de Ayala.—Tomo I. *Un hombre de Estado*, *Los dos Guzmanes*, *Guerra á muerte*. Con una Advertencia preliminar de D. Manuel Tamayo y Baus. —Un tomo, con el retrato del Autor, 5 pesetas.—Ejemplares de tiradas especiales, á 6, 7 1/2, 10, 25, 30 y 250 pesetas.

NOVELAS CORTAS de D. Pedro Antonio de Alarcon.—Primera serie: CUENTOS AMATORIOS. —*Sinfonía*, *Conjugación del verbo «amar»*, *La*

Comendadora, *El Coro de ángeles*, *Novela natural*, *El Clavo*, *La última calaverada*, *La belleza ideal*, *El Abrazo de Vergara*, *Sin un cuarto*, *¿Por qué era rubia?*, *Tic.... tac....*—Un tomo, con el retrato y la biografía del Autor, 4 pesetas.

NOVELAS CORTAS de D. Pedro A. de Alarcon.—Segunda serie: HISTORIETAS NACIONALES. —*El carbonero-alcalde*, *El afrancesado*, *El extranjero*, *¡Viva el Papa!*, *El Angel de la Guarda*, *La buenaventura*, *¡Buena pesca!*, *La Corneta de llaves*, *El asistente*, *Dos retratos*, *Las dos glorias*, *El Rey se divierte*, *Fin de una novela*, *El libro talonario*, *Una conversación en la Alhambra*, *etc. etc.*—Un tomo, 4 pesetas.

EL ESCÁNDALO.—Novela de D. Pedro A. de Alarcon.—Un tomo, 4 pesetas.

POESÍAS DE D. ANDRÉS BELLO, con un Prólogo de D. Miguel Antonio Caro, Director de la Academia Colombiana, y el retrato del Autor, grabado por Maura.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares de tiradas especiales, de 6 á 30 pesetas.

OBRAS EN PRENSA

LA PRÓDIGA.—Novela nueva de D. Pedro A. de Alarcon.—Un tomo de 400 páginas, 4 pesetas.—Se pondrá á la venta el 1.° de Abril próximo.

TEATRO de D. Adelardo L. de Ayala. — Tomo II.

OBRAS de D. Alejandro Pidal y Mon.

NOVELAS CORTAS de D. Pedro A. de Alarcon.—Tercera serie: NARRACIONES INVEROSÍMILES.—*El amigo de la muerte*, *La mujer alta*, *Los seis velos*, *Moros y Cristianos*, *Soy, tengo y quiero*, *Los ojos negros*, *El año en Spitzberg*, *Lo que se oye desde una silla del Prado*, *etc.*—Un tomo.

OBRAS EN PREPARACIÓN.

TEATRO de D. Adelardo L. de Ayala.—Tomo III.

OBRAS de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

HISTORIA DEL EMPERADOR CARLOS V, por Pedro Mexía (inédita).

HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA, por D. Marcelino Menéndez Pelayo.

COSAS QUE FUERON.—Cuadro de costumbres, por D. P. A. de Alarcon.

VIAJES POR ESPAÑA, por el mismo.—Un tomo.

JUICIOS LITERARIOS Y ARTÍSTICOS, por el mismo.—Un tomo.

NOVELAS ESCOGIDAS, de Salas Barbadillo.

OBRAS ESCOGIDAS, de P. Martín de Roa.

(Los pedidos de ejemplares ó suscriciones de la *Colección de Escritores Castellanos* se harán directamente á la librería de Murillo, calle de Alcalá, 7.)

DE MADRID Á NÁPOLES. — Relación del viaje del Autor por toda Italia. Descripción de ciudades, monumentos, museos, etc. Segunda edición, con 24 magníficas láminas.—Un tomo en 4.° mayor, de 580 páginas, 7 pesetas.

EL SOMBRERO DE TRES PICOS, novela. —Un tomo, 2 pesetas 50 céntimos.

EL NIÑO DE LA BOLA, novela.—Un tomo, 4 pesetas.

EL FINAL DE NORMA, novela.—Un tomo, 3 pesetas.

EL CAPITAN VENENO, novela.—Un tomo, 3 pesetas.

POESÍAS, colección completa, con la biografía del Autor y un Prólogo de D. Juan Valera.— Un tomo, 5 pesetas.

LA ALPUJARRA (sesenta leguas á caballo, precedidas de seis en diligencia).—Un tomo en 4.°, de lujo, 9 pesetas.

DISCURSOS SOBRE LA MORAL EN EL ARTE, leidos por los Sres. Alarcon y Nocedal al ser recibido públicamente el primero en la Real Academia Española.—2 pesetas.

(Respecto de las demás obras del Sr. Alarcon, véase el precedente Catálogo de la *Colección de Escritores Castellanos.*)





